

---

# CARLOMAGNO Y EL SACRO IMPERIO



LOS GRANDES  
IMPERIOS Y CIVILIZACIONES



# TYPVS ORBI

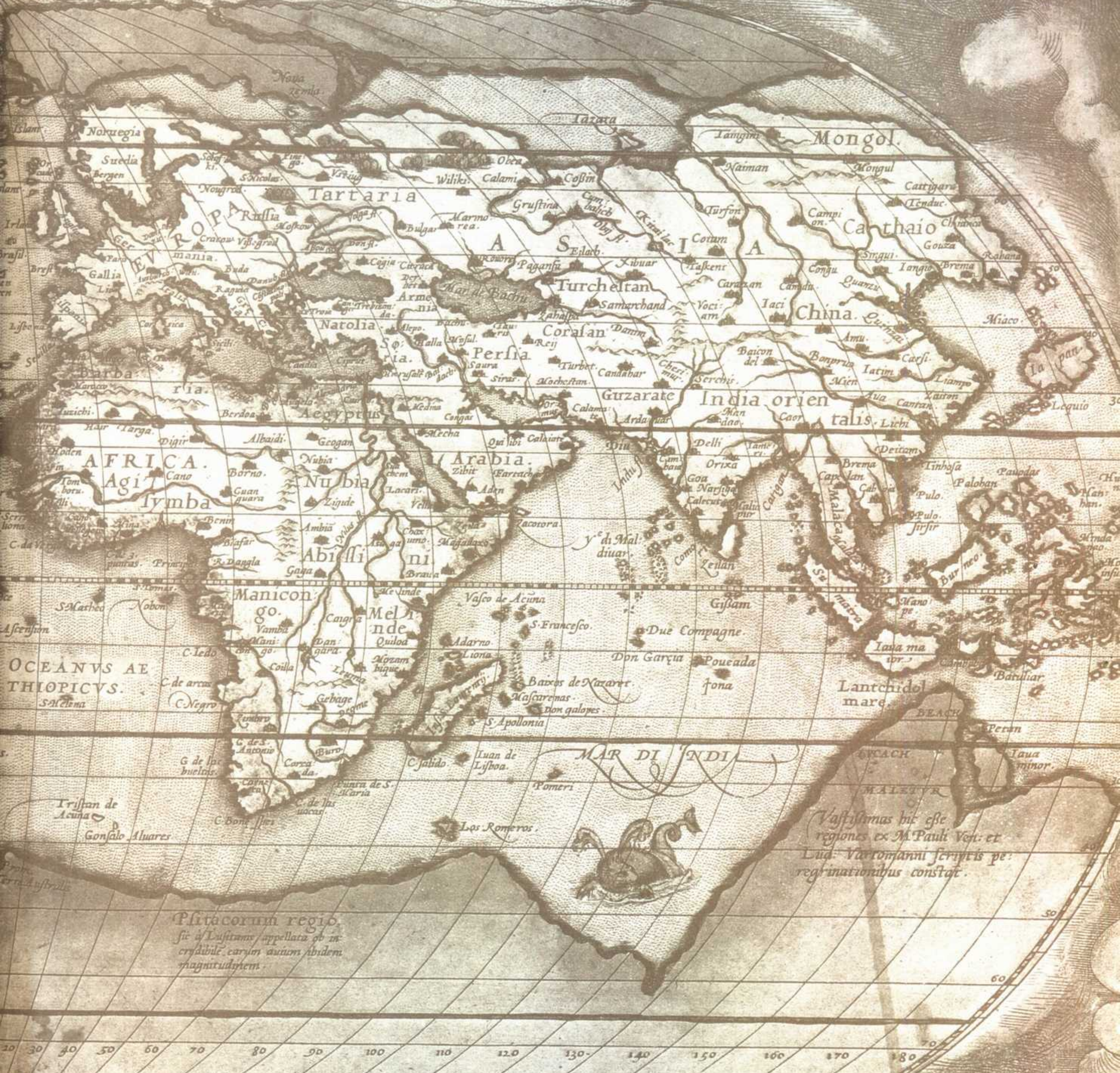


QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN R  
OMNIS, TOTIVSQUE MVNDI NO



# S T E R R A R V M .

TRIO.



Plitacorum regio,  
sic a Lusitania appellata ob in-  
credibile eorum aenum ibidem  
magnitudinem.

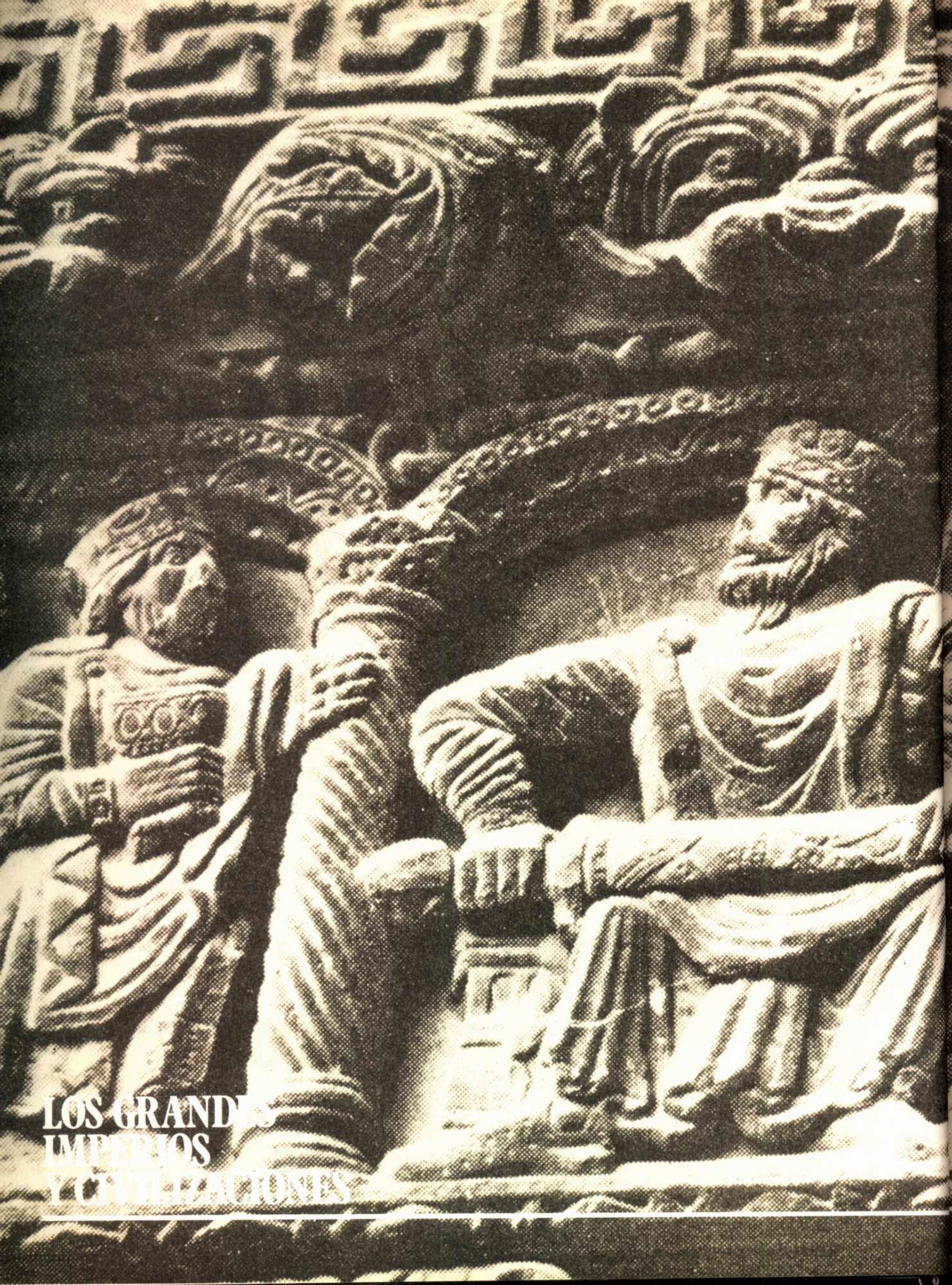
Vastissimas hic esse  
regiones ex M. Pauli Venz. et  
Lud. Vartomanni scriptis pe-  
reginationibus constat.

I S N O N D V M C O G N I T A .

IES.

BVS HVMANIS, CUI AETERNITAS  
A SIT MAGNITVDO. CICERO:





**LOS GRANDES  
IMPERIOS  
Y CIVILIZACIONES**





# CARLOMAGNO Y EL SACRO IMPERIO

VOLUMEN 7



## **LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES**

Realizada por la División Grandes Obras de SARPE

### **Coordinación:**

Amelia Alas.

### **Diccionario Histórico y Artístico,**

Eduardo Vázquez, catedrático.

Concepción Aguilera y Concepción Olmeda,  
licenciadas en Historia.

### **Diseño y maquetación:**

Pablo Hidalgo.

### **Maquetación:**

Eduardo López, Miquel Porres.

### **Documentación:**

Museo de América, Museo Arqueológico Nacional,  
Museo de Arte Contemporáneo, Museo Nacional de Artes  
Decorativas, Museo Nacional de Etnología, Museo  
del Prado, María Izard, Susana Sánchez de Ron,  
Lucía Sánchez-Piñol, Archivos Gráficos de SARPE.

### **Edita:**

SARPE (Sociedad Anónima de Revistas, Periódicos  
y Ediciones), Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.

© Introducción y Diccionario Histórico y Artístico:  
SARPE (Madrid, 1985) M.R.

© Páginas centrales: «Carlomagno y el Sacro Imperio».  
Rizzoli Editore (Milán, 1980).

Idea y realización: Harry C. Lindinger.

Textos: A. Basisio.

© SARPE (Madrid, 1985) M.R.

### **Imprime:**

ALTAMIRA, S. A.

ISBN: 84-7291-724-X (Obra completa).

ISBN: 84-7291-760-6 (Tomo VII).

Depósito legal: M. 3.630-1985.

Printed in Spain - Impreso en España.

### **Ilustraciones:**

Portada: Carlomagno dirigiéndose con sus caballeros a Aquisgrán.

Códice Calixtino. Catedral de Santiago de Compostela (La Coruña).

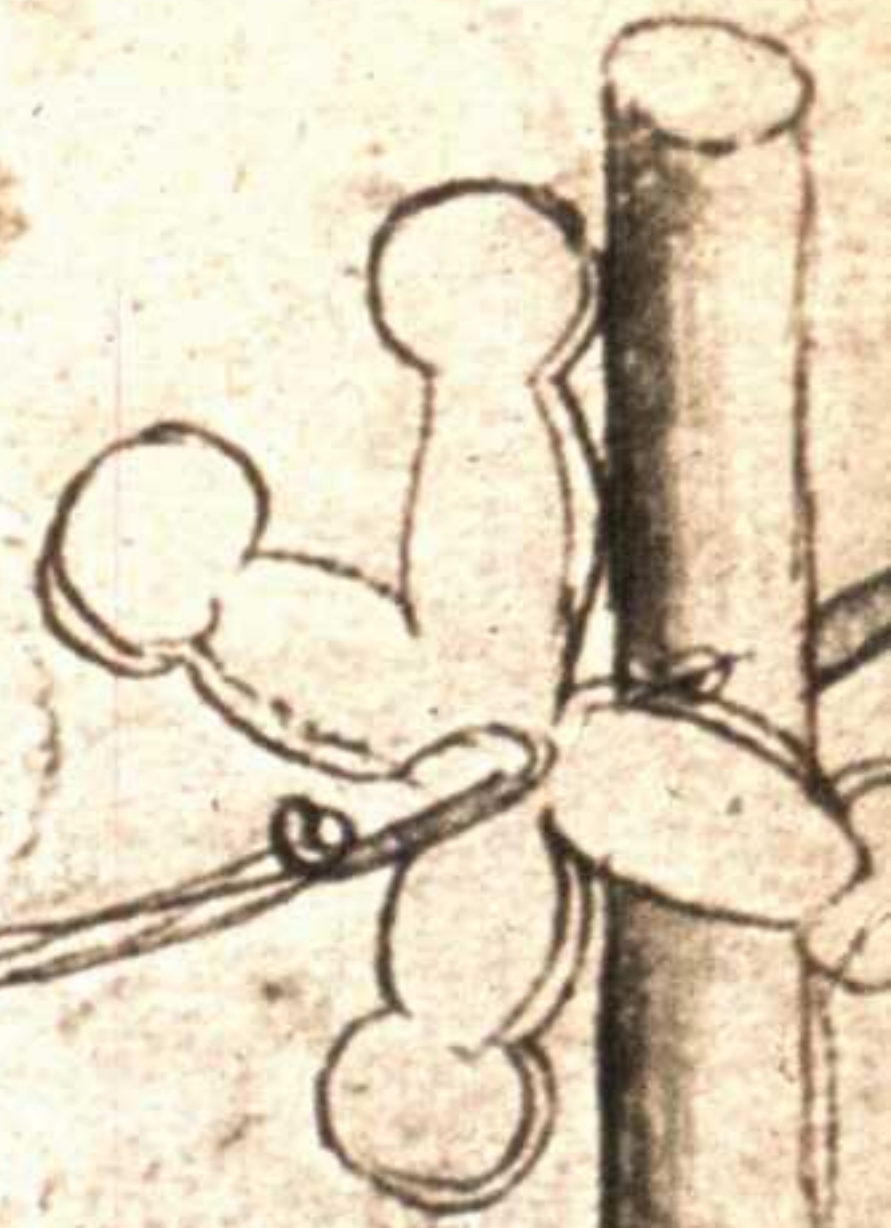
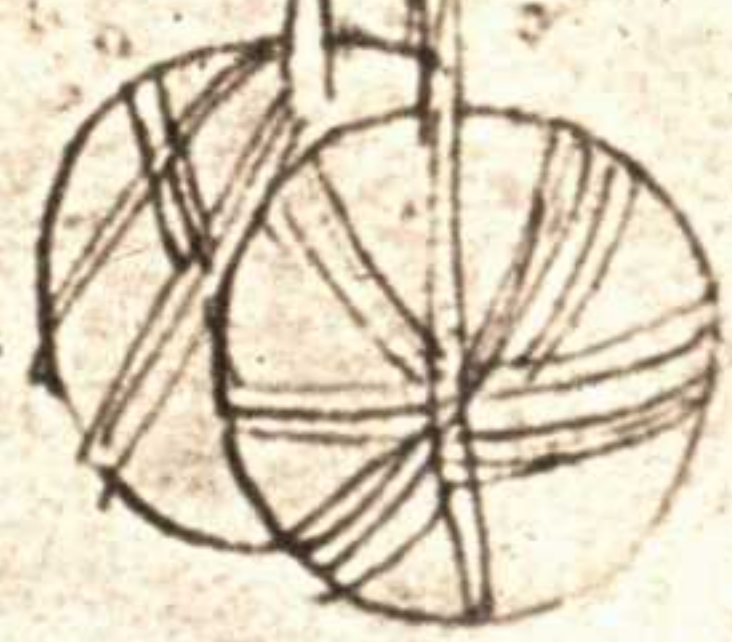
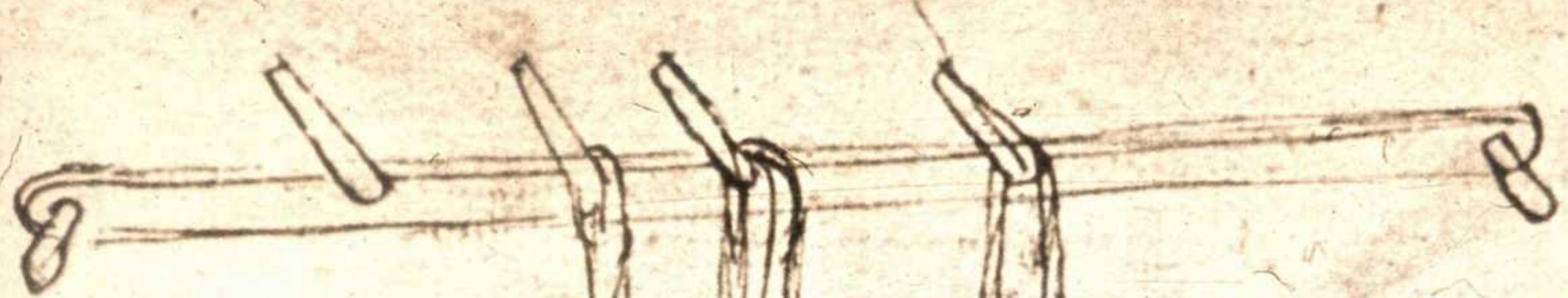
Contraportada: El Alcázar (Segovia).

Páginas 2-3: Carlomagno y sus pares. Fachada de Saint Trophime (Alex, Francia).

Página 5: Estirado del hilo de hierro. Miniatura del s. XIV.



Der Mann beudet der es jure... *[illegible]*





# CARLOMAGNO, EL PODER SOBRE LA IGLESIA

La ruptura de la unidad política del Imperio romano de Occidente por obra de los germanos no significó la desaparición de la idea unitaria; la mantendrían viva los clérigos a través de la organización eclesiástica, copiada de la imperial romana. También en el aspecto político hubo intentos de reconstruir la unidad imperial: el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, intentó en vano unir a visigodos, francos y ostrogodos en los años finales del siglo V; y treinta años más tarde el emperador bizantino, Justiniano, soñó con reunir ambas partes del Imperio y, prácticamente, convirtió su sueño en realidad cuando sus tropas ocuparon el reino vándalo del norte de Africa, la mayor parte de Italia (en poder de los ostrogodos) y la provincia Bética en la península Ibérica dominada por los visigodos.

## LA ASCENSION DE LOS FRANCO

Los intentos unificadores de los siglos V y VI fracasaron y con ellos desapareció la organización imperial centralizada. Aparentemente, los reyes germanos ejercían en sus territorios las funciones imperiales pero, en la práctica, se agudizó el proceso iniciando siglos antes, mediante el cual, los grandes propietarios se desvincularon del Imperio y lo suplantaron en sus posesiones convirtiéndose, al mismo tiempo, en dueños de la tierra y en patronos o protectores de quienes la cultivan, ejerciendo sobre éstos los derechos y atribuciones reservadas a los funcionarios delegados del emperador. El reino germánico es la suma de los

distintos dominios privados sobre los que el rey sólo ejerce su autoridad cuando dispone de más tierras, de más ingresos, de mayor número de soldados para imponerse. En caso contrario, es un señor más al que sólo distingue el uso del título real, que no le libera de estar a merced de quien posee mayores clientelas armadas.

En el reino franco, una de estas familias de grandes propietarios destacará sobre las demás y de hecho gobernará el reino, aunque se mantenga la ficción de los reyes herederos de Clodoveo hasta el año 751, en el que Pipino se hace coronar rey por el Papa tras hacer ver a éste la conveniencia de que el título real pertenezca a quien tiene el poder. La alianza entre el Rey franco y el Papa se refuerza cuando aquél interviene en Italia, derrota a los lombardos y entrega al Pontífice las tierras ocupadas; a cambio, recibe el título honorífico de *patricio de los romanos*. Años más tarde, en el 800, el hijo de Pipino, Carlos el Grande, Carlomagno, se hará coronar emperador, título que recoge la idea unitaria mantenida por la Iglesia y que legitima la política expansionista de Carlos cuyas tropas controlan el norte de Italia, gran parte de Alemania y diversos enclaves al sur de los Pirineos. Esta expansión fue posible por la debilidad y divisiones entre los adversarios y, fundamentalmente, porque Carlos logró dar cohesión a su reino haciendo que cada gran propietario se vinculase al monarca mediante un juramento de

fidelidad personal, que incluía la obligación de colaborar militarmente a cambio de tierras o cargos. Rey por la gracia de Dios desde la unción de Pipino y emperador desde el año 800, el monarca carolingio es ante todo un propietario más y como tal divide el reino entre sus hijos, por lo que la unidad carolingia no sobrevivirá a los enfrentamientos entre los herederos, que separan Francia de Alemania y de Italia, al tiempo que se produce la independencia de numerosos señores y la creación de condados independientes al perder fuerza los vínculos vasalláticos, que unían a los propietarios-funcionarios con el monarca.

## LA ESTRUCTURA DEL FEUDALISMO

El vasallaje, el reconocimiento de la superioridad real, tiene como contrapartida la entrega de unos bienes o derechos, de un feudo, con carácter temporal: dura mientras se mantenga el vasallaje y se cumplan las obligaciones que éste impone. En un lento proceso, los vasallos conseguirán que los feudos sean vitalicios y, más tarde, hereditarios; considerarán propiedad lo que han recibido a cambio de sus servicios y sólo prestarán estos si reciben nuevas compensaciones, que sólo son posibles mientras dure el proceso expansivo de la monarquía y ésta disponga de tierras y cargos para compensar a los vasallos quienes, a su vez, se rodean de grupos armados siguiendo el mismo procedimiento. Bastará que la expansión se detenga, lo consiguen las guerras internas provocadas por el reparto de la herencia y



la penetración en territorio carolingio de los normandos, para que los vasallos, aun reconociendo la dependencia respecto al rey, actúen con total independencia en sus dominios y transfieran a sus hijos las tierras, cargos y títulos recibidos.

### LAS LUCHAS POR EL PODER

El Imperio de Carlomagno, aunque se tenga por heredero del Romano, dista mucho de tener los límites y las competencias de aquél, del que sólo es un pálido reflejo; es ante todo un imperio «eclesiástico» cuyos límites son los de la Cristiandad Occidental de la que Carlomagno se considera protector. En el siglo X, los reyes alemanes recogerán la herencia carolingia y Otón I se hará coronar emperador en el año 962 por el papa Juan II. El nuevo Imperio, el Sacro Imperio Romano-Germánico tiene unos límites aún más reducidos que el carolingio: se limita a Alemania e Italia, pero conserva del carolingio la universalidad eclesiástica y los emperadores actuarán en muchos casos como dueños absolutos de la Iglesia nombrando y deponiendo papas.

Las injerencias políticas en Italia, donde el papa es señor temporal cuyos intereses no siempre coinciden con los del emperador, y la intromisión en la vida interna de la Iglesia darán lugar a frecuentes conflictos entre ambos poderes universales, Pontificado e Imperio, durante los siglos XI-XIII, del que ambos saldrían debilitados. La victoria parece decantarse hacia el Pontificado cuando, a la muerte de Federi-

co II (1250), el Papa nombra emperador de Alemania y separe del Imperio las tierras italianas. Pero, para enfrentarse a los emperadores, los papas tuvieron que apoyarse en la monarquía francesa de la que dependerían a lo largo del siglo XIV al verse obligados a huir de Roma y establecer la sede en Aviñón. El título imperial seguiría siendo utilizado por los reyes alemanes, pero carecerá en adelante de contenido como se comprueba claramente en el momento en que Carlos V, emperador de Alemania y rey de España prefiere este título al imperial.

### LA INFLUENCIA DE LA IGLESIA

La Iglesia fracasó en su intento de convertirse en el poder supremo de Occidente pero su autoridad fue reconocida a través de múltiples sistemas indirectos: a fines del siglo XI, superadas las crisis internas, Europa inicia una expansión que será protagonizada por los Pontífices en cuando organizadores y jefes de las Cruzadas, que podríamos definir como peregrinaciones armadas a Tierra Santa bajo la dirección del Papa. El objetivo es la expulsión de los musulmanes de los lugares sagrados del cristianismo pero, lo que importa desde un planteamiento ideológico es que, a través de las Cruzadas, los pontífices logran que se reconozca su dirección en el mundo occidental. Con el tiempo se considerarán Cruzadas todas las guerras contra los musulmanes, contra los herejes, contra los paganos y, en definitiva, contra quienes no reconocen o se oponen al poder pontifi-

cio, único legitimado para declarar la guerra santa, la Cruzada.

Cruzadas serán las expediciones a Tierra Santa, contra los musulmanes de la Península, contra los valdenses y cátaros en el sur de Francia, contra los eslavos que amenazaban las fronteras germanas..., y contra quienes no aceptan la autoridad del pontífice en Italia durante el cisma que divide a la Iglesia desde la segunda mitad del siglo XIV a los años iniciales del XV.

Consecuencia directa de la Cruzada serán las Ordenes Militares, creadas para defender Jerusalén e, indirectamente, las Ordenes Mendicantes (Franciscanos y Dominicos sobre todo) surgidas para controlar u oponerse a los movimientos heréticos. Unas y otras serán agentes de la centralización interna de la Iglesia, iniciada en el siglo XIII, en cuanto que están directamente sometidas a Roma.

Las Universidades y el Derecho Canónico, válido en toda la Cristiandad Occidental, completarán este control indirecto ejercido por Roma de forma mucho más efectiva de lo que habían imaginado los autores de la teoría, según la cual, el papa habría de ser no sólo el jefe espiritual, sino también el jefe temporal de la Cristiandad. El Protestantismo acabaría definitivamente con los sueños pontificios sobre el *dominium mundi* pero la Iglesia mantendría su influencia a través del control que ejerce sobre los clérigos, gracias a la centralización operada entre los siglos XIII y XV.

**José Luis Martín Rodríguez**  
*Catedrático de Historia Medieval*  
*Universidad de Salamanca*



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>





# CARLOMAGNO Y EL SACRO IMPERIO



En la noche de Navidad del año 800, el papa León III colocó en San Pedro, Roma, sobre las sienes de Carlos, rey de los francos y de los lombardos, una preciosa corona, mientras se elevaba del pueblo una entusiasta aclamación: ¡A Carlos el Augusto, coronado por Dios, el grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!

Desde Galia romana, primera gran conquista de los francos, originarios de la región noroccidental de Alemania, Carlos había extendido o estaba a punto de extender el reino paterno hasta el Elba y el Ebro, el Tisza o Theiss y la península itálica con la espada en una mano y la cruz en la otra.

Por otro parte, con sus empresas de guerra y de paz había demostrado ya ampliamente sus aptitudes de gran soberano. Alto, robusto, majestuoso, Carlos poseía el temple de un centralizador, del dominador que no retrocede. Llamado en auxi-

lio del pontífice Adriano I, amenazado por los lombardos, el rey franco no se limitó a defender al Papa, sino que prefirió resolver la cuestión de una vez por todas, directamente conquistando el reino lombardo.

Después del sector lombardo de Italia, fueron los sajones quienes atrajeron la atención del rey franco. Se trataba de un pueblo bárbaro, pagano y decididamente belicoso.

La seguridad del reino franco exigía su sometimiento. Y fue una empresa casi sobrehumana. Pero al cabo de más de treinta años, con feroces campañas, con las armas con la astucia y el terror, también los salvajes sajones fueron totalmente derrotados y subyugados.

Era éste el deber de un rey cristiano. Como también era su deber defender a la cristiandad del islam, peligrosamente instalado tras los Pirineos. En este caso, el éxito de la empresa se

En la página anterior: Miniatura de Luis XII en oración protegido por Carlomagno, *Libro de Horas de Besançon*. Siglo XV (Madrid, Biblioteca Nacional).

Abajo: Estatuilla ecuestre de bronce, que data del siglo X, que se identifica en general como el retrato de Carlomagno. Fue ejecutada por partes que se fundieron separadamente y se unieron después, y en un principio perteneció al tesoro de la Catedral de Metz, encontrándose actualmente en el Louvre.





logró sólo a medias, pero una parte de España entró a formar parte del reino franco. Además le fue anexionada Baviera, castigada por su amistad con los lombardos, y las regiones centro-danubianas, expoliadas por las correrías de los ávaros.

Es difícil establecer si estas conquistas obedecieron a un plan preestablecido. La verdad es que Carlomagno se empeñó en ellas con alma y vida, sin escrúpulos. Su dureza, cantada por un poeta contemporáneo, amansaba a los perversos. Hasta su pueblo, el de los fieles francos, temblaba ante el «férreo Carlos». Sobre todo cuando estallaba su ira, tempestuosa, furibunda. Pero el soberano supo intercalar pausas de renombrada afabilidad y rasgos de magnánima generosidad, pues los pueblos fueron regidos por la fuerza de las armas, el rigor de las leyes y la majestad, y por la fascinación de la cultura. Carlos fue un gran admirador y promotor de iniciativas cultu-

rales, aunque él, personalmente, era casi un iletrado. Con la esclarecida guía del diácono Alcuino, el fundador del Imperio pudo, no obstante, dedicar mucho tiempo a la retórica, la dialéctica, la astronomía. Intentó incluso aprender a escribir «pero, habiendo comenzado demasiado tarde, obtuvo escasos resultados...» (así dice Eginardo en su biografía).

En cambio no fueron magros los resultados que consiguió con su acción política, pues reunió a su alrededor un imponente conjunto de territorios.

## El Imperio de Carlomagno

El Imperio de Carlomagno tenía no solo una extraordinaria dimensión territorial. Se reconocía en él el signo de la provi-



Casi toda la vida de Carlomagno transcurrió haciendo la guerra. Pero sus victorias sobre los lombardos lo pusieron en directo contacto con el Papado y crearon las premisas de las que nació el título imperial.

Arriba: Ilustración de un códice medieval que representa el encuentro del Papa Adriano y el emperador Carlomagno después de la victoria de los francos sobre los lombardos.

Izquierda: Adalgiso, hijo de Desiderio, el rey de los lombardos que fue derrotado por Carlomagno.



Izquierda: Ilustración de un códice medieval con una representación del ejército carolingio asediando una ciudad.  
Derecha: Anillo con sello de un príncipe lombardo.





Casi hasta la muerte de Carlomagno, las relaciones del Imperio con los moros de España en Occidente y con el Imperio bizantino en Oriente (dos potencias linderas) fueron tensas ya que ambos imperios se negaban a reconocer la validez del título del emperador. Por otra parte, debido a la ambición de Carlomagno, ambas potencias veían en él un enemigo capaz de intentar la conquista en cualquier momento.

Arriba: Miniatura que representa un encuentro (que jamás aconteció, probablemente) entre Carlomagno y el emperador bizantino Constantino VI.

Abajo: El emperador combatiendo contra un rey árabe.



dencia, que había elegido a los francos para defender y propagar la fe cristiana, o mejor dicho, católica. Conducidos por Carlos Martel y Pipino el Breve, los francos detuvieron por primera vez el avance de los musulmanes en Occidente; Carlos mismo los había atacado o vencido en tierra española; sometió e hizo bautizar a innumerables paganos en el corazón de Alemania y por último liberó a Roma y al Papado de la amenazante invasión de los lombardos, conquistándoles el reino, y los liberó de la temible protección de los emperadores bizantinos, extendiendo su poder a toda la península.

En suma, Carlos parecía haber triunfado allí donde había fallado Justiniano, puesto que recompuso el antiguo Imperio romano de Occidente, destrozado por los bárbaros de todas las naciones, y restituyó un nombre que había sido anulado hacía más de tres siglos.

Por lo tanto, los hechos muy concretos y actuales de aquella época indican que la mentalidad de entonces, aunque confusamente, se proyectaba hacia una actitud religiosa y hacia la memoria imborrable del Imperio romano. Esa mentalidad veía en el gran Carlos a un hombre tocado por la gracia divina e investido de una misión sagrada.

Para organizar su Imperio, Carlomagno conservó y generalizó en parte las instituciones del antiguo reino de los francos, formado en el curso de los tres siglos anteriores durante el reinado de los merovingios, e innovó otras. Atemperó el absolutismo de sus antecesores, respetando las decisiones de las asambleas en materia militar, legislativa y judicial. Pero los pilares de su gobierno fueron los condes o los obispos (a menudo nombrados por él mismo), la milicia armada y la milicia apostólica, que operaban como sus funcionarios en todas las regiones del Imperio en forma solidaria, en concordia, formal al menos, de intenciones (como resulta de la legislación imperial, las ordenanzas llamadas *Capitulares*).

Por otra parte, se confiaba la cohesión política y social del Imperio al vínculo espiritual. El emperador contaba con su propia autoridad, conferida por Dios, y con la lealtad de todos los súbditos libres, a los que exigía juramento de fidelidad. Los obispos lo reconocieron como jefe de la Iglesia franca y además como protector de la Iglesia universal; muchos le debieron sólo a él la cátedra episcopal.

## La sociedad feudal

En el Imperio de Carlomagno se anunciaba ya el advenimiento de la sociedad feudal, que sustituiría a un poder central, cada vez con menor autoridad desde la desaparición de Carlomagno, por una frondosa red de relaciones personales entre hombres libres, a un tiempo protectores y protegidos. El peso de esta organización interindividual de los hombres oprimió masivamente a los menos libres y a los siervos, es decir a los campesinos, a la gran masa rural que procuraba los alimentos a la Europa de la Alta Edad Media. En lo que respecta al papado, el nacimiento de un Imperio de los francos constituía el éxito de una acción política lineal, que se desarrolló tenazmente por espacio de muchos decenios.

Los papas tuvieron todo lo que quisieron y más aún: la donación de territorios que da origen al Estado Pontificio (754). Pero terminaron por someterse: Carlomagno dictó leyes al papado al igual que a sus obispos, convencido de que cumplía así su deber como protector de Roma y de la Iglesia; Lotario, su segundo sucesor, sancionó formalmente la supremacía del emperador e impuso al Papa, elegido canónicamente, un juramento de fidelidad.

Esta situación, aceptada por necesidad, se tornó progresivamente menos admisible, cuando comenzó la rápida disolución del Imperio, mientras que en Roma se ungía a pontífices de alto valor y prestigio, por ejemplo, Nicolás I y Juan VIII. Ante todo, la doctrina que expuso el papa Gelasio I, a finales del siglo V, Dios instituyó dos poderes máximos en el mun-





Arriba: El acto que dio origen al Sacro Imperio Romano. El día de Navidad del año 800, el Papa León III coronó a Carlos, rey de los francos, como «grande y pacífico emperador», en la basílica de San Pedro, Roma. Se ignora si se trató de un gesto acordado entre ambos protagonistas, o si fue un propósito personal del Papa. En todo caso, las inmensas conquistas de Carlos crearon las premisas de un *Renovatio Imperii*, de un retorno al Imperio romano. En dichas conquistas el principal instrumento militar fue la caballería franca. Izquierda: Un extraño «carro blindado», atribuido al ejército franco.





## EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMANICO

En el año 800 el papa León III corona emperador a Carlomagno con la fórmula *Romanum gubernans Imperium* y funda el Sacro Imperio Romano Germánico que fue disuelto por sus sucesores que lo dividieron en el Imperio franco, el reino central o Lotaringia y el reino oriental o Germania. Con la elección de Enrique *el Cazador*,

duque de Sajonia, como rey de los francos orientales en el año 918, dio comienzo un proceso de consolidación que culminó con el establecimiento del Imperio otomano bajo el dominio de Otón *el Grande*, hijo de Enrique, que fue coronado Sacro Emperador romano en Roma en el año 962.

### Los Reyes

Carlomagno, rey de los francos (768-800)  
 Ludovico *el Pío*, rey de Aquitania (761-814)  
 Lotario (840-855)

Ludovico II, rey de Italia (844-875)  
 Carlos II *el Calvo*, rey de Francia (840-877) y rey de Italia (876-877)  
 Carlos III de Italia (879-887), Germania (882-887) y Francia (884-887).  
 Arnolfo, rey de Germania (887-899)  
 Ludovico III *el Ciego*, rey de Italia (900-905)  
*Anarquía feudal* (905-962)  
 Otón I *el Grande*, duque de Sajonia (936-961), rey de Germania (936-973)  
 Otón II, rey de Germania (973-983)  
 Otón III, rey de Germania (983-1002)

Enrique II *el Cojo*, rey de Germania (1002-1024)  
 Conrado II *el Sálico*, rey de Germania (1024-1039)  
 Enrique III *el Negro*, rey de Germania (1039-1056)  
 Enrique IV, rey de Germania (1056-1106)  
 Enrique V, rey de Germania (1106-1125)  
 Lotario II de Supplimburgo, rey de Germania e Italia (1125-1137)  
 Conrado III de Hohenstaufen, rey de Germania e Italia (1138-1152)





### EL IMPERIO DE LOS OTONES



### EL IMPERIO DE LOS HOHENSTAUFEN



Federico I *Barbarroja*, rey de Germania (1152-1190)  
 Enrique VI *el Cruel*, rey de Germania (1190-1197)  
 Otón IV de Brunswick, rey de Germania y de los romanos (1198-1218)  
 Federico II de Suabia, rey de Germania y de los romanos (1212-1245)  
*Gran interregno* (1250-1273)  
 Rodolfo de Habsburgo, rey de Germania y de los romanos (1273-1291)  
 Adolfo de Nassau, rey de Germania y de los romanos (1292-1298)  
 Alberto de Habsburgo, rey de Ger-

mania y de los romanos (1298-1308)  
 Arrigo VII de Luxemburgo, rey de Germania (1308-1313)  
 Ludovico IV *el Bávaro*, (1314-1346)  
 Carlos IV de Luxemburgo, rey de Germania (1346-1378). El 25 de diciembre de 1356 Carlos IV estableció con la Bula de Oro la práctica para la elección imperial, desvinculándola de la coronación papal.  
 La secuencia de los sucesores de Carlos IV de Luxemburgo incluye a Wenceslao, (1376-1400)  
 Segismundo de Luxemburgo, rey de

Germania y de los romanos (1411-1433) (emperador 1433-1437)  
 Alberto II de Habsburgo (1438-1439).  
 Federico III (1452-1493)  
 Maximiliano I (1493-1519)  
 Carlos V (1519-1556)  
 Fernando I (1556-1564)  
 Maximiliano II (1564-1576)  
 Rodolfo II (1576-1612)  
 Matías (1612-1619)  
 Fernando II (1619-1637)  
 Fernando III (1637-1657)  
**El tratado de Westfalia**  
 Después de la firma del Tratado de

Westfalia, en 1648, el título de emperador se convirtió, en una prerrogativa de los soberanos de Austria; la serie de los emperadores comprende a los siguientes Habsburgos:  
 Leopoldo I (1657-1711)  
 Carlos VI (1711-1740)  
 María Teresa (1740-1780)  
 José II (1780-1790)  
 Leopoldo II (1790-1792)  
 Francisco I (1792-1806)  
 Finalmente, en el año 1806, Francisco I es obligado por Napoleón a renunciar al Imperio.

### EL IMPERIO DESPUÉS DEL TRATADO DE WESTFALIA





## LOS ATRIBUTOS IMPERIALES

El Imperio que nació en Roma el día de Navidad del año 800 habría de durar exactamente un milenio, hasta la época napoleónica. En el transcurso de todo este tiempo representaría el más alto ideal político europeo, heredero del fabuloso y reinstalado Imperio romano. Desde luego que las líneas políticas del Sagrado Imperio Romano (como se denominó la nueva creación para remarcar su continuidad con el pasado y su nueva unción religiosa) cambiaron considerablemente en el curso de los siglos. Permaneció constante el ideal del Imperio, así como su mística: los símbolos de una construcción y de un cometido que, desde un principio, se quisieron suponer universales. A ciencia cierta, sobre ellos se calcó la mística de toda realización monárquica europea. Y puesto que se basaban a su vez en las costumbres y formas bizantinas, romanas y orientales, el Imperio de Carlos transmitió a Europa, en forma venerable y casi sagrada, la tradición de tres mil años de historia mediterránea.

Cuando se intenta atribuir el estilo a una región determinada, surge un problema perenne en el arte otomano, especialmente cuando se trata de encargos de la corte.

En el caso de la gran corona imperial que actualmente se encuentra en Viena (uno de los más importantes objetos asociados al Sacro Imperio Romano Germánico) dicho enfoque conduce a la conclusión de que es poco probable que esta obra maestra de orfebrería haya podido realizarse en tierras situadas al norte de los Alpes.

Las técnicas de engaste de piezas y los grandes esmaltes con figuras que se encuentran en cuatro de las grandes láminas, unidas por goznes para formar la corona, no tienen precedente en el norte de Europa. Sólo se da en Italia, y también dentro de la tradición bizantina. También era normal en la Alta Edad Media que el papa cediera la corona para coronaciones imperiales; nadie podría ser más merecedor de la especial generosidad pontificia que Otón, quien había ayudado al Santo Padre en su lucha con los reyes lombardos.

Fue entonces cuando se elaboró la corona para la ceremonia de la coronación imperial de Otón I, que se celebró en Roma en 962.



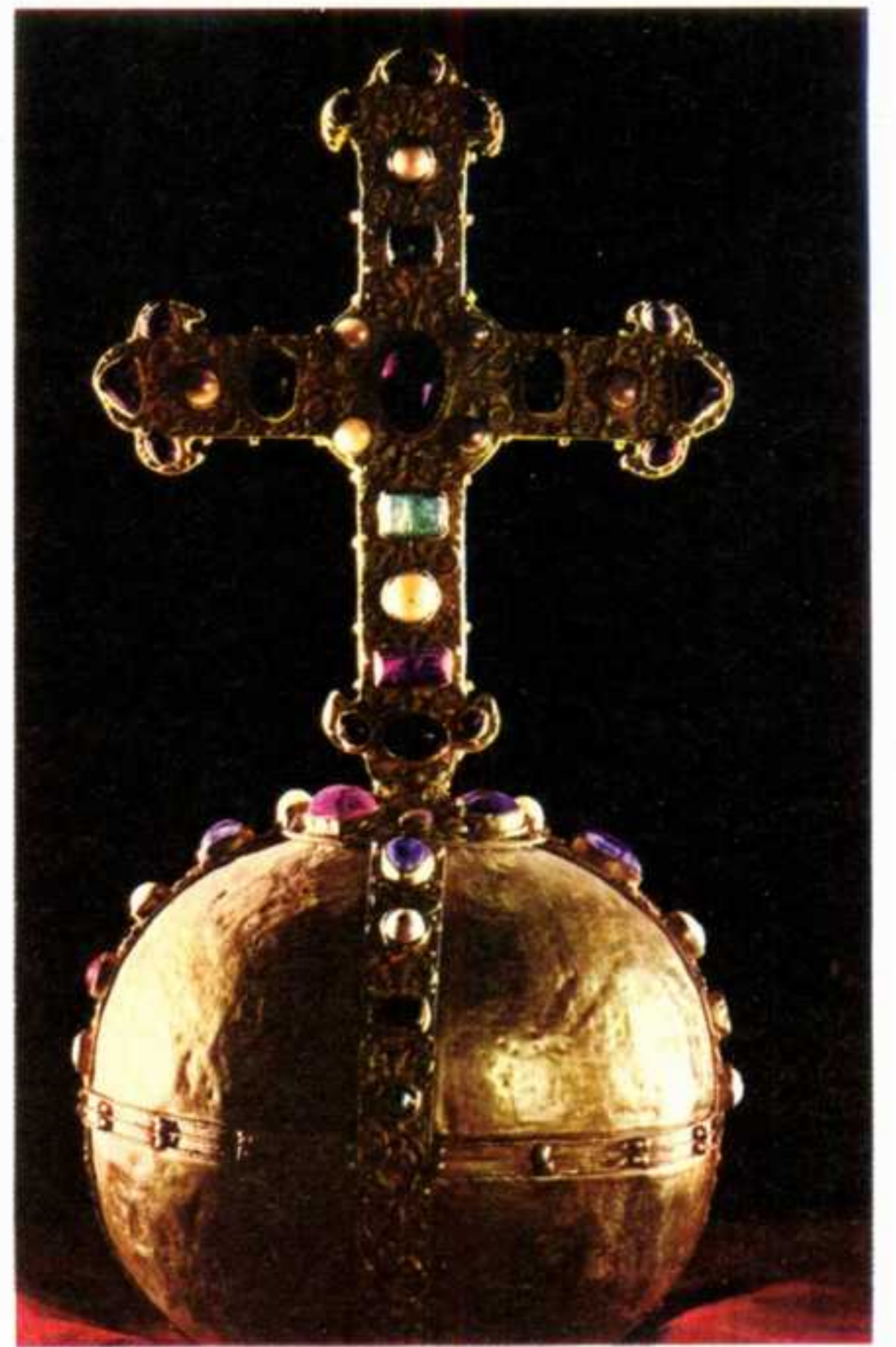
Abajo: Empuñadura de la espada atribuida a Carlomagno, que se conserva en Viena, y fue hallada probablemente en la tumba del gran emperador, en Aquisgrán.

Derecha: La corona del Sagrado Imperio Romano.

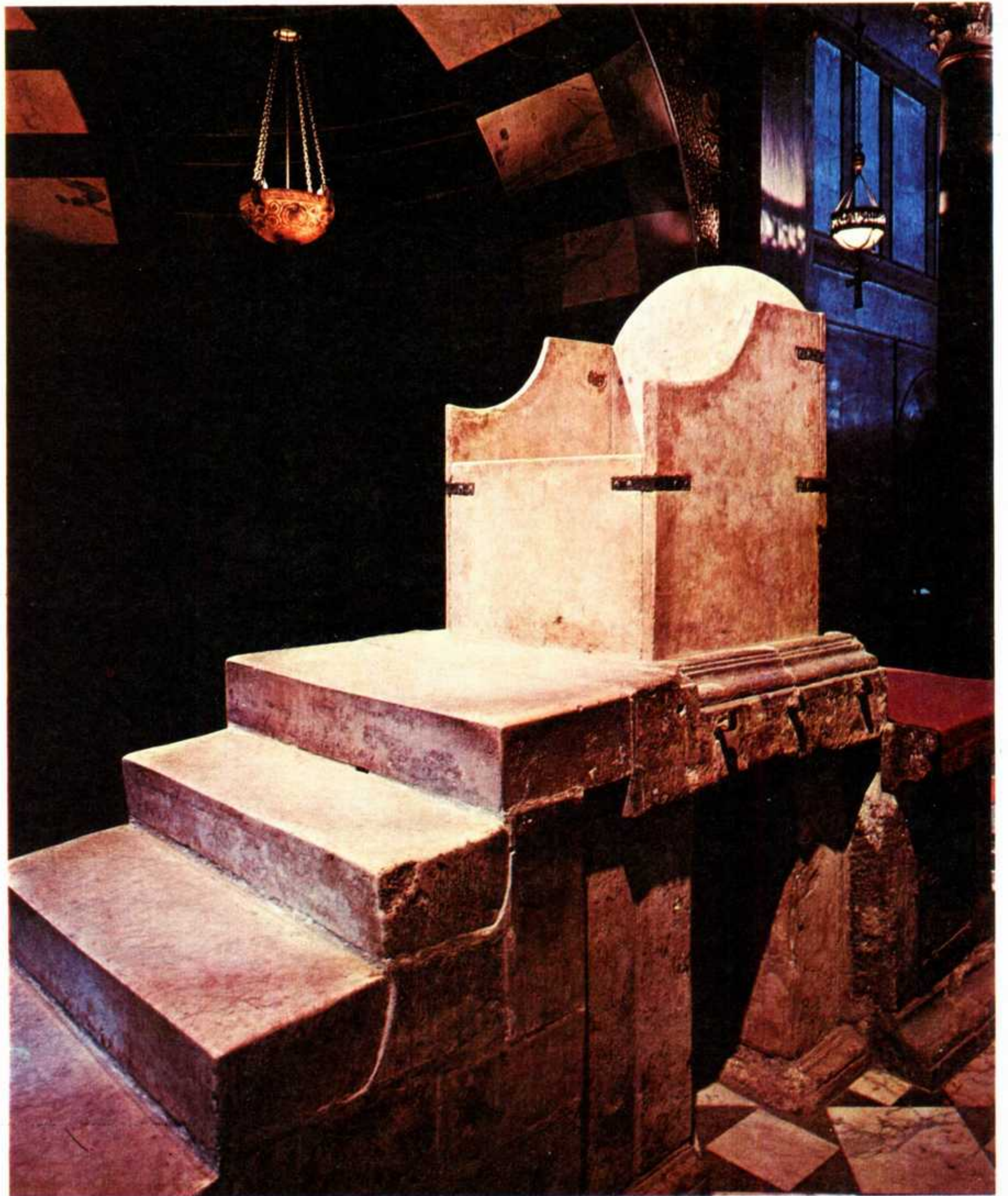


Derecha: La «corona de hierro», símbolo del reino de Italia. Se llamó así porque (según la leyenda) el anillo de hierro interior provenía de uno de los clavos de la Cruz, y Carlomagno la ciñó después de vencer a los lombardos. Derecha, en el extremo: El trono de mármol de Carlomagno, en Aquisgrán. Hasta el año 1531 se utilizó para la coronación de los emperadores.





Arriba: Sello de Carlomagno.  
Derecha: La esfera coronada por una cruz, la *Bulle* característica del Imperio.  
La esfera, símbolo del universo, era ya una insignia imperial en tiempos de Roma.  
Coronada por una cruz se convirtió luego en símbolo del nuevo Imperio, romano y cristiano.







Arriba: La Catedral de Tréveris.  
Derecha, abajo: La Puerta Negra de la misma ciudad. Tréveris, ciudad romana que había sido ya sede imperial.

do, la sacra autoridad de los papas y la potestad real. Pero quien ejerza la monarquía debe inclinar la cabeza ante el sacerdote, que es el responsable de su salvación eterna.

En segundo lugar estaba la tradición constantiniana. Se fundaba ésta en una falsedad, inventada en los ambientes pontificios hacia mediados del siglo VIII (y sólo reconocida como tal en el siglo XV), según la cual Constantino, primer emperador cristiano, habría donado al papa Silvestre I, todo Occidente, con poderes imperiales, para retirarse a Bizancio y gobernar desde allí únicamente a Oriente. Si se certificaba entonces que el Papa había entrado en posesión de poderes imperiales, él confería el derecho a otros, es decir unguía al emperador.

Por último, estaba la tradición de la transferencia del Imperio. La noche de Navidad del año 800, el Papa habría transferido el Imperio *tout court* desde Bizancio, adonde lo había llevado Constantino en el siglo IV, hasta Roma, su sede originaria. Y de pleno derecho, sea porque en 800 estaba vacante el Imperio de Oriente, sea porque Carlomagno pertenecía a la estirpe privilegiada y predestinada de los francos, sea porque el Imperio romano había surgido y existía siempre para tutelar a la Iglesia y facilitarle misiones sobrenaturales, según un designio de la Providencia que le incumbía precisamente al jefe de la Iglesia interpretar.

Todas estas teorías fueron desarrolladas, invocadas y blandidas frecuentemente como armas contra otras de signo opuesto, derivadas de ellas, cuando promediaba el milenio durante el cual los poderes del Imperio y el papado entrelazaron estrechamente sus destinos.

## Los sucesores

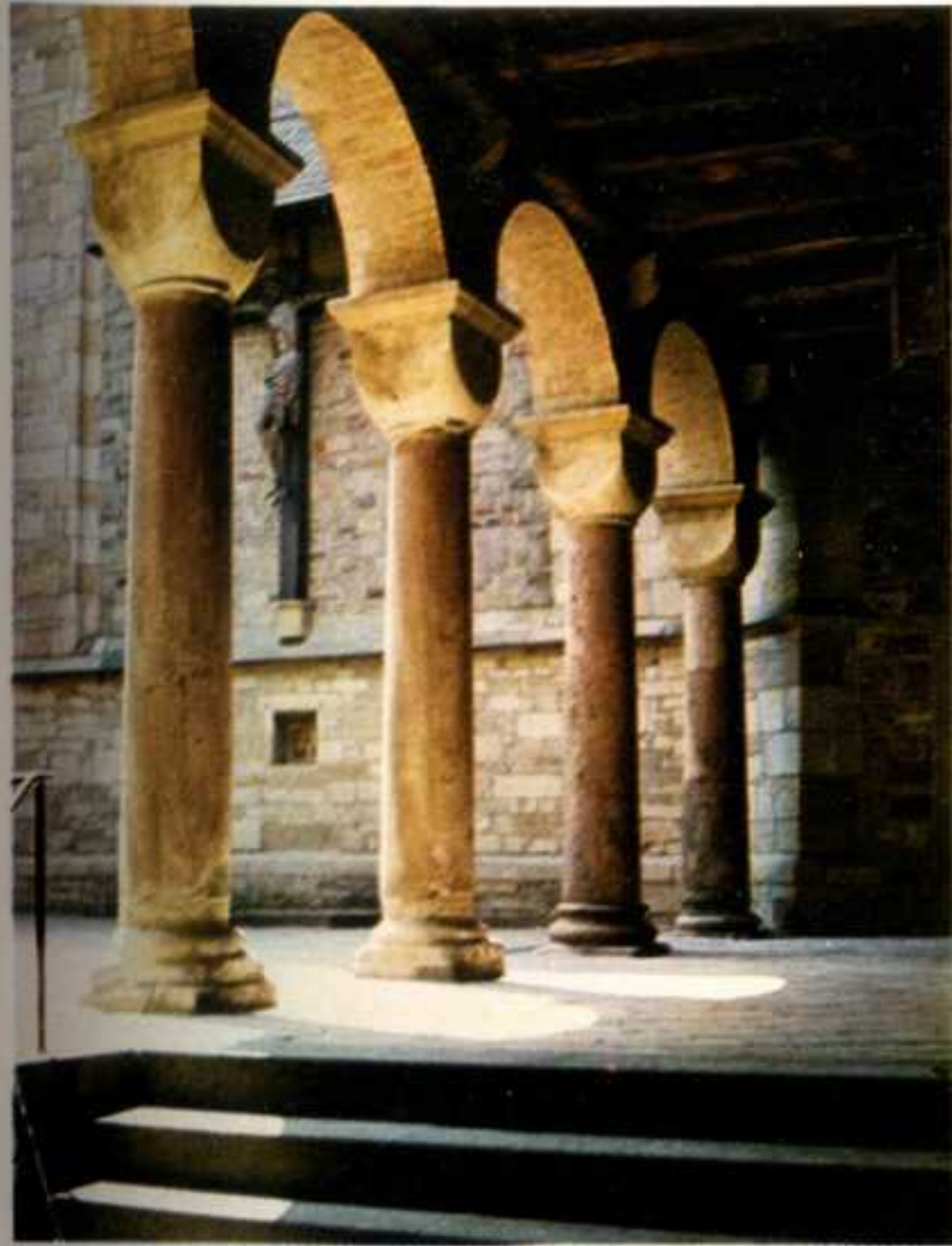
Muerto Carlomagno (814), el Imperio decayó y todo lo que significaba, basado en la unidad de los pueblos se deshizo en

menos de un cuarto de siglo. Pero esto no oscureció en absoluto la idea de Imperio, ni se extinguieron los focos de cultura que encendió Carlomagno en su corte de Aquisgrán, alimentados después en los episcopados y monasterios.

De allí nació, entre otras cosas, la filosofía llamada posteriormente escolástica, que constituye la armadura intelectual de la Edad Media. En esencia, se trataba del redescubrimiento del pensamiento griego, sobre todo del aristotélico, reelaborado, unido al mensaje cristiano en un poderoso esfuerzo de interpretación, que halló en la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino su definitiva sistematización doctrinal. *Biblia* y *Metafísica* de Aristóteles se fundieron en una compacta unidad y dieron al Medievo la certeza de la verdad.

Innumerables adversidades contribuyeron a la decadencia y ruina del Imperio. Su integridad territorial (finalmente destruida) fue perjudicada por las luchas entre los carolingios que se la habían dividido después de la muerte de Carlomagno. Cuando Carlos III el Gordo, el último emperador carolingio, fue depuesto, el área imperial siguió dividida en tres, entre los coherederos del hijo y sucesor de Carlomagno, Ludovico el Pío: Francia oriental, o sea Alemania, entre el Rin y el Elba, íntegramente de lengua germana; Francia occidental, que se convirtió después en la Francia propiamente dicha, al oeste del Mosa, del Saona y del Ródano, hasta los Pirineos; y entre estos dos, Francia central, desde Frisia hasta el Mediterráneo, que comprendía al norte la Lorena, los reinos de la Alta Borgoña (entre el Jura, los Alpes y el Aar) y de la Baja Borgoña o Provenza, así como el reino de Italia, con Aquisgrán y Roma, las dos capitales históricas del Imperio.





Arriba: Puerta con triple arcada de la abadía de Lorsch, que es uno de los pocos exponentes que sobreviven de la arquitectura típica del siglo VIII.  
 Izquierda: Claustro y patio del monasterio de Essen.  
 Derecha: Catedral de Aquisgrán, cuya parte más antigua es aquella en la que se encuentra la capilla de Carlomagno. Aquisgrán, predilecta de Carlos en su vejez, fue la ciudad que más se aproximó a la idea de capital del Imperio.







El Sacro Imperio Romano Germánico significó tanto un renacimiento cultural como político. Los historiadores y cronistas de Carlomagno fueron innumerables. Arriba: Eginardo, contemporáneo de Carlos, y su conmovido biógrafo. Derecha: El emperador con Alcuino de York, el máximo exponente del renacimiento carolingio. Abajo: Una página de la gran *Historia de los Lombardos* que escribió Pablo Diácono, en tiempos de Carlos. Abajo, derecha: Mayúscula de la Biblia de Alcuino. También la escritura se modificó profundamente, para hacerla más ágil y clara.







Carlomagno (arriba, escena de la muerte) dejó su rastro ampliamente marcado en Europa. Izquierda: Turpino y Egmaux, cronistas de Carlomagno. Abajo: Denario con la efigie de Carlos.



La suerte que corrió cada uno de estos tres territorios y la evolución que sufrieron fue muy distinta.

En Francia, los carolingios conservaron, afortunadamente, la corona por espacio de un siglo y rivalizaron con los condes de París, que la suplantaron finalmente por Hugo Capeto (987), fundador de una dinastía que permaneció en el trono, con su tronco y sus ramas, hasta el año 1830 (exceptuando el período revolucionario y el napoleónico). Aunque el Imperio se reconstituyó, a mediados del siglo X, Francia quedó desligada para siempre de él.

La parte que correspondía a la Alemania actual, aunque subdividida en mil regiones locales, siguió siendo la sede natural, el núcleo del Imperio, en tanto que la tercera zona terminó por fraccionarse y convertirse en tierra de conquistas, pues carecía completamente de unidad.

Mientras lo atormentaban las guerras dinásticas, cayeron sobre el Imperio las últimas oleadas de invasiones que los sucesores de Carlomagno fueron incapaces de repeler.

Desde los países escandinavos se volcaron sobre Europa septentrional los normandos: desde el mar remontaron los ríos, mataron, destruyeron y saquearon, hasta que se establecieron definitivamente en el norte de Francia (Normandía) y se hicieron vasallos de ese reino.

Al igual que los hunos de Atila, los húngaros o magiares lanzaron desde el Este sus aterradoras huestes montadas, llevando a cabo masivas invasiones sobre el corazón de Germania, de Italia y de Francia, hasta la mitad del siglo X, cuando por

último, derrotados y extenuados, abandonaron la vida nómada y decidieron afincarse en el valle central del Danubio. Los árabes (sarracenos) de Túnez pasaron a Sicilia en el año 827, crearon una base de operaciones en Campania y practicaron la piratería a lo largo de todas las costas italianas, en tanto que sus hermanos de España hacían otro tanto en el litoral y el interior de Provenza.

Las guerras civiles y las invasiones tuvieron importantísimas consecuencias políticas y sociales: la debilidad del poder central se convirtió a la vez en causa y efecto de la afirmación de los grandes señores feudales: condes, marqueses, obispos, a los que Carlomagno había tenido fuertemente dominados y que se soltaron del puño débil de sus sucesores, poniéndose de parte de uno u otro de los carolingios que guerreaban constantemente entre sí, incluso haciéndose cargo ellos mismos de la defensa contra los invasores.

Al mismo tiempo, la situación de peligro, inseguridad y precariedad impulsaba a los más débiles a ligarse con los más fuertes, en interés recíproco. Se intensificaron los vínculos de dependencia personal: así fue tomando cuerpo la sociedad feudal, con señores y vasallos, y subvasallos y clientes, pependencia, armada, tendente a recluirse en sus castillos y en sus feudos autosuficientes o poco menos. Esa sociedad fue improductiva desde el punto de vista económico, porque sólo producían los campesinos, libres y siervos, los pequeños artesanos y los escasos comerciantes de la ciudad.

Los descendientes de Carlomagno que ciñeron la corona impe-



Cruz de Berengario (emperador de 915 a 924), espléndido ejemplar de orfebrería del siglo IX; como pendiente posee un medallón romano. Abajo: Tablilla con la figura de Cristo entre la de Pipino y la de Carlomagno, los fundadores de la dinastía carolingia; en la zona inferior están los herederos de Carlomagno: Ludovico el Pío, Lotario, Ludovico II y Carlos el Calvo.



## LAS JOYAS CAROLINGIAS

El Imperio carolingio dejó amplias manifestaciones de su paso, no solamente en las expresiones mayores, sino también en las actividades y artes menores, ante todo en la orfebrería: «honestas», o sea, ilustres, se llamaban las manos de los que se dedicaban a estas obras.

Los resultados justificaban plenamente esta concepción. Los objetos preciosos, de bárbara magnificencia pero envidiable perfección técnica, sintetizaban la naturaleza ambivalente de la sociedad imperial, donde trataban de fusionarse las características de los hombres del norte con las tradiciones de la antigua civilización mediterránea. De las primeras dimanaba, en efecto, el carácter abstracto, no figurativo, de muchas joyas carolingias. De las segundas nacían las tendencias figurativas, ilustrativas, que peculiarizaron a muchas otras producciones.

Los materiales preferidos eran el oro, las grandes y vistosas piedras preciosas, el pálido marfil. Las técnicas variaban, desde el grabado hasta la filigrana. Las dimensiones variaban todavía más: no se limitaban a objetos pequeños, sino que se ejecutaban incluso grandes relicarios y hasta altares, como el de la Basílica de San Ambrosio, en Milán, de tamaño colosal (todo de oro): 220 cm de largo por 85 de altura y 122 de profundidad. Los relicarios, cálices, pectorales, cruces, coronas, hebillas, anillos y broches eran objetos predilectos. Lamentablemente sólo ha llegado hasta nosotros una mínima parte de la producción de aquellos días: realizada en oro, material para atesorar, se ha perdido la mayor parte.



La gran construcción política de Carlomagno estuvo estrechamente ligada a la figura de su creador. Después de muerto, se deterioró muy rápidamente en las manos de los herederos entre los cuales fue dividida. Sobre sus ruinas nacieron las grandes naciones europeas. Arriba: Carlos el Calvo, heredero de Ludovico el Pío.

Los herederos de Carlomagno fueron Ludovico el Pío, Lotario I, Ludovico II, Carlos II el Calvo y Carlos III el Gordo, entre 814 y 887. Luego, la coronación se convirtió en un hecho que interesó principalmente a los italianos y romanos, los papas la otorgaban como un *atout* (trunfo) a uno u otro de los príncipes rivales que hubieran tomado las armas por la corona del reino de Italia, el antiguo reino de los longobardos. Así, fueron emperadores también, entre 891 y 924: Guido y Lamberto, duques de Spoleto y reyes de Italia, Arnolfo, rey de Germania, Ludovico, rey de la Baja Borgoña, Berengario, duque del Friul y rey de Italia. Después de ellos, ninguno volvió a ser emperador durante casi cuarenta años.

## El verdadero nacimiento del Imperio

El Imperio carolingio se había derrumbado, pero el hecho mismo de haber existido constituía la prueba irrefutable de la posibilidad de un retorno, en Occidente, de un complejo político romano-cristiano, frente a los Imperios de Bizancio y del Islam y de los bárbaros migrantes del norte y el este. Pero para que esta posibilidad cristalizara era necesario que naciera otro Carlomagno. Y nació, un siglo después de la muerte de éste, también de una nación germánica, pero sajón, no franco. Se trataba de Otón I el Grande.

Arnolfo de Carintia, nieto de Carlos III el Gordo, lo sucedió y era líder de la oposición que lo había depuesto; se había hecho





respetar en la defensa del reino contra los normandos, que se radicaron en Francia, y contra los eslavos. Sus sueños de grandeza lo impulsaron a aventurarse en las rivalidades que tenían al sur de los Alpes, por el reino de Italia; lo consiguió y con ello también la corona imperial en el año 896; pero no se continuó la empresa.

Con sus débiles sucesores, la situación empeoró irremediablemente. No obstante, luego, al ser elegido Enrique I de Sajonia (918), la recuperación fue rápida y vigorosa: se reafirmó enérgicamente la autoridad de la corona sobre los grandes, se recuperó la Lorena (y Aquisgrán, centro del culto imperial), hubo una tregua y finalmente una gran victoria sobre los húngaros y la creación de un sólido aparato defensivo diseminado por toda Germania nororiental, se impulsaron las misiones entre los pueblos colindantes y tributarios; con todo esto Enrique I de Sajonia elevó al reino de Germania colocándolo en una posi-

Derecha, arriba en el extremo superior: Moneda de Ludovico el Pío, tercer hijo de Carlos y heredero suyo en 814 (pues sus hermanos murieron antes que él).

Arriba, izquierda: Otro soberano carolingio, Lotario I (¿o Lotario II?). Arriba, derecha: Bajorrelieve en el que se aprecia a un guerrero del Imperio carolingio.

ción muy superior a la de los reinos hermanos como eran Francia, Borgoña e Italia.

Enrique I dejó esta herencia, junto con un rico patrimonio familiar, a su hijo Otón, que fue elegido para sucederle con un amplísimo consenso, coronado y consagrado en Aquisgrán en agosto del año 936.

Por lo tanto, entre los reinos que habían surgido del Imperio carolingio, Germania se había afirmado en pocos años y era el



más fuerte y potencialmente hegemónico. Era el único que poseía una relativa unidad: en efecto, comprendía sólo cuatro ducados mayores, cada uno de los cuales incluía numerosos condados, y duques y condes eran vasallos directos del rey, a título hereditario. Su lealtad de *fideles* era obviamente precaria; pero un rey como Enrique I había sabido conquistarla con prestigio personal y asociarla a empresas de interés general para la nación, por ejemplo la lucha contra los húngaros. Enrique I había abierto brillantes perspectivas a Alemania, que Otón I supo valorar y coordinar con visión unitaria, para servir importantes intereses de su nación.

Para gobernar el reino, Otón I se apoyó en los grandes señores menos que en la Iglesia: una aristocracia eclesiástica, que se contrapondría eventualmente a la laica, habría de constituir un valioso sostén de la monarquía. Al igual que todos los soberanos de su tiempo, Otón I nombró obispos y abades, y sustituyó la iniciativa de los electores locales, de los clérigos y monjes por la suya propia, merced a una prerrogativa soberana que la Iglesia misma jamás había puesto en tela de juicio. Los obispos y abades se convirtieron en sus dignatarios, funcionarios y consejeros. Por otra parte, los feudos eclesiásticos

no eran hereditarios. Pero Otón I, como Carlomagno, tomando el control de la Iglesia, operaba con la conciencia de ser rey y sacerdote, y sentía, por consiguiente, que era su deber proveer al bien del reino y de la Iglesia, en calidad de príncipe, soldado y misionero, sobre todo en un momento en el cual el papado atravesaba una situación de profunda degradación con graves problemas internos.

Fueron éstas las características fundamentales que imprimió Otón I a su gobierno, y que sus tres sucesores conservaron y acentuaron: con ellos, la penetración de la Iglesia en el Estado se fue haciendo cada vez más incisiva, y la investidura de los obispos-condes y de los abades-condes llegó a constituir una regla. Mientras en el orden interno Otón I reforzaba su poder, desarrollaba también una intensa actividad destinada a asegurar a su corona antiguos y nuevos dominios en Europa. Intervino en Lorena, y la ligó de un modo estable al trono de Alemania. Mediante un golpe maestro desembrolló el intrincadísimo nudo de intereses concentrados en el reino de Borgoña. El Estado borgoñón era codiciado por otras clases reinantes, en especial la de Provenza.

## El reinado de Otón I

Otón desbarató ese designio: intervino en Borgoña, se apoderó del heredero al trono, Conrado, muy joven, lo llevó a Alemania y allí lo tuvo a su lado en calidad de rehén.

En cambio, en lo que respecta a Italia, disputada por dos pretendientes (Hugo de Provenza y Berengario de Ivrea), el rey alemán empleó la astucia. Favoreció primero a Berengario; luego, una vez que Berengario desapareció de la escena, descendió con sus tropas a la península, acantonó a Berengario que se había proclamado rey, tomó para sí la corona de Italia e incluso la mano de Adelaida que, entre tantos pretendientes, era la única heredera legítima del reino.

Otón I, rey de Alemania e Italia, protector de Borgoña, creyó llegada la hora de merecer la corona imperial, que nadie había ceñido desde hacía treinta y ocho años, y pidió al Papa Agapito II que se le recibiera en Roma. Su solicitud fue denegada:



Arriba: Sello y monograma (las letras O-T-O unidas por una cruz) del emperador Otón I de Sajonia.

Derecha: El mismo soberano (indicado como *Theutonicorum rex*, Rey de los Germanos), en un manuscrito milanés. Después de la disgregación de la dinastía carolingia, y la fragmentación del Imperio de Carlomagno, la dignidad imperial renació por obra de los sajones en la mitad oriental del antiguo Imperio. Sin embargo, la coronación fue distinta: el soberano era instalado en el trono por los grandes feudatarios y sólo posteriormente era consagrado por la Iglesia. El nuevo Imperio era heredero directo del carolingio, pero asentó sus bases en Alemania, ya no en Francia. Hasta el nombre hubo de convertirse en Sagrado Imperio Romano de la Nación Germánica.

A partir de Otón el Grande y su reinado sólo se nombrarían emperadores a los provenientes del Imperio de Alemania.







Los ottones interferirían muy pronto en los reinos meridionales del antiguo Imperio (Italia y Borgoña), para afirmar la supremacía de la autoridad imperial. Esta política, iniciada por Otón I, sería continuada con mayor intensidad por su hijo, Otón II (arriba), y su nieto, Otón III (derecha). Ambos representados con los símbolos de la potestad imperial. Otón III intentó una verdadera restauración del Imperio romano (*Renovatio Imperii Romanorum*). Entre tanto, la cultura se reservaba casi exclusivamente a los monasterios donde era recopilada y guardada. Posteriormente la Iglesia se encargaría de difundir la cultura mediante las Universidades.  
 Abajo: San Ildefonso, representado en actitud de compilar un manuscrito cluniacense.







Arriba: Claustro de la iglesia de Gandersheim, mandada construir por Otón I. En esta ciudad vivió la religiosa Roswita que escribió la *Gesta Ottonis* que narra las vicisitudes de la familia imperial.

desde un decenio atrás Roma se hallaba sometida a la dictadura, de reconocida ilustración, de Alberico, noble perteneciente a la familia de los duques de Spoleto, príncipe y senador de todos los romanos. Otón no insistió y regresó a Germania, que había entrado en turbulencia durante su ausencia.

La situación que imperaba en Germania repercutió sobre Italia, permitiendo que Berengario atacara y contribuyera a agravarla. Otón resolvió esa situación atacando por el flanco. Se reconcilió con Berengario y lo nombró vasallo del reino de Italia, del cual desligó sin embargo la comarca de Verona y otras tierras nororientales de la península para agregarlas al ducado de Baviera. Salió después al encuentro de los húngaros y les infligió una aplastante derrota en Lechfeld, en el año 955, durante cuyo transcurso venció a los vendos, un pueblo eslavo de los países bálticos. Estos sucesos, que tuvieron también un significado religioso, porque los húngaros y los vendos eran paganos, le valieron un inmenso prestigio: rindiéronle homenaje embajadores de muchos países que le ofrecieron maravillosos dones y que le consideraron como la persona en que se depositaban las esperanzas de todos los pueblos cristianos.

No obstante, en Italia el litigio fue largo: Berengario y su hijo Adalberto no cumplieron sus juramentos e invadieron la comarca de Verona y el ducado de Spoleto, y se dirigieron ha-

cia Roma, donde, muerto el dictador, había vuelto a cundir la anarquía, y el Papa Juan XII, su hijo, apeló a Otón para que lo defendiera. Otón acudió al llamado, franqueó los Alpes por el Brénner, fue proclamado rey de Italia en Pavía y de allí marchó hacia Roma: el 2 de febrero de 962 recibió de Juan XII la corona imperial.

Nació así, o mejor dicho, renació en forma más firme y racional, el Sagrado Imperio Romano, que oficialmente duraría hasta el 6 de agosto de 1806. La calificación de sagrado apareció oficialmente mucho más tarde, pero Otón I afirmó inmediatamente su sacralidad, pues en cuanto fue coronado puso nuevamente en vigencia la constitución, caída en desuso, que dictara el emperador Lotario I, mediante un nuevo privilegio con el cual se reconocía al Papado sus derechos sobre los territorios donados por Pipino al sucesor de Pedro, y confirmados por Carlomagno, pero reivindicando para sí la prerrogativa de aprobar al Papa después de la elección, y antes que fuese consagrado e hiciera pleno uso de los poderes pontificios. Era una intromisión en los asuntos eclesiásticos, pero nadie osó discutir su legitimidad.

En esencia se trataba de una intención de tutelar y garantizar al papado, librándolo de la red de las intrigas locales. En la ceremonia de la coronación juró en el nombre de Cristo ser ante Dios y San Pedro el defensor y protector de la Iglesia romana. De este modo, la sagrada monarquía se extendía idealmente a toda la cristiandad presente y futura. Entonces esa dimensión sobrenatural del rey se aproximaba más a la natural para la mentalidad de aquellos días, por culta o inculta que fuese.

En la realidad, la corona imperial unificaba a los reinos de Germania, Borgoña e Italia; en relación con el carolingio, el Imperio de Otón I había perdido territorios al oeste, pero se había ampliado al este. Polacos, bohemios y moravios, húngaros, que con dificultades habían abandonado las tiendas, reconocieron la autoridad del emperador, mientras que los obispos de la frontera, como Hamburgo, Magdeburgo y más tarde, Praga, realizaron la evangelización de estos pueblos.

Tras la coronación romana, Otón vivió aún once años, ocho de ellos en Italia. Le fue difícil lograr que Berengario de Ivrea se rindiera; todavía le fue más difícil imponerse en Roma, donde utilizó a menudo la fuerza; depuso a dos pontífices (Juan XII y Benedicto V), nombró Papa a León VIII (a quien la Iglesia consideró ilegítimo) y sostuvo con las armas a Juan XIII. Le resultó imposible afirmarse en Italia meridional, entre los principados lombardos y los dominios bizantinos; una vez conseguida la paz, obtuvo del emperador de Oriente la mano de una princesa bizantina, Teofane, para su hijo Otón II (972), que ya había sido coronado emperador en Roma por el papa Juan XIII. Murió al año siguiente, habiendo conquistado una fama comparable a la de Carlomagno.

## Los sucesores

En su breve reinado, Otón II (973-983) no agregó nuevas piedras a la construcción del Imperio: sus primeros siete años de reinado transcurrieron en Alemania, y pasó los otros tres en Italia, para aventurarse finalmente en una empresa en el Mediodía, con la ilusión de poder expulsar a los bizantinos y los árabes. Pero su intervención, que se inició brillantemente, provocó un inesperado acuerdo entre sus adversarios, y los árabes lo derrotaron, peligrando su propia vida (982). Tuvo tiempo de presidir en Verona una dieta de grandes nobles del Imperio, que le confirmaron plenamente su lealtad, a pesar de la derrota (justamente por obra de los infieles) y de reconocer como rey a su hijo de tres años, Otón III, y acudir nuevamente a Roma, agitada como de costumbre a raíz de una nueva elección papal. Murió en Roma, en plena juventud (983), asistido por el Papa Juan XIV. Un huracán se desencadenó súbitamente. Con una amplia complicidad local, los ejércitos bizanti-





Arriba: Exterior de la iglesia de San Miguel, cuyos orígenes se remontan al siglo XI, pero que se rehizo en el XII. Otra importante localidad de la era otoniana fue Goslar (derecha), que fundó en 922 el emperador Enrique I, fue durante un siglo, de 1024 a 1125, la verdadera capital del Imperio.  
Abajo: Fachada de la iglesia de Gandesheim.





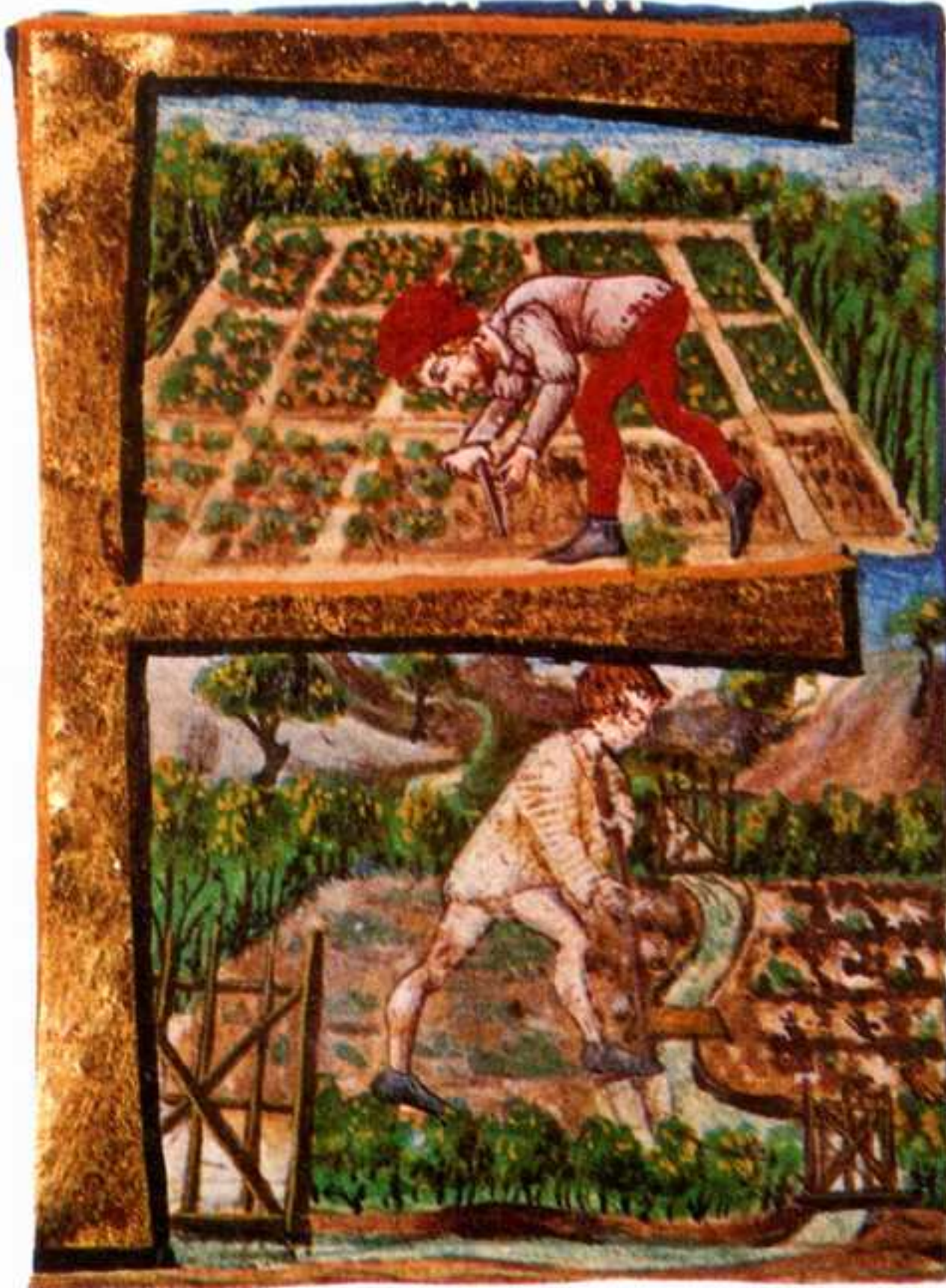
## LA AGRICULTURA

Al igual que todas las épocas hasta la revolución industrial de los tiempos modernos, el mundo medieval fue principalmente campesino.

Por lo menos nueve hombres de cada diez se ocupaban de la agricultura y ella condicionaba la estructura de la sociedad. Cuando comenzó la Edad Media, se asentaba puramente en las bases de la supervivencia, y la condición de los campesinos (por lo menos hasta el año 1000) era durísima: en efecto, la situación de los que labraban los campos era semejante a una verdadera esclavitud (servidumbre de la gleba, o sea, de la tierra). El amo (feudatario, monasterio, iglesia) tenía derecho a una parte del producto (de un tercio a la mitad, según las regiones), podía requerir servicios y corveas gratuitos, dictaba las normas de convivencia a las que debía atenerse la sociedad rural, y hacía las veces de juez en las controversias. Los campesinos no podían cambiar de actividad sin el consentimiento de su amo, ni podían abandonar tampoco las tierras.

El campesino era también un hábil artesano: construía y reparaba por sí mismo las herramientas, edificaba su casa, se fabricaba las armas; además, conocía bien el momento en que debía cumplir su labor y todos los detalles de ésta, aunque era extremadamente ignorante y supersticioso. La labranza de los campos, que comprendía la cría de animales, la explotación de los bosques y algunas actividades especiales como el cultivo de la vid, la apicultura y la caza, constituían la base de la producción.

Precisamente en esta esfera se lograron los mayores progresos, que permitieron que la agricultura mejorara en las regiones septentrionales (las tierras de los francos, los sajones, los normandos, los eslavos), en muchos aspectos más ingratas que las del Mediterráneo. El pesado arado de hierro, que además de roturar los terrones los deshacía, abrió al cultivo las tierras bajas, aluvionales, del norte. Para tirar de él hacían falta ocho bueyes, no solamente dos, y esto transformó el antiguo sistema y favoreció el uso de los campos abiertos, cultivados por la comunidad y no por una sola familia. Poco después, la invención de una tracción más racional, permitió emplear como animal de tiro incluso al caballo, más veloz y resistente que el buey. Por último, la invención de la rotación trienal de los cultivos, destinando una tercera parte del terreno laborable a las siembras de otoño, otra tercera parte a las de verano y dejando en barbecho el tercio final (o sea en reposo anual), aumentó considerablemente la capacidad productiva, y permitió cultivar al mismo tiempo una superficie de terreno mayor sin intensificar la fatiga o emplear otras herramientas, cosa que llevó a labrar nuevas tierras y a sanear otras, con la posibilidad de acumular alimentos y de lograr una dieta más equilibrada de la población. Un hecho externo, pero fundamental, era el constituido por la estructura feudal de la sociedad, cuyas obligaciones recíprocas pesaban grandemente sobre los hombros del campesino, pero (dejando de lado los frecuentes abusos) garantizaban también una buena protección y un marco estable a la sociedad.



Al igual que en toda civilización agrícola, la cría de animales domésticos estaba muy difundida y era importante.

Arriba: Un campesino ordeña a una oveja.

Arriba, derecha: Recolección de huevos y algunas labores agrícolas.

Izquierda: Un campesino roturando la tierra con ayuda de unos bueyes.

Estas ilustraciones acompañan una copia del tratado de agricultura (*De re rustica*) del romano Columela, muy apreciado durante toda la Edad Media.

Derecha, en el extremo: Poda de árboles (miniatura del *Libro de las Horas*). Fue importante la obra de desmonte que ganó al bosque nuevos campos.







Arriba: Recolección de la miel. En una época en que el azúcar era desconocida, la miel constituía el único edulcorante. Izquierda: Una síntesis en la que se aprecian todas las labores campestres, en una ilustración del texto virgiliano de las *Geórgicas*.



Abajo, izquierda: Tareas de vendimia en una ilustración de la época. En todo el mundo medieval se hallaba difundido el cultivo de la vid, al menos en aquellos países donde el clima lo permitía. En muchos aspectos, la agricultura de la Edad Media fue diferente de la que se practicó en la época clásica, ya que no se trataba de un simple cultivo de subsistencia sino que gran parte de las cosechas se debían entregar a los auténticos dueños de la tierra, esto es, el señor feudal o la comunidad religiosa a la cual pertenecían.





## LOS GREMIOS

Aunque la agricultura era con mucho la actividad predominante, el mundo medieval conoció una amplia gama de oficios. Estaban organizados principalmente sobre una base corporativa, a través de los gremios o artes, o sea las asociaciones que reunían a todos los que practicaban un mismo oficio, a los que dictaban la jornada de trabajo y la remuneración, la modalidad de producción y de venta, el precio y la procedencia de las materias primas.

La importancia de estas corporaciones era muy considerable. Algunas, como las Artes florentinas, llegaron a convertirse en la misma base política de la ciudad. Otras, como la de los albañiles, suministraron la base de la masonería.

Para el comercio a gran distancia de los bienes de consumo existían desde la época franca, plazas fortificadas con aduanas y almacenes. Con el auge económico que se produce en el siglo XI (crecimiento demográfico, expansión del comercio y división del trabajo artesano) las plazas fortificadas van poblándose de *bürger* (burgueses); aumentan los pequeños núcleos de población afincados en las antiguas colonias romanas o establecidos extramuros de las sedes de príncipes, obispos y señores. Así se forman las ciudades pobladas predominantemente por estas personas que practicaban las artes y los oficios (artesanos, mercaderes, notarios, boticarios, etcétera). Luego, dentro de las murallas, los que ejercían un mismo oficio tendieron a agruparse en las mismas calles, uno al lado del otro.

A partir del siglo XII se forman corporaciones o gremios; asociaciones obligatorias que controlan planifican y dirigen la producción artesana.

De estas categorías de ciudadanos emergieron después las élites dominantes en la Edad Media tardía: los grandes comerciantes de las ciudades italianas y flamencas y los grandes banqueros alemanes, en suma los que estaban a la cabeza de las clases burguesas que fueron las más acérrimas adversarias del poder imperial. Dichas clases introducían en la economía occidental un nuevo sistema, el mercantilismo, que basaba la riqueza de un país en sus reservas de metales preciosos. Vigente hasta el siglo XVIII, el mercantilismo potenció y consolidó el sistema gremial en toda Europa.



Bajo los Hohenstaufen y sus sucesores se desarrollaron gradualmente las actividades artesanales y no agrícolas, todavía modestas en tiempos de Carlomagno.

Arriba: Una serie de oficios ciudadanos, ligados al arte y a la habilidad manual y, por consiguiente, bajo la protección de Mercurio: amanuense, relojero, armero, pintor, escultor y organista.

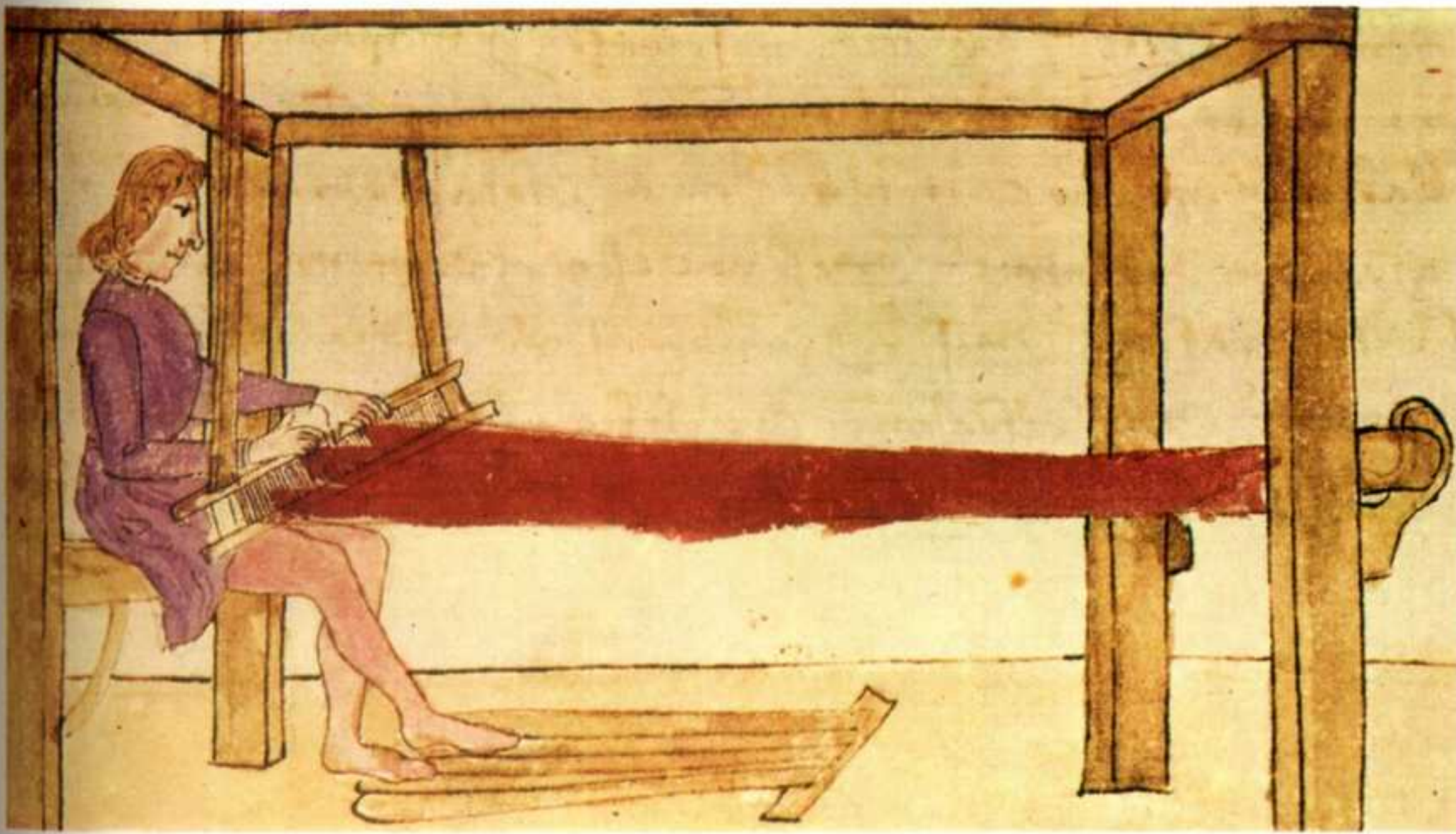
Derecha, arriba: Escena de pesca con la red.

Centro: Un albañil dedicado a su trabajo.

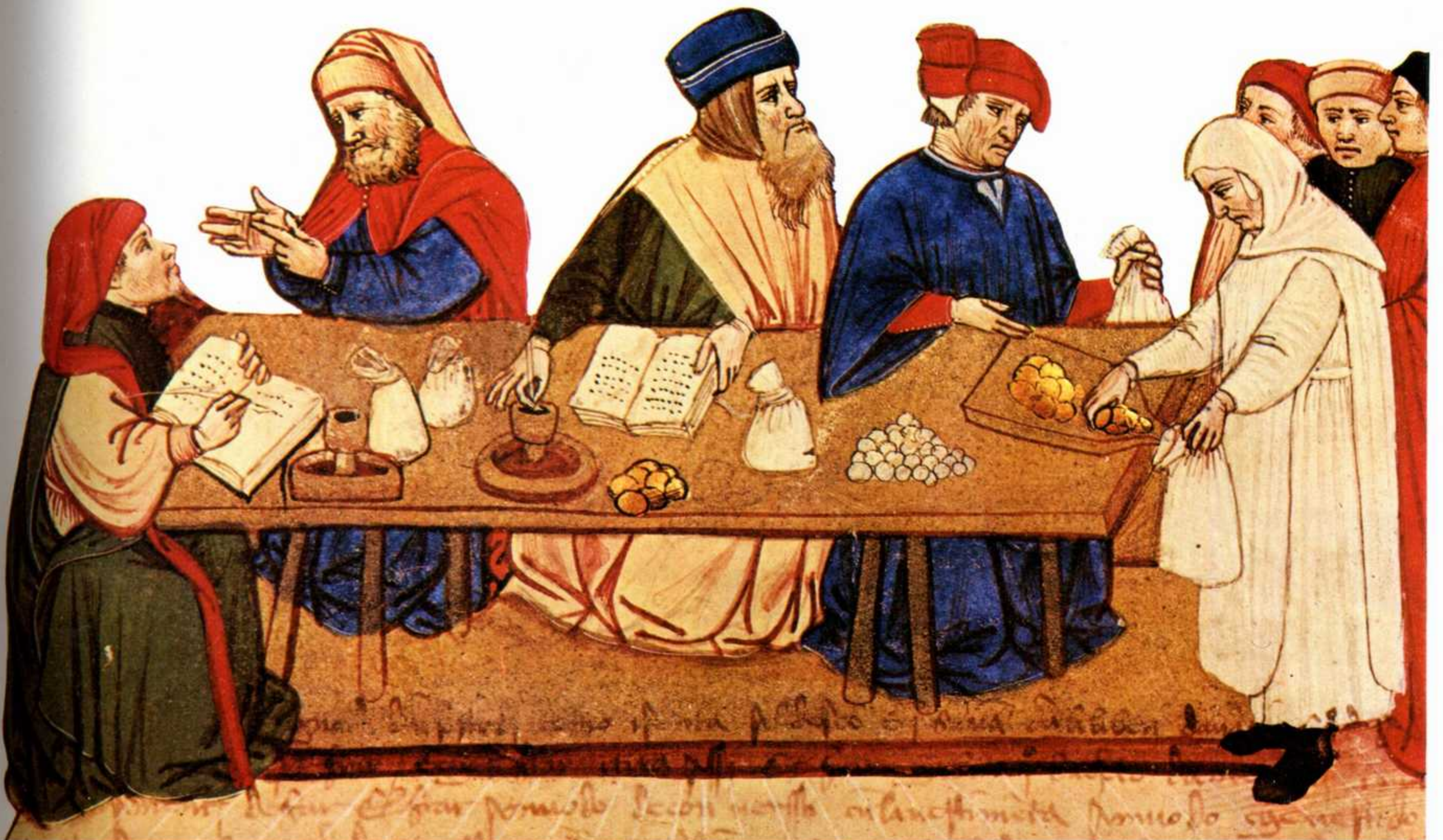
Izquierda: Un artesano empleando su buril.

Sobre estas líneas: Algunos vendedores ambulantes, fundamental conexión entre las ciudades productoras y los dispersos castillos.





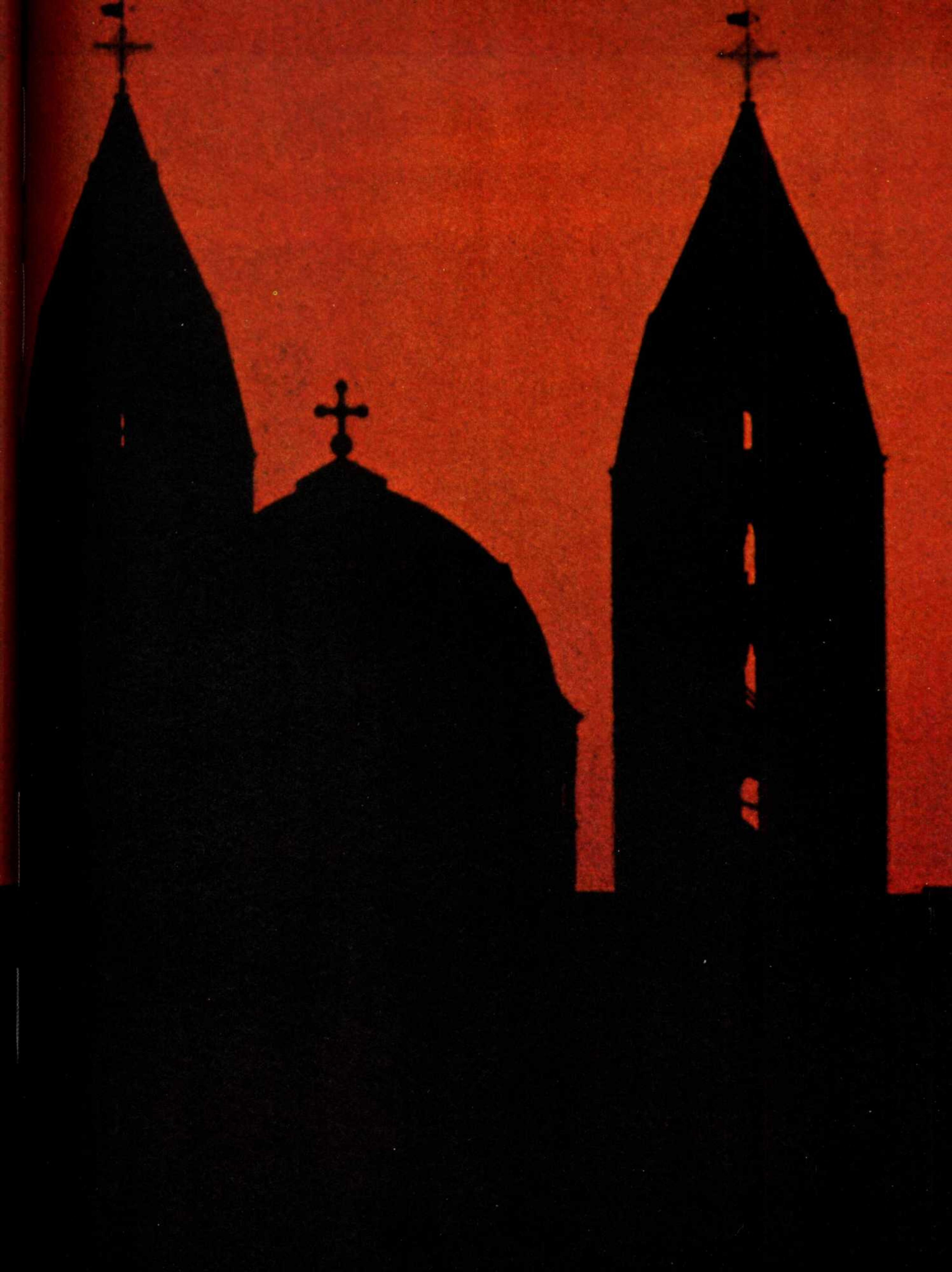
Izquierda: Escena de matanza. Arriba: Un tejedor trabajando en su telar. En conjunto, los exponentes de los distintos oficios adquirieron a menudo gran relevancia y gravitación en la vida de la ciudad. El comercio de los tejidos, en particular, era una de las actividades mercantiles más importantes. La vida de la región septentrional del Imperio fue condicionada por la *Hansa*, poderosa liga de las ciudades del norte de Alemania. Abajo: Ilustración de un códice medieval que representa a un grupo de banqueros dedicados a su labor. Los grandes banqueros de las ciudades italianas extendieron su red comercial en todo el Imperio.



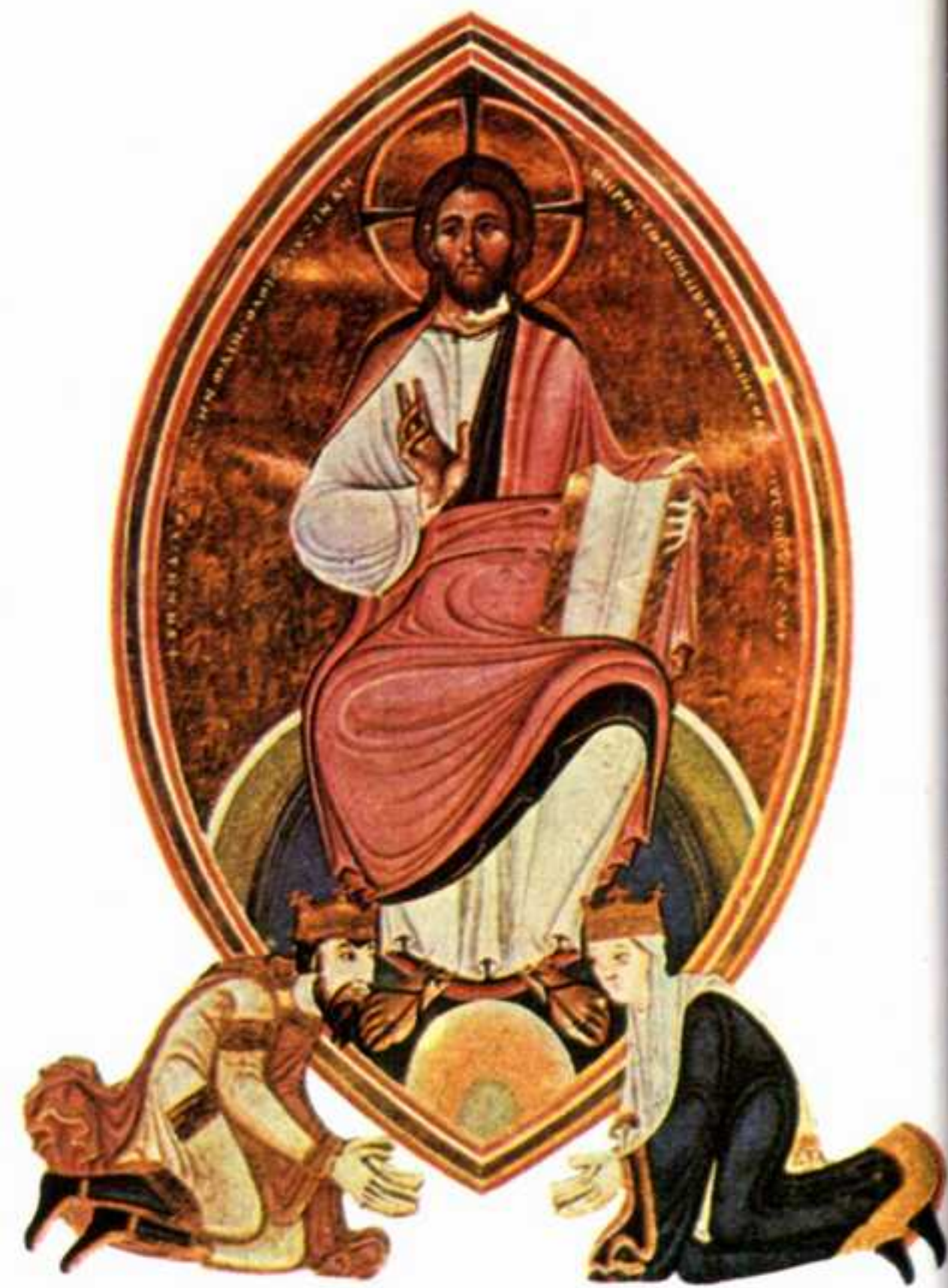












nos quitaron del medio al Papa e instalaron a otro, Bonifacio VII, que murió poco después. Sus restos terminaron por ser despedazados y arrojados al Tíber.

Si esto constituía uno de los tantos atentados a la ideología imperial que intentaba hacerse realidad, en Alemania se trababa en contra de la persona que la encarnaba: Enrique de Baviera, de la familia imperial, quien no logró lo que se proponía, raptó al niño Otón III para arrebatárle la corona.

El gobierno estaba regido por las firmes manos del arzobispo Willigis de Maguncia y por las de dos damas de alta alcurnia: Teofane, viuda de Otón II, joven culta y muy preparada en los asuntos políticos, y Adelaida de Borgoña, viuda de Otón I, con una experiencia larga y tormentosa. Un grupo de graves dignatarios de la corte cuidaron después celosamente de la educación y de los intereses del niño y del reino.

Pero desde una perspectiva histórica menos estrecha, los hechos de Roma y de la corte alemana se presentan como episodios de escaso relieve frente a la insurrección contemporánea de los eslavos transilvanos: exasperados por la dureza de la soldadesca alemana, se rebelaron en masa, atacaron y saquearon íntegramente a varias ciudades (entre ellas Hamburgo), dieron caza a los señores, obispos, monjes, y, en medio de los excésos, los incendios, las devastaciones, resucitaron los cultos paganos, destruyendo toda la obra iniciada por Otón I. Durante un siglo y medio permaneció bloqueada la expansión alemana hacia el nordeste.

Alemania resultó herida, pero no así el Imperio; esto incluso lo revigorizó y fue, paradójicamente, su componente espiritual el que sanó las heridas. Con su fe, con su cultura, su entusiasmo juvenil, Otón III concibió el designio de renovar el Imperio (*renovatio Imperii Romanorum*), que maravilló a sus contemporáneos y se proyectó en el futuro, por espacio de varias centurias. Precozmente maduro, vivía la fe en plenitud, como exigencia moral y como empeño de obrar en pro de una radical regeneración de las costumbres cristianas, ante todo en el mundo eclesiástico, que, comprometido en los asuntos políticos y los intereses materiales, estaba manchado de vicios y vergonzosas culpas. De esta manera, hizo suyas las ideas de los propugnadores de la reforma monástica, que había conocido y apreciado en Italia, difundidas en Occidente por los benedictinos de Cluny, en Borgoña, desde los primeros decenios del siglo.

Una refinada cultura, adquirida de insignes maestros, integró la dimensión religiosa de su personalidad y exaltó el sentido de

La importancia de Espira (en las páginas anteriores, el *Kaiserdom* o «domo imperial») reflejaba, en el siglo XI, el predominio de Franconia, cuyos señores subieron al trono imperial.

Arriba, izquierda: Castillo de Wartburgo que hospedó una alegre corte de poetas y ministriles.

Allí halló refugio en el siglo XVI Martín Lutero, que durante su estancia tradujo el Nuevo Testamento.

Arriba: Conrado II, primer emperador de Franconia.

Derecha: El *Kaiserdom* de Königslutter.

responsabilidad que dimanaba de su condición de emperador romano, pero también de siervo de Cristo.

Gregorio V, primer Papa alemán, confirió la corona imperial a su primo Otón III cuando éste tenía quince años (995) y fue expulsado poco después. Otón III le devolvió su dignidad de Pontífice y castigó a los que le habían ofendido con un rigor del que quedó memoria durante siglos. Muerto Gregorio, regresó a Roma para hacer elegir Papa a Gerberto d'Aurillac (su ex maestro insigne), quien adoptó el significativo nombre del Papa de Constantino el Grande, Silvestre II (999-1002).

Esta apelación a Constantino y a Silvestre estaba llena de significado. Otón III declaró abiertamente que la famosa donación de Constantino era pura fábula: el Papa retendría las tierras que poseía, pero puso en claro que era él, el nuevo Constantino, quien le concedía la posesión en bien de la Iglesia y del Imperio, y que, por lo tanto, seguían siendo tierras del Imperio, amparadas por el escudo del emperador.

Establecióse en Roma la sede imperial y Otón III organizó con el Papa las instalaciones de la administración imperial, inspirándose en el suntuoso modelo bizantino, con el fin de dar a la renovación del Imperio un aspecto exterior digno de la idea que lo animaba. Pero no pudo llevarla adelante mucho más: se lo impidió una larga ausencia debida a un viaje que le aportó el vasallaje del duque de Polonia y del primer rey de Hungría, Esteban el Santo.

Estos dos Estados abarcaban la frontera oriental y ofrecían una garantía, por cuanto más hacia el este se estaba extendiendo la influencia política y religiosa del Imperio bizantino. A su regreso a Roma, Otón III halló hostil a la ciudad, a tal punto que debió alejarse con el Papa (1001). El Papa volvió, pero solo; el emperador había muerto a escasa distancia, en Castel Paterno (cerca de Viterbo) en junio de 1002, antes de cumplir veintidós años de edad.









Arriba, izquierda: Enrique IV y su corte en una miniatura de un código medieval. El emperador ascendió al trono después de una prolongada regencia de su madre, Inés de Poitou, y después de Annón, arzobispo de Colonia, y finalmente de Adalberto de Bremen. Arriba, derecha: Interior de la fortaleza de Runkel, sobre el Lahn, poderoso castillo construido en el siglo XII para vigilar a la vecina ciudad de Limburgo. Arriba: Interior de la Catedral de Worms, la gran ciudad renana donde se selló el 23 de septiembre de 1122 el concordato que puso término a las luchas por las investiduras feudales. Abajo: Ruinas del castillo de Nuremberg, que se fundó en el siglo XI durante el reinado de Conrado II y Enrique III, como residencia imperial, cuyo perfil domina desde lo alto a la ciudad, una de las más prestigiosas de toda Alemania. Aunque en 1219 fue promovida al rango de ciudad libre, por Federico II, Nuremberg continuó siendo durante varias centurias una de las mayores ciudades imperiales.



Aunque los hechos demostraron su fracaso, su proyecto no fue más que la extrema y lógica consecuencia de la idea, que no fue abandonada, de un Imperio sagrado y romano.

Lo heredó el sucesor de Otón III, Enrique II (1002-1024), directo descendiente de Otón el Grande, duque de Baviera e hijo de otro Enrique, amotinado muchas veces; quitó a ese proyecto las ramas que se secaron al nacer, pero mantuvo firme e hizo fructificar la idea, muy viva y actual, de la reforma moral y religiosa de la Iglesia.

A efectos de la reforma, operó verdaderamente en escala universal (en Alemania, Borgoña e Italia), en estrecha colaboración con el papa Benedicto VIII, quien lo coronó (1014), y con el asesoramiento del abate Odilón de Cluny, que gozaba de enorme influencia. Jamás declinó la colaboración entre el emperador y el papa, a pesar de la vastedad de los problemas que había entre ellos, también sumamente complejos y delicados. Se trató poco menos que de un milagro, en el que jugó una recíproca indulgencia.

El acento marcadamente religioso no distrajo al emperador de una política realista en interés de su país, como ser el logro de un buen acuerdo con Francia, una larga guerra con el duque Boleslao I, que fue después rey de Polonia, y su esfuerzo por someter a toda Italia, como condición necesaria para una efectiva *renovatio Imperii*. Pero en esta esfera su éxito fue más aparente que real: en Italia septentrional consiguió predominar sobre el último de los reyes electo *in loco*, Arduino de Ivrea, y pudo ceñir la corona de hierro; redujo a cenizas los crónicos tumultos romanos; llevó a cabo finalmente una expedición al Mediodía contra los bizantinos y frenó allí un tardío propósito de reconquista. Pero ninguna de las situaciones creadas por él en la península se consolidó a favor del Imperio. Con su muerte terminó la dinastía imperial de Sajonia, que dio mucho al Imperio, y más a la Iglesia. Por ello cupieron a Enrique II los honores del altar.

## Enfrentamientos con la Iglesia

La nueva dinastía imperial se inició con Conrado II el Sábico, duque de Franconia (1002-1024), que fue elegido con el apoyo del episcopado y en obsequio a su descendencia de una hija de Otón I. En su política no rigieron los valores religiosos que el Imperio había recibido y honrado. Desde el punto de vista formal, fue devoto y generoso con los episcopados y monasterios, pero indiferente a las instancias ético-religiosas de los reformadores; mandó construir estupendas catedrales, pero no se abstuvo de vender investiduras obispales y abaciales, ni lo turbaron las censuras eclesiásticas por la irregularidad de su matrimonio. Además, tuvo por el Papado poco menos que desprecio, y consideró al Papa al nivel de obispo de Roma, una ciudad ingobernable. Por otra parte, los sucesores de Benedicto VIII no merecieron un juicio mejor.

Juan XIX fue un buen administrador de los bienes de San Pedro, pero se mostró poco abierto a un mundo religioso en angustiada agitación. Coronó en Roma a Conrado II (1027), con una ceremonia de excepcional magnificencia pero Conrado II lo trató como un vasallo (*fidelis noster*).

Muerto Juan XIX, Benedicto IX compró su elección y la revendió unos años después a Gregorio VI. Conrado intervino un par de veces en estos escandalosos manejos, a menudo cruentos, pero sin convicción ni efectos duraderos: al finalizar su reinado, Roma seguía siendo presa de las facciones, igual que al principio.

No obstante, su desprejuiciado realismo produjo algunos resultados positivos: se reforzó y enriqueció a la monarquía germana con la corona del reino de Borgoña, que le había dejado en herencia Rodolfo III (1032), y con el traspaso de los grandes ducados de Baviera y Suabia a la dinastía de Franconia. Aunque en medida desigual y atenuada, en Italia la autoridad del emperador se extendió sobre el patriarcado de Aquileya, sobre



Arriba: Representación de Cristo en el acto de conferir autoridad al pontífice y al emperador según la idea imperante de que era el propio Dios el que confería el poder del papa y del emperador, por lo que su autoridad era indiscutible (ilustración tomada de un manuscrito del *Decretum Gratiani* redactado entre 1140 y 1142: con este decreto, primera recopilación orgánica del derecho canónico, se formó una jurisprudencia eclesiástica separada de la civil. También de esta manera reforzó la Iglesia su autoridad frente al Imperio).  
Abajo: Una orden redactada por Adelasia, condesa de Calabria y Sicilia, que dispone la defensa de un monasterio contra los piratas sarracenos. Es el primer documento de este género existente en Europa.





## EL PODER DE LA IGLESIA

A principios del siglo XI, el prestigio de la Iglesia había descendido a lo más bajo de su historia, en tanto que el Imperio, sujeto a la firme guía de los soberanos de la casa de Franconia, se iba consolidando. Pero a medida que fue avanzando el siglo, e influida por el movimiento cluniacense, que llevó a una total reforma interna de la Iglesia, también la estructura eclesiástica volvió a adquirir otra vez enorme prestigio.

El conflicto entre los dos poderes supremos del mundo cristiano, el terrenal y el espiritual, estalló abiertamente cuando las reformas que patrocinaba Gregorio VII, el nuevo papa, prohibieron que los laicos asumieran la investidura religiosa (o sea, el caso concreto del emperador).

En la lucha por las investiduras (como se le llamó) que siguió, el emperador Enrique IV recibió el apoyo de los obispos alemanes, que en Worms declararon depuesto al Pontífice, pero éste pudo contar con la proclividad a la turbulencia de los príncipes alemanes, a quienes la excomunión infligida al emperador dio un arma para negar obediencia a su soberano, con el apoyo de Matilde, condesa de Toscana. En enero de 1077, el emperador, descalzo y vestido de penitente, debió presentarse en Canossa, el castillo de Matilde, para implorar el perdón del Papa y de este modo hacer ver que su poder temporal estaba supeditado al del Papa, el cual salió investido de una inmensa autoridad.

Fue sólo una tregua: las hostilidades se reanudaron al poco tiempo, pero marcó el punto más alto del poder de la Iglesia.

El desarrollo de la Escolástica tiene lugar en el contexto religioso de la Edad Media y es un intento de sintetizar todas las disciplinas a la luz de la teología; por medio del método dialéctico y de la utilización de todas las fuentes del saber (resucita el interés por ciertos pensadores de la Antigüedad, en especial Aristóteles), se procura dar a la ortodoxia católica un amplio campo especulativo y superar todos los posibles contrastes entre conocimiento racional del mundo y experiencia mística de Dios.

Tanto la irrupción del racionalismo aristotélico como el temor del papado a la expansión de nuevas herejías, así como el deseo de la Iglesia de mantener bajo control la enseñanza, propician la fundación de las Universidades: centro culturales sometidos a la disciplina de la Santa Sede y dirigidos por las órdenes mendicantes.



Izquierda: Restos del castillo de Matilde, en Canossa, cerca de Ciano d'Enza, sobre los Apeninos Emilianos, situados a 496 m. de altura entre los valles del Enza y del Crostolo. Las ruinas del castillo (siglo X) se alzan sobre una roca a 580 m. de altura. Tuvo importancia estratégica porque estaba ubicado en el medio de la marca de los otones, que lo construyeron hacia el año 940, en él se refugió la reina Adelaida en 950-951, que escapó de la roca de Garda; fue asediado por Berengario II (952) y sirvió como teatro (el 28 de enero de 1077) del encuentro entre el Papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV.

Según la tradición, el emperador, excomulgado, habría aguardado tres días, descalzo, vistiendo hábito de penitente y en medio de la nieve, que se le recibiera, por mediación de Matilde, prima y vasalla del Emperador, pero ardiente partidaria del Papa. Arriba: La condesa Matilde, representada en el acto de recibir su propia biografía (*Vita Mathildis*) de manos de su



biógrafo, Doninzone, y el sello de Matilde. Esta enérgica mujer, hija del duque Godofredo *el Barbudo*, estuvo prisionera durante su infancia en los dominios imperiales de Alemania. El recuerdo de las humillaciones, y su ciega fidelidad a la Iglesia, la convirtieron en una muy temible enemiga de Enrique IV.





Los dos grandes adversarios que se enfrentaron para establecer a quién tocaba la supremacía en la cristiandad, si al papa o al emperador.  
 Arriba: Gregorio VII, Hildebrando de Soana en la vida secular, máximo teorizador del *Primatus Petri*, o sea de la potestad del pontífice dentro y fuera de la Iglesia.  
 Derecha: Enrique IV, cuyo reinado transcurrió íntegramente (cincuenta años) persiguiendo el intento de afirmar la autoridad suprema del poder temporal.

Abajo: Dos episodios de la lucha entre Enrique IV y Gregorio VII. Después de la muerte de los dos grandes protagonistas, la contienda se resolvió al fin mediante el Concordato de Worms (1122) que introdujo la distinción entre investidura temporal, que competía al emperador, e investidura espiritual, que pertenecía al papa.





## EL FEUDALISMO

La estructura militar, jerárquica, social y económica (esta última en parte, al menos) del Imperio se basaba en el feudalismo.

Definir qué era el feudalismo es uno de los aspectos más difíciles de explicar de la historia medieval. Algunas de sus fases se remontaban a la época romana tardía; otras hundían sus raíces en las relaciones que ligaban entre sí a los guerreros y a los jefes de las tribus bárbaras que invadieron el Imperio romano; otras incluso se desarrollaron en el tiempo, cobrando una forma precisa, sobre todo en el período que medió entre los carolingios y los otonianos.

Sea como fuere, en esencia, se fundaba en la concesión hecha por el soberano de un feudo, es decir de un beneficio (tierras, posibilidad de recaudar tributos o gabelas, u otra cosa) otorgado a un súbdito a cambio de prestaciones civiles o militares en interés del Estado. En un principio (dado el carácter individual del vasallaje y del beneficio), el feudo es vitalicio y se extingue a la muerte del señor o del vasallo. Posteriormente pasa a ser hereditario, en 877 las *Capitulares de Querzy* establecen la heredabilidad, si el sucesor resulta digno de ello. Pero, además, el sistema feudal alcanza también a los potentes, que reciben en feudo ciertas funciones públicas (ducados, condados); con ello el rey refuerza su vínculo personal con los titulares de cargos (subordinación política). La relación jurídica que se establecía se reforzaba con las relaciones de fidelidad personal que ligaban al dador y al receptor, al soberano y al vasallo. Esta dependencia personal de obligaciones mutuas nace de un acto solemne y sacramental rodeado de formalidades y presenta dos vertientes: el vasallo ofrece al señor fidelidad, trabajo y ayuda; el señor inviste al vasallo con el beneficio.

Esta serie de concesiones y vínculos de fidelidad ligaba entre sí a los miembros de la sociedad feudal, desde las gradas más altas hasta las más bajas de la pirámide. En su origen, la primera finalidad fue principalmente bélica (crear una clase de personas que pudiesen permitirse el pago del costosísimo servicio a caballo y del necesario adiestramiento) o administrativa (dar a un funcionario la posibilidad de dedicar su tiempo a las prácticas del gobierno). Pero la estructura feudal condicionó todos los aspectos de la sociedad europea, y sobrevivió durante muchísimo tiempo después que fue perdiendo importancia su función original. Siempre originariamente, el feudo era personal y revocable; es decir, lo otorgaba el soberano a cambio de la prestación y volvía a sus manos cuando ésta cesaba, debido a la muerte o al hecho de haberse retirado el cargo. Pero muy pronto tendió a convertirse en hereditario e inalienable. En 1037, esta tendencia se sancionó, en efecto, jurídicamente, por obra del emperador Conrado II.

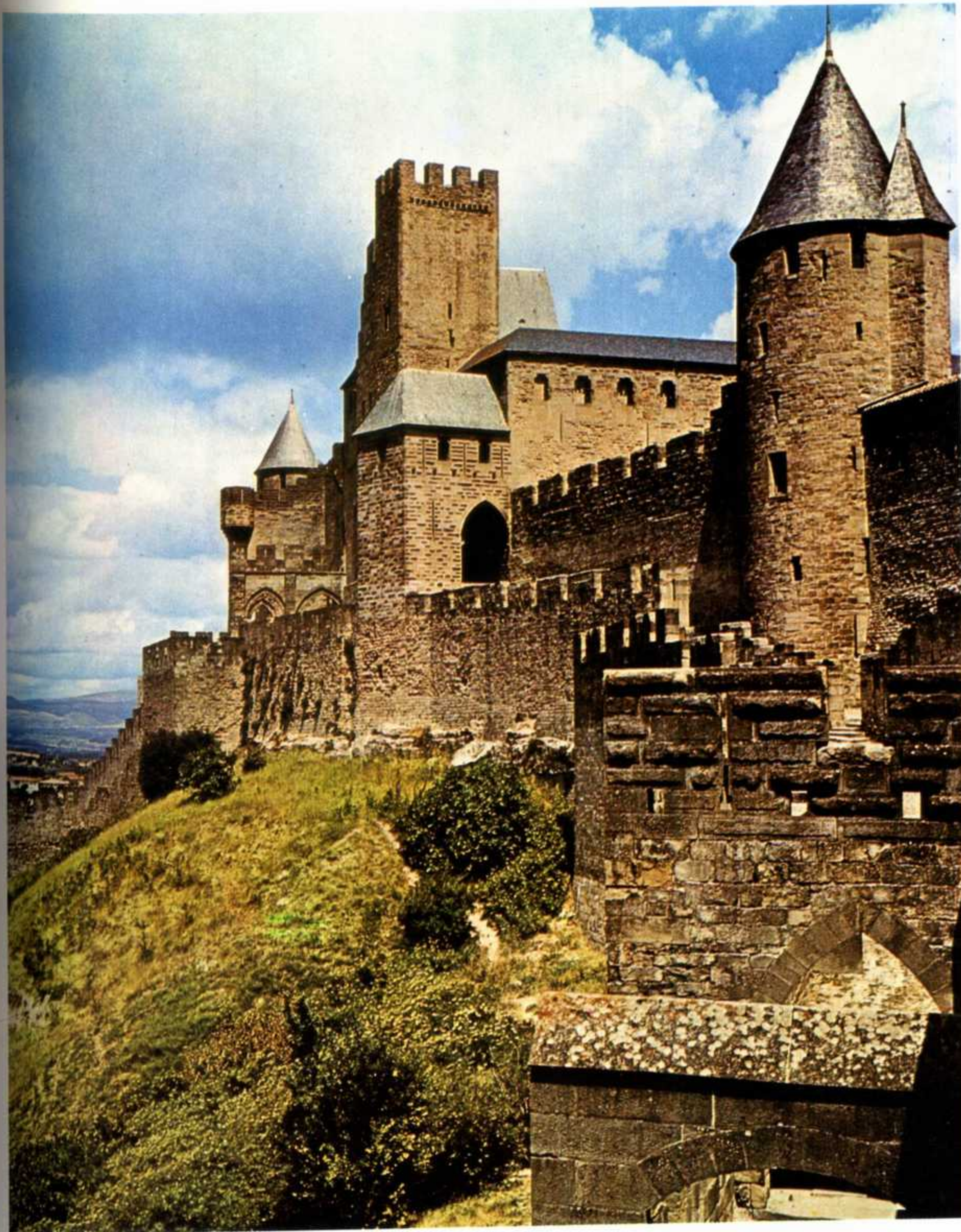


La finalidad suprema de un señor feudal, su razón de existir, era la guerra: en general, el feudo se le otorgaba a cambio de un número determinado de días de servicio, todos los años, en calidad de caballero armado. Cuando no había guerra o terminaba su servicio anual, los pasatiempos del señor eran marciales: la caza constituía el preferido. Arriba: Un método para cazar. Abajo: El banquete, momento culminante de la vida de sociedad en las moradas feudales. El

señor se sentaba a la cabeza, rodeado de su familia y de los huéspedes más ilustres y luego de los personajes menos importantes. Abajo, derecha: La ceremonia de la investidura de un caballero. Con el correr del tiempo, a raíz de la influencia que la Iglesia y sus concepciones ejercieron sobre sus feudatarios, se desarrolló un código ideal de comportamiento del señor, conocido con el nombre de Caballería. Un ideal que rara vez se ponía en práctica.







Centro: Roca de Carcasona, ciudad fortificada del sur de Francia. La fortificación urbana y, sobre todo, rural (el castillo) eran elementos de primer plano en la estructura de la Edad Media. El castillo constituía a un tiempo el habitáculo del señor feudal, el centro administrativo y judicial del territorio y el medio de que se valía el señor para ejercer su control sobre su dominio. Fortificado, para poder resistir eventuales asaltos o asedios, era la base de donde podía salir la Caballería (arma típica de la época feudal) para combatir al enemigo o ejercer su poder en el territorio circundante. En la Edad Media, la estructura de un castillo era bastante simple, y se componía en general de una gruesa torre integrada en un recinto, y poco más. Pero a partir de las cruzadas, los europeos importaron sistemas defensivos muy complicados, y de ellos surgieron los imponentes castillos de la Edad Media Tardía.

Abajo: Representación de un torneo. El torneo, es decir el encuentro armado que imitaba la actividad militar, el juego de la guerra, gozaba de gran favor en la época feudal, y constituía un primordial espectáculo, un rito caballeresco de gran importancia, además de ser un ejercicio en el uso de las armas. La influencia de la Iglesia jamás logró eliminarlo, y sólo pudo prohibir los aspectos más cruentos y codificar los reglamentos.







Con la elección de Federico de Hohenstaufen para el trono imperial, en 1152, se cerró un tormentoso período de luchas entre los dinastas alemanes y tomó la dirección del Imperio una familia que lo conduciría al máximo apogeo.

Federico I *Barbarroja* inició una ardua lucha para someter a la autoridad imperial a las comunas italianas, que con el tiempo habían logrado una autonomía casi completa. La resistencia de las ciudades italianas recibió su guía de Milán.

Izquierda: Federico I *Barbarroja* entra en Milán asediada y vencida por sus tropas.

Abajo: Los milaneses recuperan la posesión de su ciudad después de la destrucción que le infligió el emperador, en 1162. Se tomaría venganza por esta humillación en el año 1177 en el campo de Legnano, donde las fuerzas italianas derrotaron a las imperiales.

Derecha: Federico con sus hijos, Enrique (el futuro Enrique VI) y Federico.



las marcas de Verona y Toscana, a las que se hallaba unido el ducado de Spoleto, y sobre los antiguos principados longobardos y los recientes asentamientos normandos del Mediodía. De hecho, las ciudades, muchas en Italia, imponíanle una fuerte limitación, pues en su mayoría estaban sometidas al gobierno de los obispos, quienes localmente eran más influyentes que los condes o marqueses: Milán tenía un arzobispo, Ariberto de Intimiano, que ante sus contemporáneos se presentaba directamente como el árbitro del reino itálico; Pavia, la capital del reino, se insurreccionó contra Enrique II y a su muerte incendió el palacio real; Génova y Pisa dieron los primeros pasos en camino hacia la hegemonía marítima y por consiguiente centro comercial y una autonomía cercana a la independencia, de la que disfrutaba Venecia.

Especialmente en interés de Alemania, el emperador introdujo dos novedades de gran importancia político-social. Con la creación de los obispos-condes y de los abades-condes, la dinastía de Sajonia había generado una poderosa feudalidad eclesiástica para frenar a la gran feudalidad laica, pero el resultado final fue un refuerzo general de la feudalidad entera, en detrimento de la libertad de la corona. Entonces, Conrado II empezó a sustituir a los grandes prelados por personas de origen modesto y a menudo serviles, naturalmente más dóciles; pagados con largueza, se los podía mandar sin restricciones. A su vez, para debilitar directamente a la gran feudalidad, laica y eclesiástica, favoreció a los vasallos menores, que de-

pendían de él, y también les concedió el privilegio, esencial, de sus feudos hereditarios (1037).

Si bien los efectos de la primera disposición se restringieron a Alemania, en todo el Imperio las consecuencias de la segunda fueron verdaderamente revolucionarias. Con el derecho hereditario a sus feudos, los nobles menores se fortalecieron y sus aspiraciones de crearse posiciones de poder se robustecieron arrebatándoselas a los mayores: en Italia, habrían de ser ellos los protagonistas del proceso de formación de las Comunas. El segundo milenio se anunciaba no sólo como portador de fermentos espirituales: en el siglo XI se hallaba en curso una fuerte expansión demográfica y económica, resurgían las ciudades con sus mercados, emergían de su baja condición nuevos grupos sociales. Intereses y problemas desconocidos hasta entonces modificaban la mentalidad, dando lugar a una captación más atenta y apasionada del mundo de las cosas, del trabajo, de la producción e incluso del arte. En este contexto, los intereses religiosos se diferenciaban y alejaban cada vez más de los mundanos y entre ambos extremos maduraban incurables incompatibilidades y contrastes que no tardarían en chocar en los respectivos vértices, desembocando en el conflicto entre el Papado y el Imperio.

Otro joven de poco más de veinte años, Enrique III (1039-1056), hijo y sucesor de Conrado II, reencaminó al Imperio por la vía sagrada, demostrando con los hechos, al igual que Enrique II, la compatibilidad, en la figura del emperador, del





HENR. C. SVAFR.

FRIDERICVS IMPERATOR

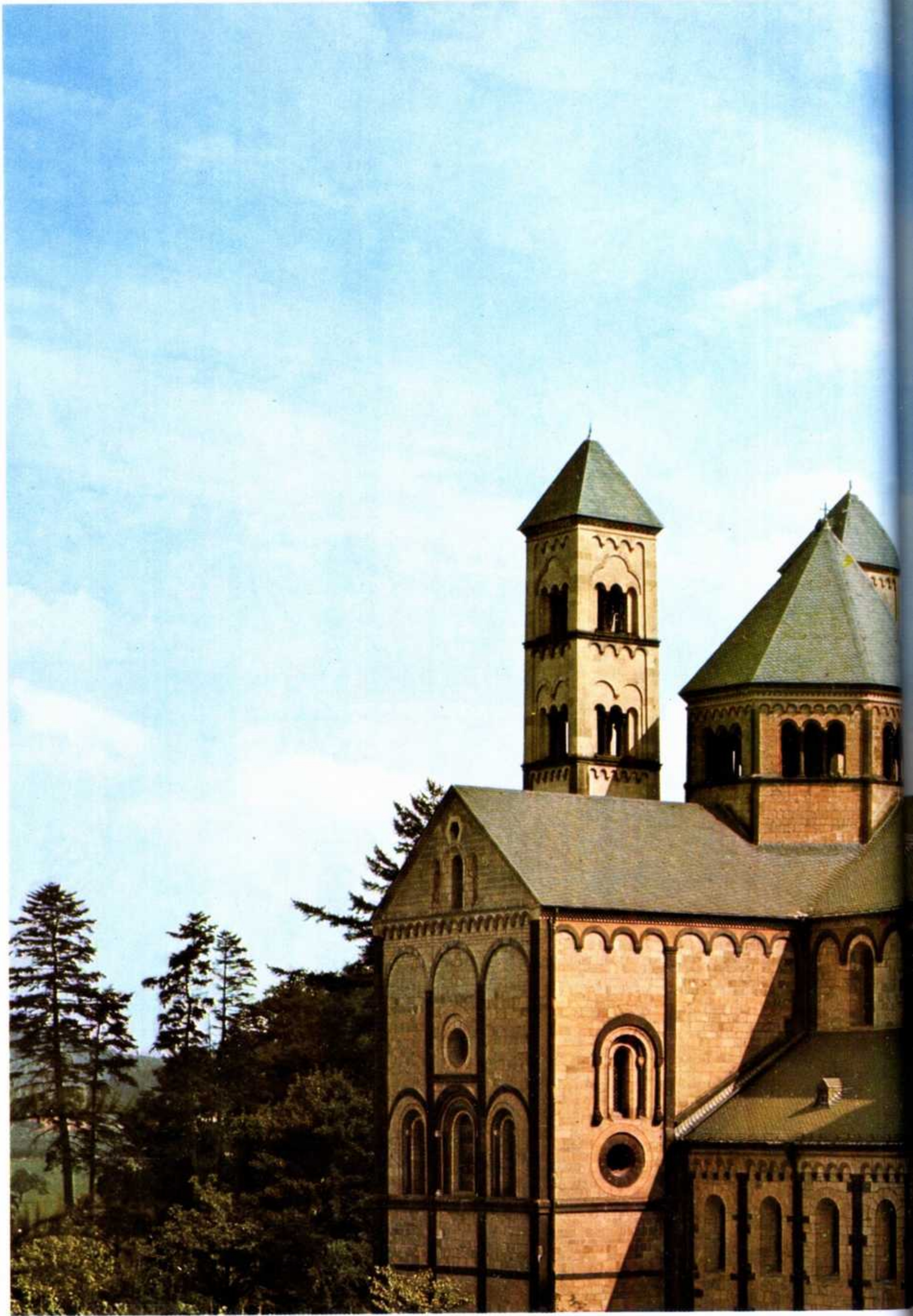
FRIDERICVS





Arriba: Federico I *Barbarroja* y el arzobispo de Colonia ante la ciudad de Roma, en 1155. Federico acababa de descender por primera vez a Italia, con el fin de restablecer la autoridad imperial en la Península. En esta ocasión el emperador debió abandonar la ciudad con toda rapidez a causa de una insurrección del pueblo romano.

Derecha: Iglesia de la abadía benedictina de Maria-Laach, en Eifel, con sus torres de variable dimensión y remate. Es uno de los mejores exponentes del románico alemán, y se erigió en la primera mitad del siglo XII, bajo la guía de su primer abad, Gilberto. Los lazos de unión entre Alemania e Italia, establecidos también al influjo de las guerras imperiales, fueron importantes para ambas tradiciones artísticas.



rey y el sacerdote. Hizo suya la causa de la reforma y la sirvió con sincera convicción, y durante casi dos decenios suplió la inoperancia del Papado por su propia iniciativa y su propia autoridad, siguiendo las directivas fundamentales de los reformadores: la extirpación de la simonía y del concubinato de los curas. Por último, en 1046, mediante una drástica intervención en Roma, tronchó la escandalosa alternancia de los papas de facción, que llegaban al solio por la vía de la intimidación y del dinero. En aquel momento eran tres los que se lo disputaban: Benedicto IX, Silvestre III y Gregorio VI. Enrique III convocó un concilio en Sutri, que depuso a los tres pontífices e impuso al obispo de Bamberg, Clemente II, quien le dio la corona imperial, lo ungió sacerdote y le impartió el título de vicario de Cristo, confirmándole el de patricio de los romanos (1046). Verdad es que el Papado, liberado de la servidumbre hacia la

aristocracia romana, venía a depender del emperador, pero se trataba de un emperador consagrado al sacerdocio. Parecía providencial que en aquel momento se colocara en el vértice de la cristiandad hasta a los más aguerridos propugnadores de la reforma de la Iglesia: Pier Damiani, Humberto de Silvacondida, Ildebrando de Soana, que, convertido en el papa Gregorio VII, sería el más intransigente defensor de la absoluta supremacía papal. Ellos conservaron la misma veneración por la memoria del emperador Enrique III.

El emperador se valió de la prerrogativa de designar a los candidatos al pontificado; la unidad de orientación de la Santa Sede fue rigurosamente respetada bajo la vigilancia del emperador, y sobre todo merced a la influencia que ejercieron tres grandes teóricos de la reforma antes mencionada. La Iglesia comenzó a tomar nuevo vigor. Sin embargo, en sentido es-





tricto, la política imperial de Enrique III no fue afortunada: pese a la posesión de los mayores ducados alemanes, pese a sus triunfos en las acciones emprendidas para conservar prestigio e influencia en Polonia, Bohemia y Hungría, el emperador chocó con señores laicos y eclesiásticos, a menudo precisamente a causa de su doble investidura de rey y sacerdote.

Pero dos hechos manifestaron ser especialmente nefastos para el porvenir del Imperio. El primero fue la rebelión de Godofredo *el Barbudo*, duque de la Alta Lorena: defraudado en su aspiración de conseguir también la Baja Lorena, éste se levantó contra el emperador; fue derrotado y desposeído, pero resurgió espléndidamente, desposando a Beatriz de Toscana que, además de la comarca cuyo nombre llevaba, era dueña del ducado de Spoleto, de muchas ciudades y de las tierras del valle del Po, y disponía así del complejo feudal más grande de Italia.

El otro hecho negativo fue el apoyo que el emperador dio a los Altavilla, los emprendedores nobles normandos de Italia meridional, para tenerlos de aliados contra los bizantinos. Estos llevaron adelante por cuenta propia la conquista de Italia meridional, chocaron con el Papa León IX por la posesión de Benevento y, poco después, se hicieron aliados y fieles vasallos del papado.

En esta forma, se constituyeron en Italia dos potencias, la lorenesa en el centro y norte, la normanda al sur; la primera, adversaria de la dinastía imperial; la otra, independiente.

Aun dejando de lado toda ideología, esto explica la necesidad del Imperio de tener firmemente controlados a Roma y el papado, si bien con amplias concesiones territoriales, para impedir que pudiese introducirse en la órbita de las potencias que lo circundaban.



## LA VIDA COTIDIANA

En las ciudades medievales de toda Europa la vida de todos los días se desenvolvía según los ritmos que dictaba la duración de la luz solar, dado que al caer la noche, cerradas las puertas de las murallas, sólo las rondas y los escasos paseantes recorrían las calles completamente vacías.

Las clases más ricas, representadas por los nobles, los propietarios de las tierras que circundaban la ciudad, los estamentos constituidos por los artesanos y comerciantes y por los profesionales, como podríamos llamarlos (notarios, médicos, boticarios, etcétera) vivían en edificios más bien amplios, construidos de piedra y ladrillo, con un gran patio y la fachada que daba sobre la calle, se desarrollaba hacia lo alto (a veces en forma de torre) para facilitar la defensa e impedir la entrada a eventuales atacantes.

Generalmente las personas que se dedicaban a una misma actividad se reunían formando las corporaciones o *gremios* y habitaban en zonas próximas dando lugar a barrios que se caracterizaban y eran conocidos por la actividad a la que se dedicaban sus moradores.

Estos ciudadanos tenían a su servicio una cantidad de personas, en estado de semiesclavitud, para que ejecutaran las tareas domésticas, y podían así dedicarse íntegramente a sus asuntos (agricultura y comercio) y a la política ciudadana, que estaba exclusivamente controlada por sus manos.

Durante el día iban y venían por las calles, recibían visitas, se dirigían a las ferias o mercados, frecuentaban la iglesia (indispensable para mantener buena relación con el clero, bastante poderoso por aquel entonces). Las mujeres pasaban su vida dentro de la casa, de donde salían, escoltadas por una o más doncellas, solamente para efectuar alguna visita o para presenciar las funciones religiosas: no obstante, el buen funcionamiento de la casa se hallaba bajo su control. En resumen, una vida que, a nuestros ojos, parece sumamente tediosa.

En cambio, mucho más rica en sucesos imprevistos (el primer problema cotidiano era cómo procurarse el sustento) era la vida del pueblo, que se arreglaba con trabajos ocasionales, para no caer en la servidumbre (obviamente no remunerada) de algún pudiente. En los barrios pobres, las viviendas eran de reducidas dimensiones, de una sola planta, mal iluminadas, malsanas, constituidas a menudo por un solo cuarto donde moraban también las gallinas u otros animales domésticos. Hambre, enfermedades, una pobreza extrema (combatida a duras penas por la caridad de las órdenes monásticas) hacían que la existencia de los estratos más humildes de la población fuese mísera.



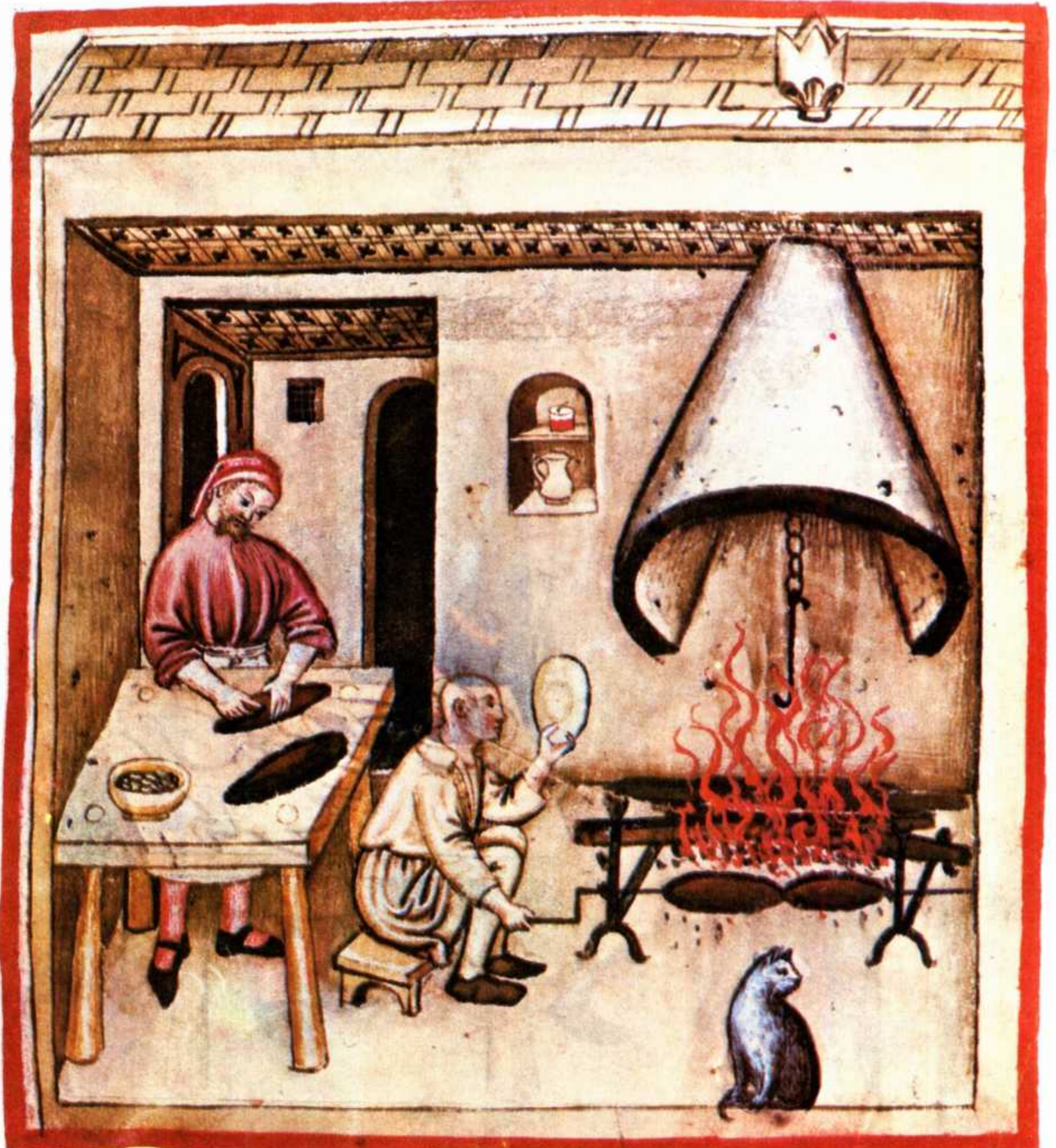




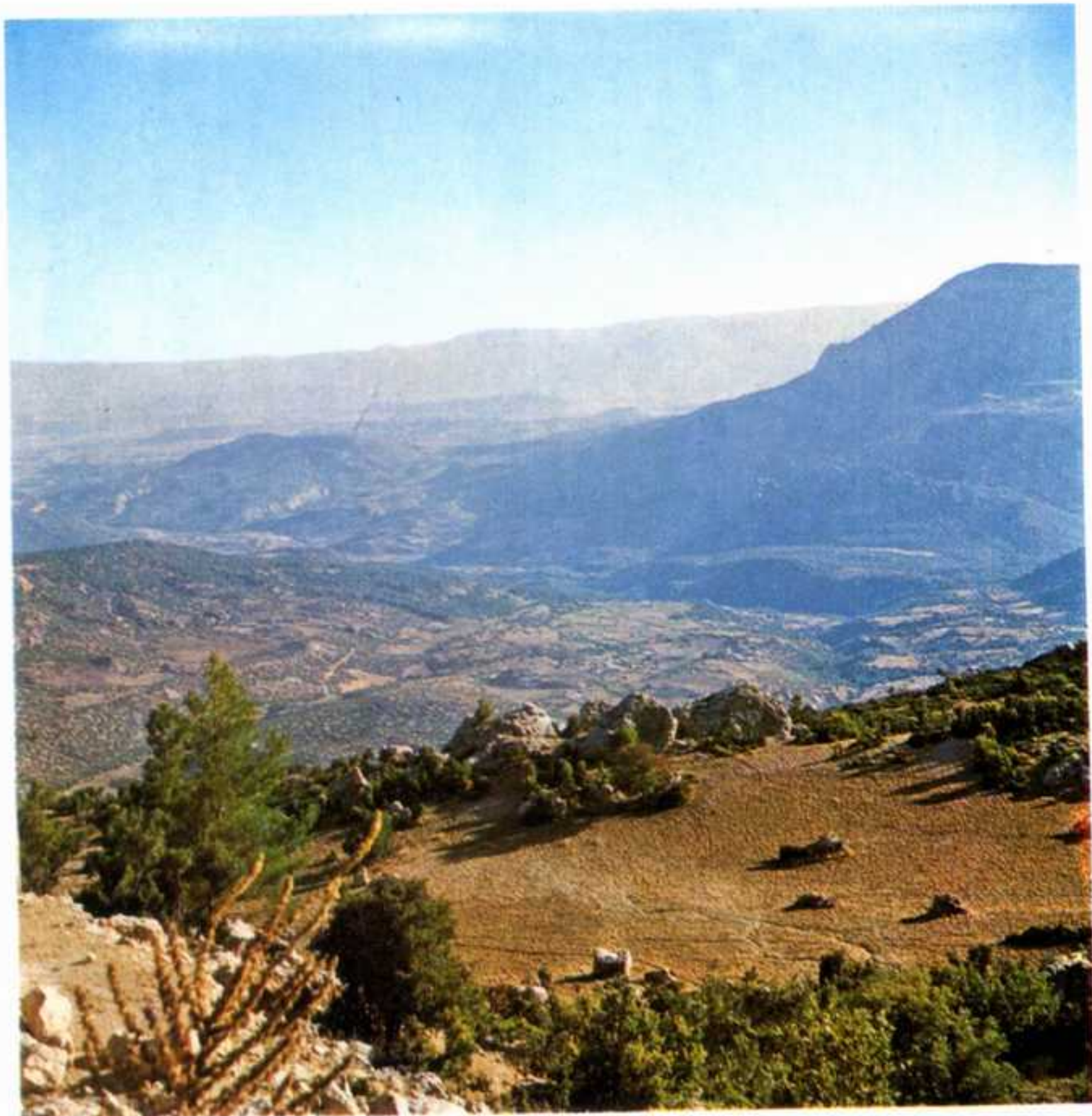
Aspectos de la vida cotidiana en la Edad Media, tal como se presentan en miniaturas de la época: una calle de la ciudad (izquierda, arriba), con los transeúntes y los tenderos; una escena en el mercado, con un vendedor de pescado y un grupo de músicos y cantores ambulantes (abajo, izquierda).

Otros aspectos de la vida cotidiana: una escena en la que se aprecia una ceremonia de esponsales (izquierda) con los novios y familiares; una transacción comercial bastante habitual, la compra de grano y harina (abajo, izquierda).

Derecha: Escena doméstica en el interior de una vivienda típica medieval. El hogar en las habitaciones constituía el centro de la vida cotidiana pues era necesario para dar un poco de calor a las frías moradas y para cocer los alimentos.







El 21 de octubre de 1187, Jerusalén (y con ella el reino cristiano de Palestina) cayó en manos de Saladino, después de ochenta y ocho años de dominio cristiano. Federico Barbarroja consideró su deber de emperador ponerse al frente de la cruzada, que incluyó a todos los príncipes cristianos y se dirigió a liberar la Ciudad Santa. Pero murió ahogado al vadear el río Gpksu, en Anatolia. Desapareció con él uno de los soberanos que más sintió e intentó imponer la autoridad del Imperio.

Izquierda: El valle de Göksu, en la actualidad.

Centro: Monograma de Federico sobre un diploma de su cancillería. Abajo: El emperador con la indumentaria de cruzado.



En cambio, entró allí y polarizó a su alrededor todas las oposiciones antiimperiales. A la muerte de Enrique III, durante el decenio de la minoría de edad de su sucesor, el niño Enrique IV (1056-1106), se sucedieron tres papas de origen lorenes: Esteban IX, hermano de Godofredo, Nicolás II, obispo de Florencia, y Alejandro II, obispo de Luca, por aquel entonces capital de la comarca de Toscana; reformadores todos ellos, inspirados en Hildebrando de Soana.

### La lucha de las investiduras

Mientras en Alemania la paz y la unidad bajo una monarquía fuerte constituían la premisa de cualquier política imperial, Nicolás II decretaba en un concilio que cada elección futura de un papa debía reservarse exclusivamente a los cardenales, «sin intervención alguna del emperador» (1059). Ese mismo año reconoce al normando Roberto el Guiscardo el título de duque de Puglia y Calabria, legitima las conquistas ya efectuadas por éste y las futuras, en el Mediodía y en Sicilia, y recibe de él el juramento de fidelidad. Poco después se contrapuso a Alejandro II, elegido sin la intervención imperial, un antipapa que designó al emperador (1061), aunque infructuosamente. El choque frontal, precedido de escaramuzas dilatorias, se produjo cuando Hildebrando de Soana, romano, de formación rigurosamente monástica y gran influencia durante muchos años en la curia pontificia, fue elegido papa con el nombre de Gregorio VII (1073-1085). Su ideal era la plena *libertas* de la Iglesia; las condiciones necesarias para realizarla, la separación entre lo temporal y lo espiritual y el predominio de éste (el Papado) sobre el poder del Imperio.

Según este orden de ideas, condenó por primera vez, considerándola un acto de simonía, la investidura de funciones y beneficios eclesiásticos por parte de los laicos.

Como reivindicación de esta prerrogativa de disponer de las cátedras episcopales y controlar la Iglesia en el Imperio, Enrique IV no sólo siguió ungiendo obispos, sino que reaccionó contra las órdenes del Papa haciendo que una asamblea de prelados que le eran fieles lo declarara depuesto (1076). Cuando le llegó el momento, Gregorio VII lo excomulgó y lo destronó de Alemania, eximiendo a sus vasallos y súbditos del juramento de fidelidad.

Simultáneamente, el pontífice enunció su concepción político-religiosa: «Únicamente el Papa puede llamarse universal, puede disponer de los obispos, puede usar las insignias imperiales, puede deponer a los emperadores; nadie puede usar las insignias imperiales, ni puede deponer a los emperadores; nadie puede juzgarlo; la Iglesia de la cual es jefe jamás ha errado y no errará jamás y el que no está de acuerdo con ella no es católico». Este fue el prólogo de la lucha de las investiduras: se prolongó por espacio de casi medio siglo y modificó radicalmente las relaciones entre el mundo laico y el eclesiástico. Sus protagonistas fueron Enrique IV y su hijo Enrique V, el papa Gregorio VII y cinco pontífices gregorianos que le sucedieron. En Italia, el brazo armado del papado fue la condesa Matilde de Canossa, heredera de la comarca de Toscana y de grandes dominios anexos. Algunos episodios y momentos de la lucha se pueden considerar los símbolos de su magnitud.







Arriba, izquierda: Enrique VI, hijo de *Barbarroja* y continuador de su política. Su unión matrimonial con Constanza de Altavilla, última heredera del reino normando de Sicilia, permitió fundir las dos coronas, la imperial y la siciliana.  
 Arriba, derecha: Coronación de Enrique y Constanza de Altavilla, en Roma, llevada a cabo por obra del Papa Celestino III.  
 Abajo, izquierda: Sello de Constanza.

Enrique IV se presentó (1077) en el castillo de Canossa, de la condesa Matilde, e imploró hincándose a los pies de Gregorio VII que lo absolviera de la excomunión. Fue absuelto. Reanudada la lucha y nuevamente excomulgado, Enrique IV entró a Roma por la fuerza y fue coronado emperador por un antipapa (1084). Los normandos de Roberto el Guiscardo arribaron tardíamente y liberaron a Gregorio VII, encerrado en Castel Sant'Angelo: su huésped murió en el exilio, en Salerno, pocos meses más tarde.  
 Enrique IV, combatido por sus propios hijos, abdicó y murió (1106), siempre bajo el peso de la excomunión. En 1111, Enrique V, su hijo y sucesor, arrancó al Pontífice Pascual II un convenio auténticamente revolucionario: el emperador renunciaba a conferir investiduras eclesiásticas, pero, a su vez, el papa renunciaba a todos los bienes y rentas de naturaleza feudal que poseía la Iglesia. Enrique V y Calixto II pusieron fin a la lucha de las investiduras merced al Concordato de Worms (1122) en el que se convino que la investidura espiritual de los obispos





Izquierda: Federico II, hijo de Enrique VI y Constanza de Altavilla, fue uno de los hombres más eminentes de su época: culto, experimentó curiosidad por todo y poseyó una inteligencia brillante, atraída por conocimientos cosmopolitas. El sólido reino normando que heredó de su madre fue la base de su poder más que la disputada corona imperial. En la corte de Federico II se protegieron todas las artes, el mismo emperador escribió libros y potenció la lengua italiana. Arriba: El Papa Inocencio III, tutor de Federico, que abrigó la ilusión de hallar en él un aliado poderoso. Derecha: Blason de Federico, en un mosaico de una sala del palacio de los Normandos, en Palermo.

se reservaba al papa, mientras que la temporal se reservaba exclusivamente al emperador.

De la lucha de la investidura el emperador emergió privado de esa aureola de sacralidad que tanto había contribuido al poder imperial: siguió siendo rey, pero dejó de ser sacerdote. La Iglesia reivindicó como suyo todo lo de orden sagrado y se encerró en una fortaleza, aislada y preparada para la guerra, perfeccionando todas sus estructuras, mucho más racionales y eficientes que las del Imperio, todavía elementales.

Durante la lucha de las investiduras y en los treinta años que siguieron hasta que definitivamente finalizó se produjeron numerosos hechos nuevos.

## Los acontecimientos políticos

En las postrimerías del siglo XI tuvieron lugar la primera cruzada, que dio la pauta del poder de convocatoria del Papa, el gregoriano Urbano II, y la liberación de Jerusalén de manos de los turcos.

Fuera del Imperio se consolidaron los reinos de Francia, Inglaterra y Castilla; en Italia meridional el reino normando de Sicilia, vencedor de los árabes y bizantinos, y en Italia nororiental la república de Venecia, sumamente favorecida por la cruzada, como lo fueron también Génova y Pisa en el ámbito imperial. Siempre en este área, en el territorio lombardo y toscano, comenzaban a surgir las Comunas ciudadanas, organizándose como Estados autónomos.

En Alemania, después de la muerte de Enrique V (1125), los príncipes se disputaron la corona, reivindicando el derecho a ser elegidos y el reino se mantuvo por largo tiempo en estado de guerra civil. Las rivalidades se polarizaron en torno de la casa de Baviera (los güelfos) y de la casa de Suabia (los gibe-

linos). Los güelfos predominaron primero y elevaron al trono a Lotario II, de Supplinsburgo (1125-1137), que recibió del papa la corona imperial, pero al precio de humillarse a sus pies como un vasallo.

A su muerte, Lotario II designó al duque Enrique de Baviera como su sucesor, pero los gibelinos lo rechazaron y eligieron a Conrado III de Hohenstaufen, duque de Suabia (1138-1152). Este pasó su vida en medio de la guerra civil; la segunda cruzada, que concluyó sin éxito alguno, le confirió un débil resplandor de gloria por haber estado al mando de ella.

La casa de Suabia se consolidó después con su sobrino, Federico I Barbarroja (1152-1190), a quien se saludó como príncipe de la paz y del renacimiento.

En el siglo de los tres grandes emperadores suabos (Federico I, Enrique VI, Federico II) que reinaron desde el año 1152 hasta el 1250, hubo un magnífico resurgimiento de la realidad y del mito del Sagrado Imperio Romano. Fue la última resurrección a la que siguió una larga e ininterrumpida decadencia.

Federico I quiso ante todo la corona imperial. La coronación se celebró en Roma y el papa Adriano IV presidió la ceremonia en un clima infausto, precedida por la muerte de Arnaldo de Brescia en la hoguera. Una vez dotado del prestigio de la corona afrontó el problema de los príncipes alemanes, para quienes la independencia de hecho había llegado a ser una costumbre. El emperador se dedicó entonces a recuperar los bienes y derechos usurpados a la corona; fue rígido en exigir la observación de la fidelidad de los vasallos y el respeto de la jerarquía feudal y hábil para crear equilibrios e impedir que alguno de los señores alcanzara excesivo poder. Dio por descontado que en adelante Alemania constituiría una monarquía feudal, y que, por lo tanto, el poder del rey no podía ir más allá de ciertos límites.

En el reino de Italia, su intento de recuperar los bienes y dere-







Federico II, desde su sede italiana, prosiguió la lucha de oposición a la supremacía de la Iglesia, que sin embargo los había educado. Derecha: Gregorio IX, el gran adversario del rey y emperador. Abajo, derecha: Tiara de la esposa de Federico, Constanza de Aragón.

De estilo bizantino, pero con inscripciones árabes (para una princesa cristiana) constituye una síntesis casi perfecta de las características del reinado de Federico.

Arriba, centro: Un *áureo*, la bella moneda que acuñó Federico.

Derecha: Dos episodios de la lucha entre el soberano y el Papado: captura por orden del rey de los prelados que había convocado el Papa (batalla de la isla de Giglio, 3 de mayo de 1241, librada entre pisanos y sicilianos contra los genoveses que escoltaban a los delegados pontificios en su viaje a Roma) y el Concilio de Lyon (1245).

chos reales chocó con una durísima resistencia de parte de las Comunas ciudadanas, sobre todo de Milán, que administraban por medio de magistraturas electivas y de acuerdo con ordenanzas locales, bienes y derechos que habían usurpado a los condes y obispos. Después de algunas demostraciones de fuerza que no dejaron lugar a dudas acerca de sus intenciones, el emperador las reivindicó pública y específicamente (dieta de Roncalia, 1158). En esta ocasión, se presentó con la nueva dignidad de emperador romano, heredero de Justiniano, encarnación de una soberanía sagrada por directa investidura divina, origen de la ley, despótica e irrestricta.

La resistencia de las Comunas llevó a una guerra favorable para los intereses del emperador, hasta que logró extraer ventaja de sus rivalidades y discordias. También se le opusieron los normandos de Sicilia y el emperador bizantino. En respuesta a la ofensiva del papa, Federico I le contrapuso sucesivamente tres antipapas, uno de los cuales se empeñó en restituirle el prestigio de la sacralidad elevando a Carlomagno a los honores del altar y devolviendo al suabo la coronación imperial en una Roma aterrorizada por las masacres y los incendios y atacada por la peste.

Sin embargo, Federico I, después de la derrota de Legnano que le infligieron los milaneses y otros aliados (1176), abandonó la empresa de la cual había prometido salir vencedor y dueño de Italia. Concertó inmediatamente la paz con el Papa y con el rey de Sicilia (Venecia, 1177); con las Comunas de la Liga, tras una larga tregua (Constanza, 1183); les reconoció los derechos disputados, legitimando así su autonomía y reservó para sí el derecho de exigir el juramento a los magistrados elegidos por los ciudadanos.

Pero el frustrado triunfo del emperador en Italia debía atribuirse en amplia medida a la escasa y malograda participación de los príncipes, sobre todo del más poderoso de ellos, Enrique el León, duque de Baviera y Sajonia. En Alemania este príncipe desarrolló una política independiente, reanudó la expansión entre los eslavos nororientales, y mantuvo relaciones políticas y económicas con Dinamarca, Inglaterra y los otros países del mar del Norte y del Báltico. Debido a esto, hecha la paz en Italia, el emperador lo desterró del Imperio y distribuyó sus dominios entre los vasallos fieles, con el consenso de Alemania entera (1180).

En el apogeo de su poder y prestigio, retornó a Italia en compañía de su hijo Enrique, para celebrar en Milán la boda de éste con Constanza de Altavilla, sobrina del rey de Sicilia. Luego, contando ya más de setenta años, respondió a la llamada del papa Clemente III y asumió el mando de la tercera cruzada. Condujo la expedición a través de los Balcanes, cruzó los estrechos y desde allí dirigió una extraordinaria marcha por Anatolia, hasta llegar a Cilicia. Su muerte determinó el fracaso de la cruzada.

Su hijo Enrique VI consumió sus pocos años de reinado y de vida (1190-1197) en el esfuerzo de resolver una serie de problemas viejos y nuevos. El primero y más complejo fue el de la imprevista adquisición del reino de Sicilia por intermedio de su esposa Constanza de Altavilla (1189) y con la nueva posesión heredaba la responsabilidad de una política italiana y







Occasionalit̄ t̄a illuc aduenit de tra sc̄a ep̄c Be  
ritensis. toci syrie nunciuſ gen̄aliſ. mandatuſ  
baulanti lugubre de gr̄mino p̄m̄t̄ice deo i tra  
sc̄a perpet̄o. **Qualiſ dñs papa p̄ma die geluſ**  
**B**om̄ aũ dñs p̄ multoſ iã p̄latoſ **incauſ.**  
licet t̄a ñ om̄iſ uidiffet aggregatoſ: die lune  
proxima poſt feſtum nat̄uſc̄at̄iſ ſ' Iohiſ bapt̄  
Innoç p̄. **Conciliũ luḡ.**

de mur̄iſ fatiſ face. Reſpondit d̄ p̄. &  
qm̄ m̄lta ſũt p̄miſſa: nũqm̄ iſ nuſq̄  
ta. S; r̄h ñe oſtat ſũt p̄miſſa: ut ſecur̄  
cem poſitã illuſo geluſo r̄ſoluto p̄ dilac̄o  
Pacẽ nup̄ iãia ſua uirãtã ſed̄m formã  
ẽment̄i teneat r̄ adq̄eſco. Porro q̄ ter  
mutancẽ p̄t̄ea uultuſ. ſe ſi p̄cedem̄ ſ

Thadeuſ de ſueſſa p̄curator freſtina recedit cont̄

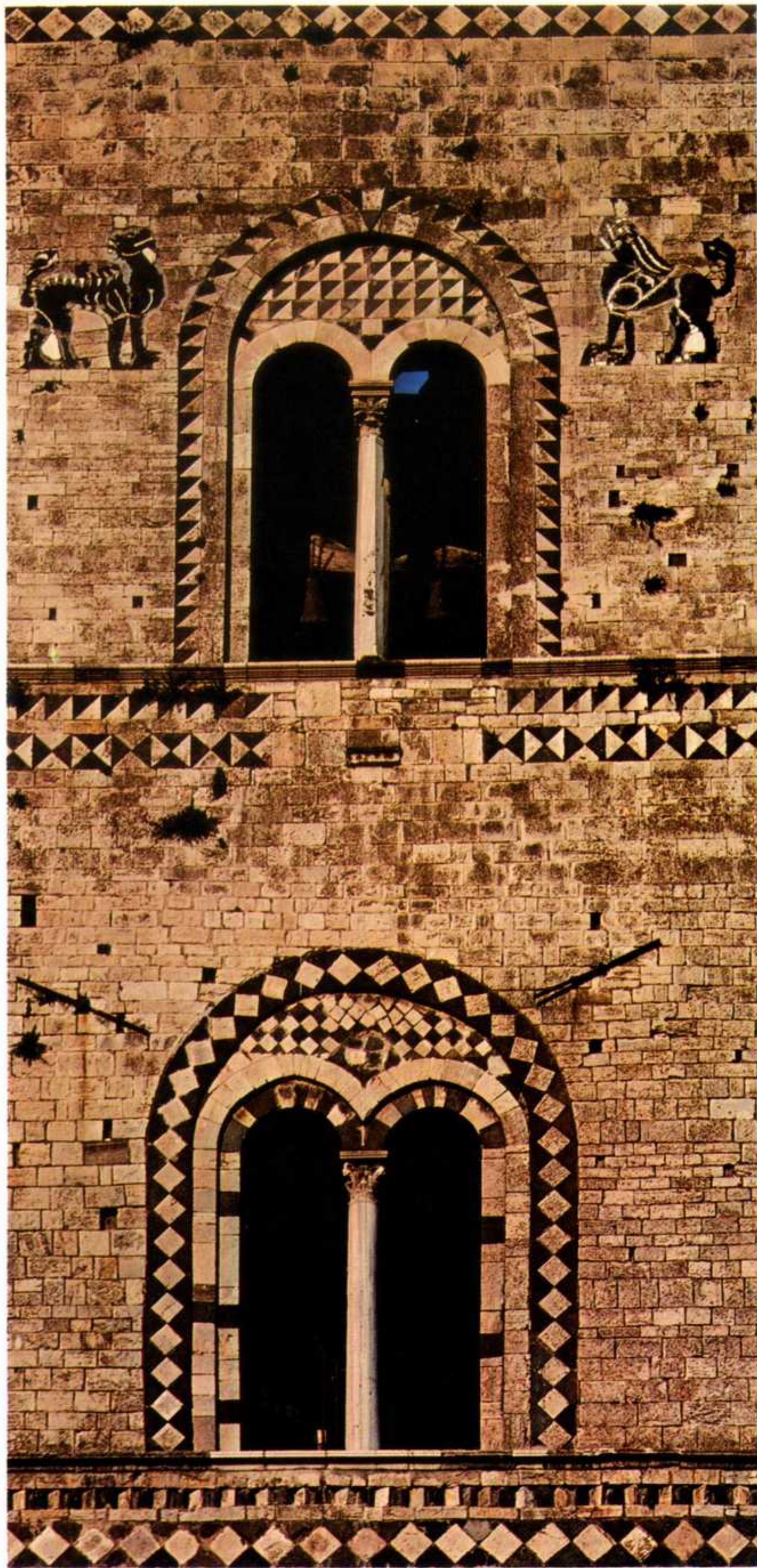
**XIII**

*Dieſta dieſre*

mediterránea grandiosa, desarrollada por los normandos pero vigilada por el papado, amo de aquel reino. Por consiguiente, para ligar el reino de Sicilia a Alemania era necesario dominar en toda Italia y llevar adelante hasta sus consecuencias extremas la política de su padre contra las Comunas y el papado que, según hemos visto, había encallado llegando a una tregua (la Paz de Constanza, de 1183). Los príncipes alemanes no fueron solidarios con él, y con el fin de aceptar que su hijo Federico, niño aún, fuese elegido rey de Alemania, pretendieron y obtuvieron amplias concesiones, o sea, de hecho, una mayor independencia. Enrique VI obró con febril energía. Se impuso en Italia, intimidando a las Comunas padanas y toscanas, rodeando al Papado de un cerco de puestos de avanzada (Toscana, Marche, ducado de Spoleto, regidos por sus vicarios), con el propósito de unir el norte con el sur. Por último, estableció feroz y

despiadadamente su poder en el reino de Sicilia, que lo rechazaba como rey. Se preparaba para conducir desde Sicilia una cruzada a Oriente, donde ya había hecho sentir su autoridad, cuando murió poco tiempo después de cumplir los treinta años de edad (1197). Por obra suya, la idea del Imperio sagrado y universal cobró una fuerza jamás alcanzada. Su enérgica personalidad y la memoria de su padre influyeron en esta exaltación. Los príncipes se encontraron de improviso con un rey de cuatro años y se dividieron para otorgar ese título a quien pudiera representar la unidad de Alemania y del Imperio. La parte güelfa coronó a Otón IV de Brunswick (1198); en cambio, la parte gibelina se mantuvo fiel a la casa de Suabia y colocó en el trono a Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI y entonces vicario imperial de Toscana. Hubo una guerra civil exacerbada por el hecho de que el Papa





Federico II no se limitó a heredar el reino creado por los normandos en Italia meridional, sino que lo consolidó, haciendo de él un modelo para toda Europa y siendo su corte un centro de cultura que potenció las artes y a los artistas.

Izquierda: Detalle del campanario de Melfa. En Melfa en el año 1231 Federico dictó las famosas Constituciones que organizaron su Estado italiano.

Arriba: Castillo de Manfredonia, sólida fortaleza que se construyó en Puglia.

Abajo: Fortaleza de Lucera, donde Federico acuarteló a las tropas sarracenas.

Derecha: Vista general y sala del Trono de Castel del Monte, en Puglia.



Inocencio III defendió a Otón IV y se opuso a Felipe de Suabia. Cuando éste murió asesinado, llamó a Roma a Otón IV y le entregó la corona imperial (1209).

El apoyo y la oposición de Inocencio III (1198-1215) ejercieron una excepcional gravitación. Con él llegó a su apogeo el Papado medieval, tanto en el campo espiritual como en el temporal. Su concepto de la autoridad fue más alto e intransigente aún que el de Gregorio VII: en su carácter de vicario de Cristo, rey de reyes, el Papa poseía un poder supremo sobre toda la tierra; disponía del Imperio tanto por decreto divino como por los derechos que le había conferido Constantino; antes de coronar a un emperador, tenía derecho y debía juzgar si el candidato lo merecía, porque el emperador era el defensor de la Iglesia; su poder y la espada que empuñaba eran otorgados por el vicario de Cristo. Reyes y príncipes se declararon sus vasallos,

aceptaron sus consejos y se inclinaron ante sus admoniciones y censuras. En nombre de la unidad de la Iglesia, combatió inflexiblemente a los herejes que querían una Iglesia distinta, comprendió el valor y la fuerza innovadora para la Iglesia, que tenía muchas personas en contra, de las incipientes órdenes mendicantes de los predicadores de Domingo de Guzmán, y, aunque con cautas reservas, la de los frailes de Francisco de Asís, y esperó que estuviera resuelta la reunión de la Iglesia griega y la latina y que fuera definitivo el efímero Imperio latino de Constantinopla nacido en 1204.

Inocencio III creyó reconocer en Otón de Brunswick al emperador de su filosofía. Pero apenas fue coronado emperador, Otón IV lo traicionó: hizo suya la política de Federico *Barbarroja* y de Enrique VI, invadió el Mediodía y reivindicó como tierra del Imperio al reino de Sicilia, que pertenecía al joven





Federico de Suabia y que, desde la época normanda, estaba sujeto a la alta soberanía de la Iglesia. Inocencio III lo excomulgó y propuso con toda su autoridad la sucesión de Federico, ahora ya mayor de edad, pero haciéndole prometer que, una vez nombrado rey, renunciaría a agregar la corona de Sicilia a la germánica. Y Federico II fue coronado rey en Aquisgrán (1212).

### El reinado de Federico II

Según la lógica de las alianzas externas, Otón IV y Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, chocaron con Felipe II Augusto, rey de Francia y sostenedor de Federico, y perdieron la gran batalla de Bouvines en las inmediaciones de Lila (1214), que mar-

có el fin de la fortuna de Otón IV y la iniciación de la de Federico II, y una nueva y última etapa de encumbramiento del Imperio. Inocencio III celebró en Letrán un solemne concilio ecuménico (que, entre otras cosas, trató sobre una cruzada) y después murió repentinamente (1216), con la seguridad de haber elevado el Papado y la Iglesia al cenit.

Sin embargo, la historia tomó un rumbo muy distinto, precisamente por obra de Federico II, la personalidad espiritualmente más rica, culta, versátil y políticamente más sagaz. Coronado de nuevo rey en Aquisgrán, y, por último, emperador en Roma por el Papa Honorio III (1220), situó una vez más el eje del Imperio en Italia, pero en el reino de Sicilia, su reino hereditario e inclusive predilecto: el reino que le ofrecía la posibilidad de regir a su manera, según una concepción suya, nueva aún en Europa; instauró una monarquía absoluta, sometiendo



## LAS CRUZADAS

Los siglos posteriores al año 1000 presenciaron el estallido de las cruzadas, es decir, las expediciones armadas del mundo cristiano contra los infieles (no solamente los musulmanes, sino también los paganos del este y los herejes internos) alentadas y apoyadas por la Iglesia.

En todo este movimiento, no cabe duda que el elemento más importante y grandioso fue la lucha por Palestina, por recuperar el dominio de la cruz en la Ciudad Santa, Jerusalén. El hecho de que Occidente, tras varios siglos de mantenerse replegado sobre sí mismo, estuviese en condiciones de emprender fructuosamente semejante esfuerzo expansivo da la pauta del desarrollo de fuerzas que favorecieron la estructura feudal (garantizando una urdimbre militar válida para aquella época), la nueva agricultura y la consolidación de la Iglesia.

Una causa íntimamente relacionada con las cruzadas fueron los ataques que los turcos infligieron al Imperio bizantino. El papa de ese entonces, Urbano II, predicó en el Concilio de Clermont acerca de los sufrimientos de los cristianos de Oriente y prometió a aquellos que fueran en su ayuda la misma indulgencia que se otorgaba a los peregrinos que llegaban hasta el Santo Sepulcro.

La primera cruzada concluyó con un brillante triunfo: la conquista de Jerusalén y la creación de Estados cristianos en Siria y Palestina. Por espacio de un siglo, aproximadamente, sobre las costas asiáticas subsistió una cabeza de puente europea.

Y si bien los resultados políticos de la aventura fueron efímeros, los comerciales, culturales, militares, tuvieron enorme importancia: por medio de las cruzadas la civilización superior de Oriente fecundó las tierras de Occidente.

En el año 1212 tiene lugar la cruzada de los niños. Millares de adolescentes de ambos sexos, arrebatados de entusiasmo por el fervor religioso y combativo del espíritu de las cruzadas, son embarcados en Marsella, desde donde los armadores los conducen a Alejandría y los venden como esclavos.

Derecha: Gerreros seldjúcidas. Convertidos en los amos de Oriente y debido a que comenzaron a atacar a los peregrinos que afluían a Jerusalén, provocaron la primera cruzada.

Abajo: El Krak de los Caballeros, poderosa fortificación en Siria. El arte de la fortificación adelantó muchísimo con las experiencias adquiridas en Tierra Santa.



Arriba: Embarque de las provisiones para una expedición de los cruzados. La gran aventura dio enorme pujanza a las ciudades marítimas italianas que se enriquecieron con los fletes y las concesiones. Fueron las mayores beneficiarias de las cruzadas.

Derecha, abajo: Federico II y el sultán de Jerusalén: escandalizó al mundo el hecho de que el brillante soberano (excomulgado por el Papa) obtuviera Jerusalén por medio de tratativas en lugar de por las armas.







Arriba: Toma de Jerusalén, momento culminante de la primera cruzada al mando de Roberto de Normandía, Godofredo de Bouillon, Balduino de Flandes, Raimundo de Tolosa y Bohemundo de Tarento. La empresa concluyó con una sangrienta matanza acompañada de saqueo.

Los más grandes soberanos europeos de aquellos días, el emperador Enrique IV y el rey de Francia, Felipe I, no participaron: ambos estaban excomulgados por las querellas con el Papa (lucha de las investiduras, el primero; rapto de Bertranda de Montfort, el segundo).

Sobre estas líneas: Godofredo de Bouillon, primer rey de Jerusalén («defensor del Santo Sepulcro», como deseaba que se le llamara), en el ejercicio de sus funciones, que consistieron en la conservación y organización. Desde un principio, las disensiones entre los distintos feudatarios que se dividieron el reino dificultaron la obra.

Derecha: Interior de la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Aquí, tras un trienio de luchas y cinco duras semanas de asedio, los jefes de la cruzada absolvieron los votos que habían hecho al partir, esenciales en las cruzadas.



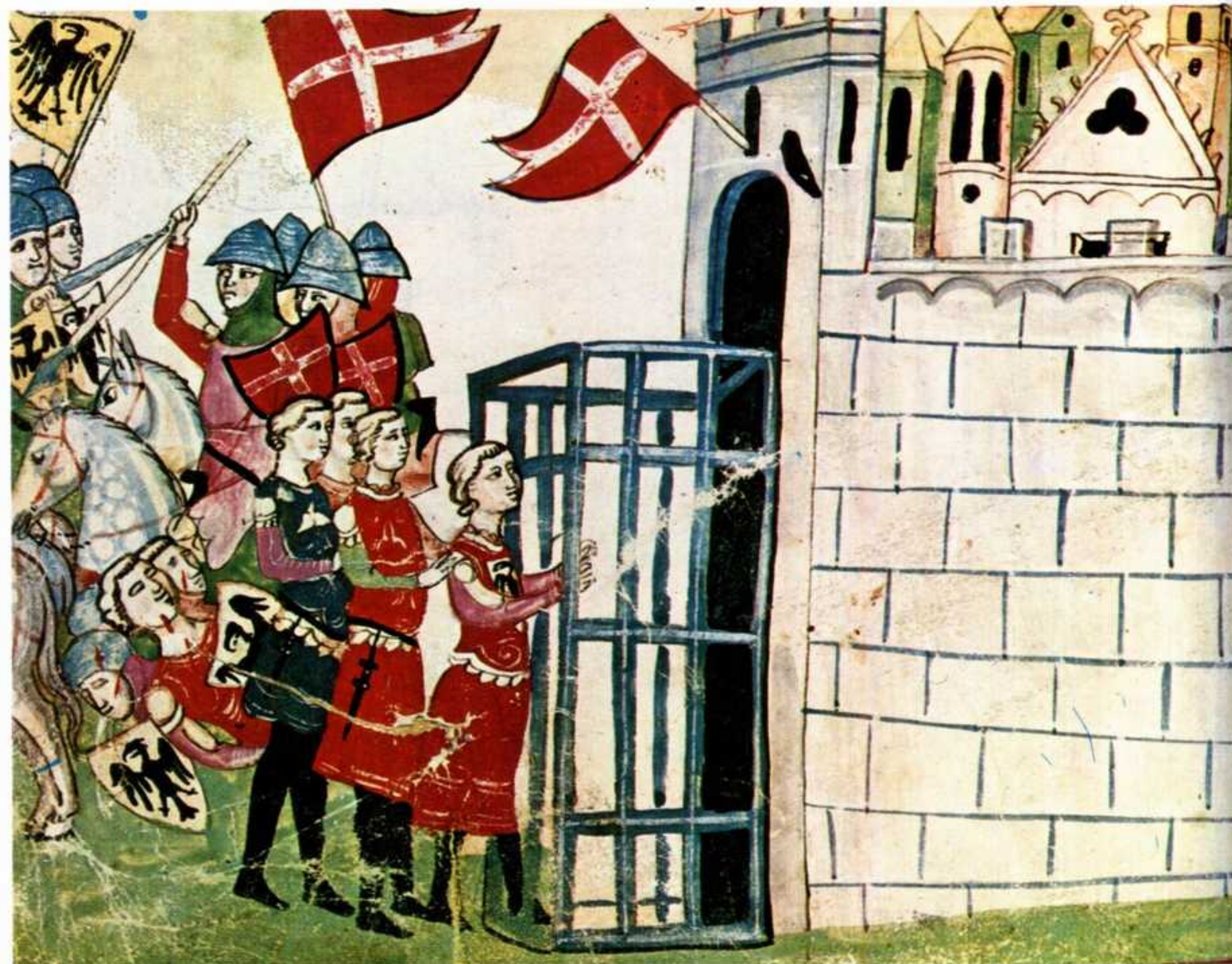




Después de la muerte de Federico II, la larga lucha entre los emperadores Hohenstaufen, sostenedores de la supremacía temporal, o sea del poder imperial, y de la Iglesia, férrea defensora de la supremacía del poder espiritual, terminó con la victoria eclesiástica obtenida merced al apoyo de los Anjou. Izquierda: El Pontífice Inocencio IV representado durante el Concilio de Lyon, que se celebró en 1245. Del Concilio emanaron veintidós capítulos, el más importante de los cuales fue el relativo a la excomunión de Federico II, depuesto del trono imperial por considerársele hereje.



Momentos más significativos que sellaron la decadencia de la dinastía de los Hohenstaufen. Arriba: Federico II muere en Ferentino, Puglia, en el año 1250, asfixiado (esta ilustración concuerda con una tradición muy acreditada) por su hijo Manfredo, con un almohadón. Derecha, arriba: Decapitación, en Nápoles, del último heredero de ese linaje, el joven Conradino de Suabia. En Alemania, con la desaparición de los Hohenstaufen, entró en crisis la estructura imperial, mientras que, en Italia, en el reino normando, ingresaban los Anjou.



Derecha, abajo: Encarcelamiento de Enzo, hijo de Federico II, por los boloñeses, que lo vencieron en la batalla de Fossalta (26 de mayo de 1249). Enzo murió en prisión.



a su poder de déspota, poder sagrado por directa investidura de Dios, a los señores laicos y eclesiásticos y a las ciudades autónomas.

Federico II llevó a la práctica este nuevo tipo de Estado, venciendo fuertes oposiciones, y le confirió las estructuras apropiadas mediante las *Constituciones de Melfa* (1231), acaso en el momento más feliz de su carrera, cuando, de regreso de la cruzada que había prometido a Inocencio III, podía vanagloriarse de haber reconquistado Jerusalén sin derramar una gota de sangre, ceñido la corona de rey de Jerusalén y mantenido alto el prestigio del Sagrado Emperador Romano, incluso en Oriente. Pero abrigaba el proyecto de extender a Italia entera el régimen instaurado en Sicilia, de hundir en Italia las raíces de un poder imperial absoluto. Por lo tanto, para conservar su fidelidad feudal, concedió a los príncipes privilegios y franquicias que los hicieran prácticamente independientes.

No obstante, sobrevaloró sus fuerzas y subestimó la oposición que le reservaba Italia por parte de las Comunas y el Papado, que se coligaron muy pronto en su contra al igual que en tiempos de su abuelo Federico Barbarroja.

Estalló una guerra total, a la que los Papas Gregorio IX e Inocencio IV describieron con los llameantes colores de la guerra santa, de la cruzada contra el emperador excomulgado repetidas veces.

La participación de los príncipes alemanes fue restringida y la dispensaron únicamente con el fin de consolidar su propia independencia; en cambio, en Italia nadie quedó excluido, todos tomaron las armas a favor o en contra del emperador, se movilizó incluso a las Ordenes mendicantes.

Y el encuentro, acompañado de una propaganda imponente, traspuso las fronteras del terreno religioso: a la teología de la supremacía pontificia, Federico II opuso una teología de la supremacía imperial, que reafirmaba que venía de Dios el origen directo de su poder, sin mediación alguna de la Iglesia y exaltaba la sacralidad de su persona hasta proponerla como la del Mesías anunciador de una era del mundo. Habría inaugurado la era del espíritu, que a comienzos del siglo profetizara Joaquín de Fiore, el abate calabrés.

Murió sin ver la paz y sin reconciliarse con la Iglesia, como tal vez hubiese querido (1250). Después de él, la historia del Sagrado Imperio Romano empezó a deslizarse por la pendiente de la decadencia.

## La decadencia del Imperio

Desde 1250 hasta 1312 no hubo emperador alguno. Muchos príncipes, alemanes y extranjeros, aspiraron a serlo y tuvieron el título de reyes de Alemania y de los romanos: ninguno de temperamento enérgico, algunos de ellos poco más que fantasmas. Los príncipes actuaron con plena libertad y cada cual persiguió sus propios intereses, siendo la *Dieta* o parlamento del reino el único organismo de enlace; las ciudades permanecieron excluidas hasta finales del siglo XV.

Aunque privada de unidad política, la nación alemana amplió su esfera de influencia política y económica en el mundo eslavo y consiguió alcanzar el predominio comercial en todos los mares septentrionales.

Pero, justamente mientras se fijaba su denominación en forma definitiva, el Sagrado y Santo Imperio Romano se disolvía. Alemania era una federación de estructura feudal. Borgoña se escindía: entre sus montañas, nacía y se engrandecía la Confederación Helvética y, entre los Alpes, el Ródano y el mar, Provenza era atraída por Francia. Así, pues, en Italia, se demolió cuanto quedaba de las tentativas de Federico II de implantar un gobierno imperial: en el valle del Po y en Toscana, por acción de las Comunas; en el centro, por obra del Papado, y en el reino de Sicilia debido a Carlos de Anjou. Este último, ungido rey de Sicilia por el Papa francés Clemente IV y que a invitación de éste la conquistó con las armas y dio muerte



Diferentes actividades artísticas y culturales típicas de la corte de Federico II que se ocupó de protegerlas durante toda su vida.

## LA CORTE DE FEDERICO II

En el año 1197 muere Enrique VI a los treinta y dos años de edad sin haber podido realizar su plan de crear un imperio universal con dinastía hereditaria. Constanza, su viuda, asume la regencia durante la menor edad de Federico II; a su muerte la tutela del príncipe pasa al papa Inocencio III el cual restaura el patrimonio imperial: ducado de Spoleto y marquesados de Aucona y Toscana.

Desde su más tierna edad, Federico II de Hohenstaufen maravilló a sus maestros por la vivacidad y precocidad de su ingenio. Rodeado de eruditos y más tarde, bajo la tutoría de Inocencio III, de monjes versado en todas las artes, Federico II, a los cuatro años ya sabía leer y escribir, a los catorce tenía buenos conocimientos en materia de filosofía, historia, teología y astronomía; poseía amplia erudición en lo que respecta a matemática, ciencias naturales, música, y hablaba siete lenguas, entre ellas el griego, el hebreo y el inglés.

Hereditario de dos culturas y de dos tradiciones de gran valor, con su amalgama de características nórdicas, bizantinas, latinas, árabes y hebreas, en aquel reino meridional que fue su verdadera patria creó a su alrededor una corte multiforme, brillante, activa, cosmopolita, alegre y refinada de la cual él mismo constituía el centro indiscutible.

Allí se reunía la flor y nata de la cultura, no sólo occidental sino también islámica. Allí refulgían los trovadores de lengua provenzal: Folquet de Romans, Aimeric de Peguilhan, Sordello de Goito. Allí también ensayaban sus habilidades los sicilianos, como Jacobo de Lentini o Guido delle Colonne. La lengua italiana hizo allí sus primeras apariciones.

El rey mismo era buen poeta, excelente conversador, experto en las artes aristocráticas: su tratado *De arte venandi cum avibus* figuró entre los más famosos de la Edad Media. Por un momento, en el férreo y brillante mundo medieval, con su intolerancia, compareció el prototipo de aquella vida cortés y caballeresca, que habría de subsistir más como ideal que en los hechos, y la corte de Federico demostró el grado de potencialidad que encerraba la unión de las grandes culturas de la época.



en combate a Manfredo, hijo de Federico II, quien la defendía desesperadamente (1266). Poco tiempo después decapitó a Conrado, nieto de Federico II, el adolescente que tras múltiples y fallidos ataques intentó reconquistar la tierra que perteneció a sus antepasados. De esta manera se aniquiló definitivamente a la casa de Suabia.

Por lo demás, es posible que el Sagrado Imperio Romano se tambaleara porque en sus confines se formaba otro, basado en los esquemas establecidos por la corona de los reyes de Francia, a quienes los Papas comenzaban a llamar cristianísimos y los juristas franceses, a veces, emperadores sólo inferiores a Dios. Pero la monarquía actuaba constantemente para hacerse más fuerte.

En París, el culto de Carlomagno no era menos vivo que en Aquisgrán; la universidad de París iluminaba a toda la cultura europea; en la región parisiense se alzaron las primeras catedrales góticas; la vida religiosa era intensa por doquier y rica de una espiritualidad absolutamente original. Entre los años 1200 y 1300, Francia tuvo reyes de la talla de Felipe II Augusto, San Luis IX, dos veces cruzado, Felipe IV el Hermoso, príncipes o vasallos en el Oriente cristiano y Carlos de Anjou en el Mediodía de Italia. Asimismo miembros de la dinastía de los Anjou ascendieron a los tronos de Hungría y Polonia. Este era el Imperio real, al cual estaba destinado el porvenir; el otro constituía un espléndido recuerdo. Finalmente, es significativo señalar que Bonifacio VIII enunció por última vez la doctrina de la supremacía espiritual y temporal del Papa al rey de



Los desórdenes que siguieron a la desaparición de los Hohenstaufen indujeron a volver al antiguo criterio electivo para nombrar al emperador.

Nació, en el Imperio, la institución de los Grandes Electores (4 laicos y 3 eclesiásticos) que resolvieron la atribución de la corona, disputada entre varios candidatos.

Arriba: Sepulcro de Otokar II de Bohemia, caído en Marchfeld en 1278, cuando combatía contra Rodolfo de Habsburgo, su rival en la lucha por la corona imperial. Las tierras meridionales del reino de Otokar formaron el núcleo de los dominios de los Habsburgo.

Izquierda: Catedral de San Vito, en la ciudadela de Hradcany en Praga, centro del reino.

Abajo: Sello de Otokar en el que se aprecia su efigie en relieve.





Francia, Felipe IV el Hermoso (1302), con la consecuencia de que sus sucesores estuvieron durante casi tres cuartos de siglo en el exilio o en la cautividad de Aviñón, y sujetos al control de los reyes de Francia.

No faltaron tentativas de restauración y renovación del Sagrado Imperio Romano. A principios de los años 1300, aspiró a ello Enrique VII de Luxemburgo (1308-1313). Francés por lengua y educación y vasallo del rey de Francia, inauguró su advenimiento enviando a reyes y príncipes una epístola circular, en la cual les recordaba la suprema potestad directiva del emperador. El documento suscitó la indignación de Felipe IV de Francia, que respondió con una nota: «El Imperio romano tenía confines precisos, y el emperador sólo podía mandar dentro de ellos». En consecuencia, el rey de Francia rechazaba con dureza real toda la tradición universalista y unificadora del Imperio.

Enrique VII tomó entonces el camino de Italia y se presentó como portador de la paz y la justicia. Pero la sociedad italiana, dominada por poderosos estamentos de productores y comerciantes, de propietarios agrarios y banqueros, que poseían sus propios intereses económicos, políticos y culturales, era totalmente insensible al mito imperial.

En un ambiente semejante, terminó por aparecer como partidario de la facción más débil, la gibelina, en decadencia desde medio siglo atrás, venido a Italia para revigorizarla y debilitar a la más fuerte, la güelfa; a desequilibrar en suma un sistema político en vías de ajuste.

Por un legado del Papa aviñonense (1312), Enrique VII obtuvo en Roma la corona imperial; la ceremonia, rodeada de gran fastuosidad, no se presenciaba desde 1220. Pero murió en las cercanías de Siena, cuando se aprestaba a atacar Florencia (1313), llevando a costas una especie de peregrinaje pomposo, pero humillante.

El único que tuvo plena fe en él fue Dante Alighieri, que fue su heraldo, lo saludó como un nuevo Mesías, como el cordero de Dios destinado a enderezar a Italia y señalado para restaurar la autoridad imperial.

La *Monarquía* fue poco menos que ignorada por los contemporáneos de su autor. Reapareció más tarde, y corrió el riesgo de ser entregada a las llamas por considerársela un escrito herético, durante el último choque entre el Imperio y el papado. Esta actitud fue provocada porque el papa aviñonense Juan XXII se negó a reconocer al sucesor de Enrique VII, Ludovico IV de Baviera (1314-1346). El pontífice declaró vacante el trono del Imperio y asumió el vicariato, reafirmando el derecho de «examinar» al candidato que aspirase al título de emperador del Imperio, lo que significaba, de hecho, condicionar el voto de los electores a su voluntad.

Como siempre, los príncipes del Imperio estaban divididos. Se combatían en Alemania e Italia, en el terreno político, militar, religioso e ideológico no ya con la intención de promover el resurgimiento del Sagrado Imperio Romano o de acelerar su fin, sino de contener o abrir camino al imperialismo franco-papal. Volvieron a verse antirreyes y un antipapa que surgió a



Arriba: Castillo de Habsburgo, en Suiza (Cantón Argau), cuna de la gran familia, a la que dio su nombre. Fue erigido, alrededor de 1020, por Werner, obispo de Estrasburgo y nieto de Gontrano el Rico; fue el primer Habsburgo de que se tiene noticias, si bien por aquel entonces aún no llevaba ese nombre.



Derecha: Documento, con el sello y el monograma-firma de Rodolfo, que utilizó el emperador para ceder a sus hijos los feudos de Austria y Estiria, fundando el poderío patrimonial de la familia en las tierras orientales del Imperio.



raíz de una disidencia franciscana de ideas radicales y que tuvo seguidores en Italia. Y en Roma, no en San Pedro, pero sí en Campidoglio, se vio colocar la corona imperial sobre la cabeza de Ludovico IV, excomulgado, por voluntad del pueblo: «el poder político del emperador —había escrito Marsilio de Padua, el insigne publicista— proviene del pueblo y no sufre limitaciones; la Iglesia, aunque concebida como una sociedad espiritual y democrática, no puede ordenar ni constreñir; sus miembros están sujetos al poder civil, como cualquiera». Los papas, Juan XXII y sus sucesores inmediatos, reafirmaron naturalmente las tesis tradicionales más intransigentes, aunque apuntaladas por una intensa propaganda doctrinal y popular. Así se explica por qué, en un clima tan candente, se difundió hasta la *Monarquía* de Dante y que desde el punto de vista papal se la considerase digna de condena.

En el curso de la guerra, Ludovico IV y los príncipes alemanes, interesados igual que él en liberar al Imperio de las injerencias del papado, resolvieron que en lo futuro el rey de Alemania, elegido por mayoría, se convirtiese *ipso facto* en emperador, con la plenitud de sus derechos, siendo innecesaria la aprobación pontificia (Dieta de Rhens, 1338). Se selló de esta manera el divorcio entre el Imperio y el papado.

Pero en la última guerra resultó vencedor el papado: Ludovico terminó por ser depuesto y lo hicieron sus propios príncipes, que vieron en él, después de muchos años de conflictos, el único obstáculo para una pacificación general.

Venció además porque sucedió a Ludovico IV un emperador sumamente conciliador y devoto, Carlos IV de Luxemburgo (1347-1378), rey de Bohemia. Entre él y los papas se estableció una relación de apoyo recíproco en los momentos difíciles. Carlos IV perfeccionó las normas constitucionales de su predecesor con la llamada *Bula de Oro* (1356), que reservaba el derecho de votar en la elección del emperador sólo a siete príncipes: tres eclesiásticos y cuatro laicos, pero se excluía al papa de toda forma de intervención.

## El poder de los príncipes

Desde mediados del siglo XIV hasta los años iniciales del XVI fue reduciéndose cada vez más la autoridad imperial, en tanto que se consolidó la de los príncipes. Fortalecidos por los privilegios que obtuvieron de Carlos IV, éstos se dedicaron a organizar sus territorios, e hicieron cuanto pudieron, sin excluir la guerra, para ampliarlos y asumir, en suma, la apariencia de verdaderos soberanos.

Este proceso transformó el área imperial en un mosaico de telas desiguales y destinadas a no permitir grandes unidades, hasta el siglo XIX.

En Alemania emergieron los grandes principados de Brandeburgo, Sajonia, Baviera, Austria, el Palatinado del Rin, los episcopales de Maguncia, Colonia, Tréveris, un gran número de principados menores, las ligas de ciudades, entre las cuales la Hansa y la Confederación Helvética fueron las más sólidas. En Italia se afirmaron las mayores Comunas ciudadanas: en el valle del Po, el Estado de Milán de los Visconti; el de Mantua de los Gonzaga; el de Ferrara, Módena y Reggio, de los Estensi, por citar únicamente a los más importantes. Los emperadores legitimaron su posición política elevándola a los príncipes del Imperio que estuvieran en poder de un título hereditario de marqueses o duques.

En Toscana, la república de Florencia conquistó el predominio; los Médicis fueron dueños y señores de ella. Fuera del Imperio quedaron la república de Venecia, el Estado pontificio y los reinos de Nápoles, Sicilia y de Cerdeña, aragoneses. El reino de Borgoña pasó gradualmente a la monarquía francesa, con excepción del condado de Saboya, ducado después, de Suiza occidental y del Aviñón papal.

En Alemania e Italia se mantuvo esta estructura pluralista del Imperio hasta el siglo XIX, y sobrevivió al Imperio mismo, de







Arriba: Rodolfo de Habsburgo sentado en el trono. Rodolfo fue quien inició la política matrimonial que habría de convertirse en una característica de los emperadores de la familia de los Habsburgo. Izquierda: El Pacto de Rutli, mediante el cual los cantones de Schwyz, Uri y Unterwalden se unieron en 1291 para formar una Liga Perpetua, destinada a garantizar su libertad. La lucha con los cantones suizos costó a los Habsburgo la pérdida de sus territorios hereditarios.

manera acorde con las respectivas nacionalidades. Los emperadores dejaron casi todas las prerrogativas soberanas a los Estados vasallos y dedicaron, en cambio, su atención a los dominios hereditarios de su familia, procurando conservarlos y organizarlos, y extenderlos mediante las armas y oportunas uniones matrimoniales. De esta manera, Carlos IV amplió el reino de Bohemia, fundó allí la universidad de Praga, le dio un código de leyes y lo convirtió en un Estado de relevancia internacional; Wenceslao (1378-1410) y Segismundo (1410-1437) corrieron peligro de ser arrollados por un violento movimiento nacional checo, antigermánico y anticatólico, revolución que provocó Juan Huss queriendo instituir una Iglesia nacional que no estuviese ligada a Roma, con una estructura dogmática



Arriba: Rodolfo de Habsburgo, electo emperador en 1273. Con él apareció en escena la familia que más habría de identificar su suerte con la del Imperio. Coronado en Aquisgrán, fue el primer Sagrado Emperador Romano de la nación alemana que se negó a trasladarse a Roma para ser ungido soberano.



Abajo: Enrique o Arrigo de Luxemburgo, el Arrigo VII en quien Dante depositó tantas esperanzas. Su elección advino como consecuencia del fracaso de la tentativa que hicieron los Habsburgo de transformar el Imperio en una monarquía hereditaria de su linaje. Isabel de Luxemburgo, al casarse con Juan, hijo de Arrigo, aportó con su matrimonio la corona bohema a los Habsburgo.





La lucha entre los Habsburgo y la casa de Baviera por la corona del Imperio provocó una escisión del Estado, con la elección simultánea, pero opuesta, de Federico *el Hermoso* de Habsburgo, por obra de algunos grandes electos, y de Ludovico IV de Baviera, por parte de otros. En la contienda participó incluso el Papa, primero como árbitro, luego en calidad de sostenedor de Federico de Habsburgo.

Arriba: Castillo de Rheinfels.

Derecha: El Papa es tomado prisionero y enviado a Ludovico de Baviera.

Derecha, en el extremo: Fortificaciones de Metz.



cristiana, pero contraria de la romana, y con una ética rigurosa de protesta por la decadencia de las costumbres cristianas, de la cual los husitas hacían responsables al papado y al clero, enredados en los intereses mundanos. La revolución bohemia fue sofocada, pero anticipó la otra, mucho más radical, de Martín Lutero.

Segismundo de Luxemburgo poseyó también el reino de Hungría, mas lo descuidó, dejando que se enseñorease el desorden. Reunió en Buda a cruzados venidos de todos los países, franceses y otros, y los condujo a través de los Balcanes contra los turcos, en una continua avanzada pero la empresa terminó desastrosamente (Nicópolis, 1396).

Los Habsburgo de Austria se dedicaron a los intereses de su dinastía con mucho mayor empeño. Sucedieron a los Luxemburgo con Alberto II (1437-1439), durante poco tiempo en Bohemia y Hungría, y en el Imperio mientras éste resistió.

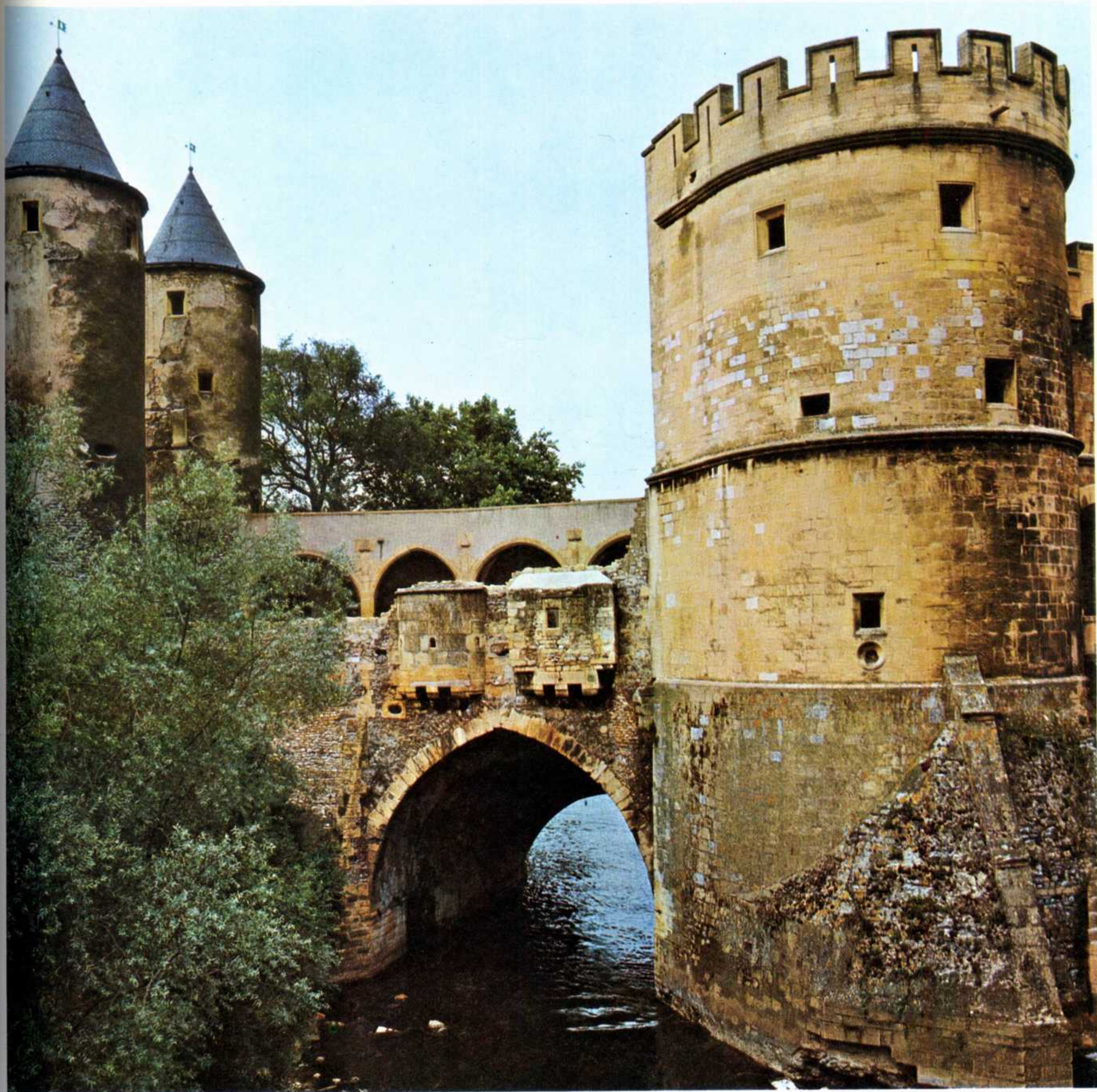
## La Casa de Habsburgo

En la segunda mitad del siglo XV, cuando reinaba Federico III (1440-1493), el último emperador coronado en Roma por un papa (1455), los Habsburgo heredaron un imponente conjunto de territorios en el ala opuesta: Flandes (que correspondía en mayor o en menor medida a Bélgica y Holanda, una de las regiones más florecientes de Europa merced a sus industrias, el comercio, la cultura y las artes, dotada de ciudades como Gantes, Brujas, Amberes, Bruselas) y el Franco Conda-

do, cuya capital era Besanzón. Esta pingüe herencia fue recibida por Maximiliano I (1493-1519) a raíz de su matrimonio con María de Borgoña (1477), al morir el padre de ésta, Carlos el Temerario; este príncipe había heredado el gran feudo de sus antepasados, los duques de Borgoña, que intervinieron activamente en la guerra de los Cien Años. Pero de esta contienda resultaron vencedores los franceses, y el rey Luis XI hizo frente al duque y provocó su caída ayudado por los suizos y los loreneses. Carlos el Temerario sucumbió en el campo de batalla (1477), pero su herencia se dividió entre la corona francesa y la casa de Habsburgo.

De este modo, los Habsburgo se encontraron en una posición de preeminencia entre los príncipes del Imperio: la esfera de sus intereses y posesiones era extensísima, desde el alto Adriático hasta el mar del Norte.

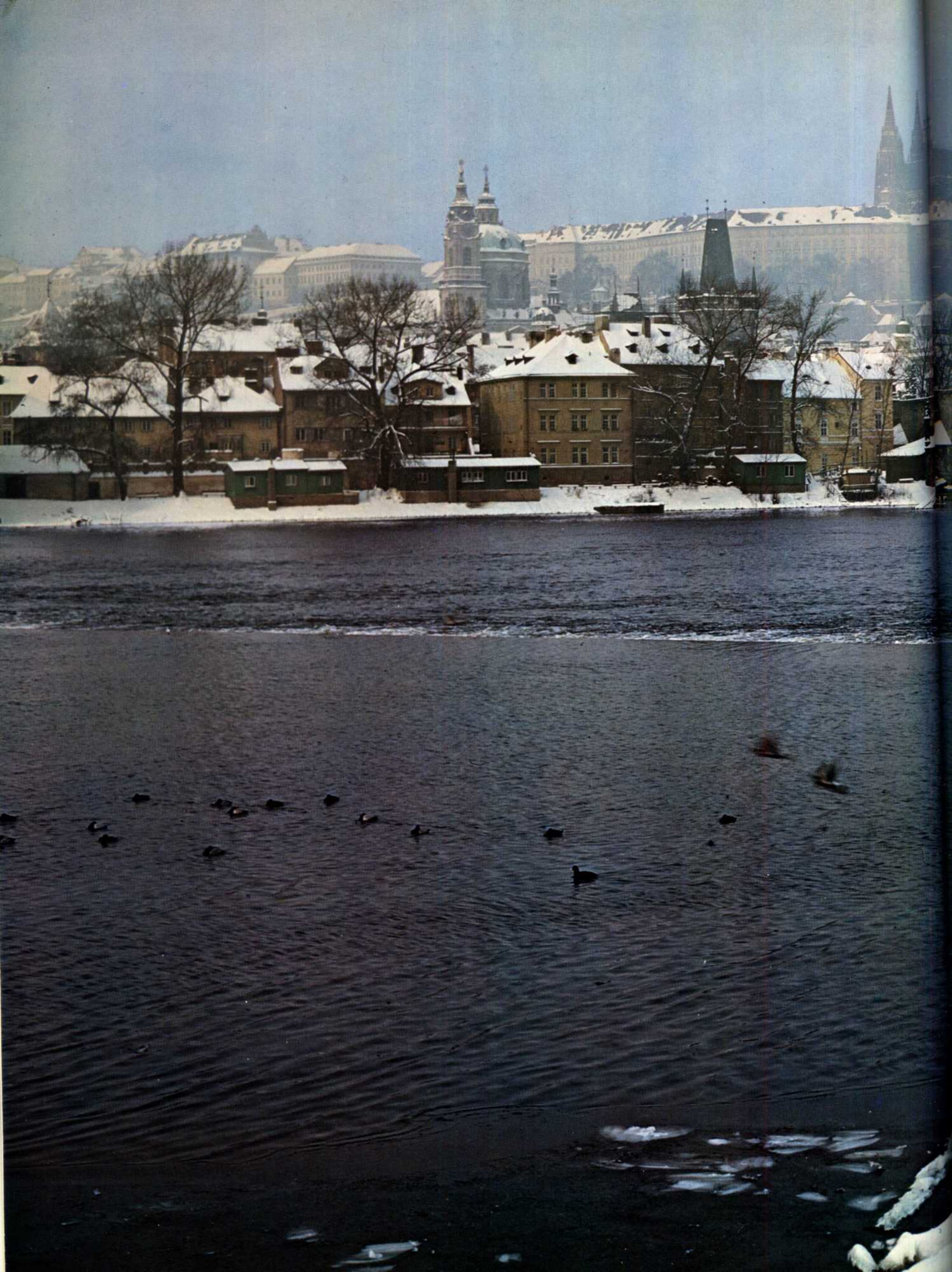




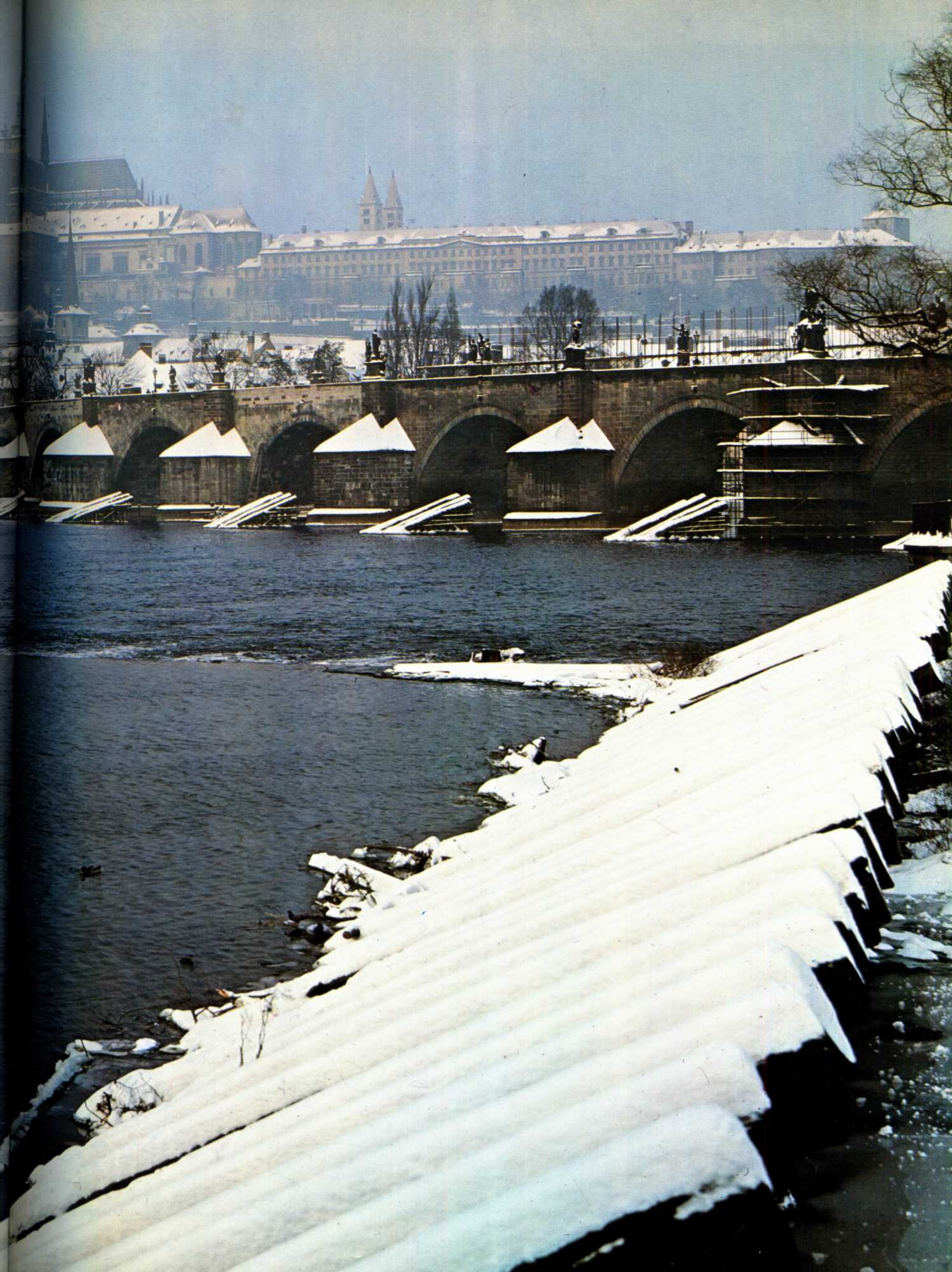
Esto significaba riqueza, prestigio y poder, pero, cuando se hallaban en el apogeo de su poderío, cayeron sobre la dinastía nuevas y graves responsabilidades: sacudida ya en sus dominios austríacos por los complejos problemas que suscitaron las presiones de los turcos y de los nacionalismos húngaro y bohemio nacientes, se vio expuesta a un choque con Francia, lanzada a una política de reivindicaciones y de expansión que, además de la pérdida del antiguo reino de Borgoña, costó al Imperio denodados esfuerzos para defender todo el confín occidental de Alemania y conservar Italia. De ahí la necesidad de que los Habsburgo retuvieran el título imperial con el fin de mantener la lealtad y el control de los príncipes con la autoridad moral que todavía confería la corona. Sin embargo, no pueden olvidarse algunas realizaciones de Segismundo de Luxemburgo y de los primeros Habsburgo, de un

carácter singularmente imperial. Segismundo, como protector de la Iglesia, promovió la conclusión del gran cisma de Occidente, la escisión que se produjo en la Iglesia misma después del retorno definitivo de Aviñón (1377) y la muerte de Gregorio XI (1378). Existía, pues, una doble elección: a un papa italiano los cardenales franceses opusieron un papa ginebrino. Así, el mundo católico se dividía en dos obediencias: la aviñonense, aceptada por Francia y sus satélites, y la romana, que acataban los otros países, con las consiguientes guerras, escándalos y desorientación de los fieles y la ulterior decadencia de la autoridad del Papado e incentivación de los movimientos heréticos y separatistas. Después de cuarenta años de dramáticas vicisitudes, el Papa Juan XXIII convocó a un concilio ecuménico en la ciudad de Constanza (1414), que compuso el cisma y elevó al pontífice Martino V (1417).

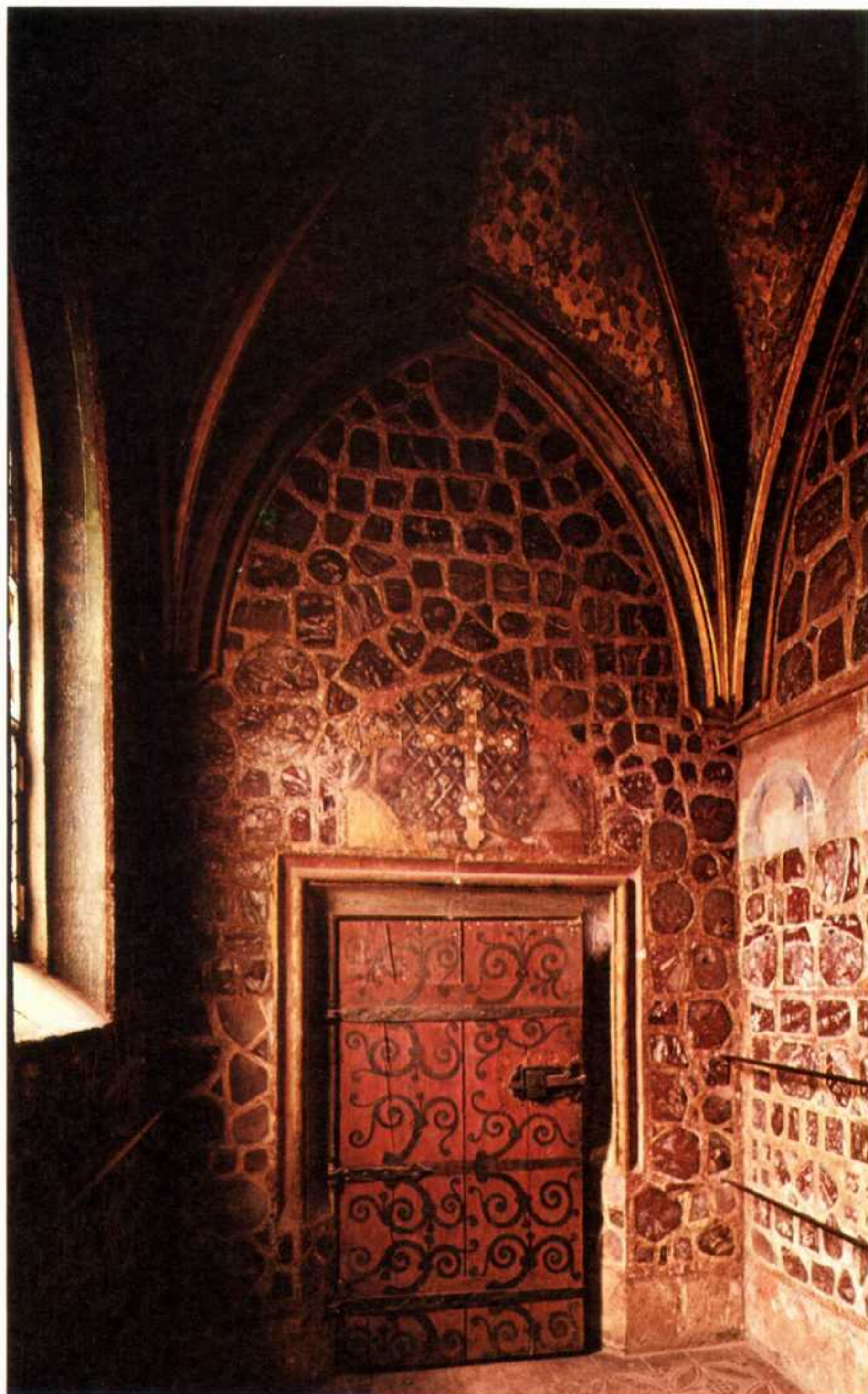










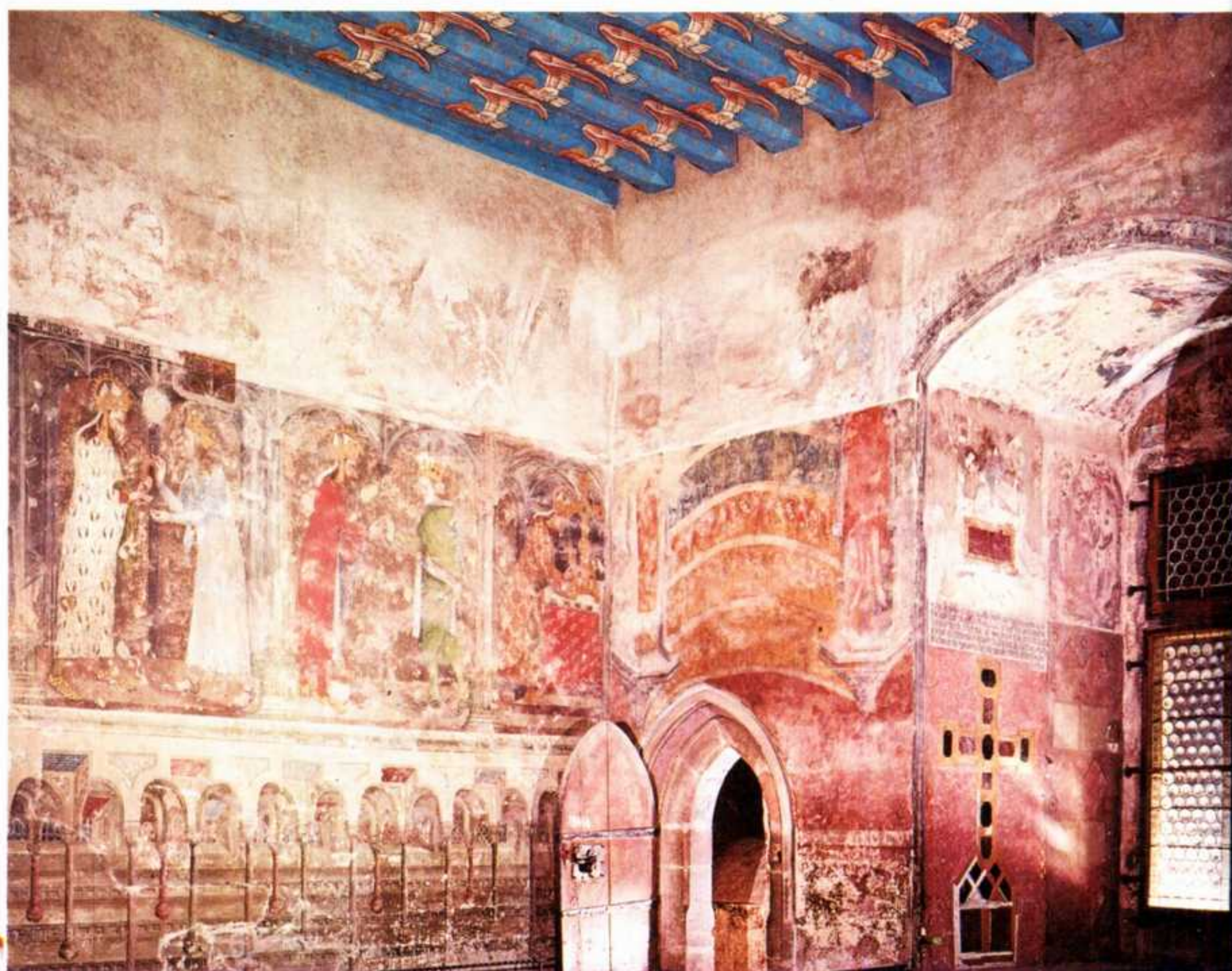


En las páginas anteriores: El Puente Carlos IV, en Praga. Carlos de Moravia, electo emperador en 1346, hizo de su capital una de las ciudades más desarrolladas y progresistas de su tiempo: entre otras cosas, inició las obras de la Catedral, edificó la ciudadela de Hradcany y fundó la Universidad de Praga.

Izquierda: Dos imágenes de la familia imperial, Carlos IV y su esposa, en la puerta del oratorio de Santa Catalina, en su castillo (arriba) y con su hijo Wenceslao (abajo).

Arriba: La corona de Carlos símbolo del Sacro Imperio Romano Germánico en la que se aúnan los símbolos del poder terrenal y espiritual.

Abajo: Escenas de la vida del emperador pintadas al fresco en la capilla del castillo de Karlstein.





Asimismo, investido del título de emperador, Maximiliano I de Habsburgo (1493-1519) reformó la administración central, que hasta su época fue rudimentaria en extremo: dio un reglamento a la dieta del Imperio, admitió a las ciudades y estableció las complejas modalidades del voto que sus miembros debían pronunciar respecto de distintos asuntos. Aunque con poco éxito, trató de asegurar al emperador una fuente de rentas permanentes, imponiendo un tributo al dinero común; instituyó un nuevo alto tribunal de justicia; con fines administrativos y fiscales, dividió a Alemania en una decena de círculos regionales, reagrupando en cada uno de ellos a cierto número de los centenares de Estados y pequeños Estados en una cantidad racional de circunscripciones. Estas innovaciones, y otras de menor importancia, debían permitir que el soberano ejerciera certera y prontamente los derechos que aún le quedaban en calidad de rey, y, desde luego, como emperador. Estos últimos no eran muchos ni ventajosos: derechos sagrados, atinentes a su condición de protector de la Iglesia; derechos feudales, inherentes a su posición en el pináculo de la jerarquía feudal; derechos de gracia, en virtud de los cuales podía otorgar privilegios apartándose de las leyes.

Los recursos imperiales se hallaban constituidos en su totalidad por los ingresos que derivaban de todo esto, unidos a los patrimonios confiscados, las multas, las herencias vacantes y algunas regalías subsistentes.

La política italiana de Maximiliano I fue incoherente. Después de la extinción de los Visconti, entregó a los Sforza el ducado de Milán, pero no se opuso como habría podido a las reivindicaciones que sobre éste presentaron los reyes de Francia, a título de herederos de los Visconti, por la línea femenina. Debido a ello Milán, terminó primero en posesión de Luis XII, y de Francisco I después (1515). Estos hechos revisten particular importancia por cuanto, ya en las postrimerías del siglo XV, fue desapareciendo de las actas oficiales toda mención de los reinos de Borgoña y de Italia, y los países de Italia pertenecientes al Imperio se consideraron pertenecientes a Alemania hasta que, a principios del siglo XVI, apareció la expresión Sagrado Imperio Romano de la Nación Alemana (*Heilige romisches Reich deutscher Nation*). El Imperio tendió a identificarse con Alemania y por consiguiente a perder sus peculiares características universales, que las relaciones estrechas y los conflictos con el papado exaltaran en el pasado.

Por otra parte, el propio emperador, Maximiliano I, se empeñaba en distinguir a Alemania de sus dominios familiares, los intereses de Alemania de los de su dinastía, y no se cuidaba de disimular su preferencia. Seducíale la perspectiva de un Imperio dinástico, como había seducido a su padre Federico III, a quien se atribuye el altivo emblema de los Habsburgo, *Austriae Est Imperare Orbi Universo* («El dominio del mundo pertenece a la casa de Austria»).

## El Imperio de Carlos V

Este juego de palabras se convirtió en una profecía. En virtud del matrimonio de Felipe, hijo de Maximiliano, con Juana, hija y heredera de los Reyes Católicos de España, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, Carlos, el hijo de Felipe y Juana, que quedó huérfano de padre y privado de su madre debido a la locura de ésta, recibió en herencia de sus abuelos maternos cinco reinos: Aragón, Castilla (en unión de las colonias del Nuevo Mundo), Cerdeña, Sicilia y Nápoles (1516), y a la muerte de su abuelo paterno los dominios hereditarios de los Habsburgo (1519). Ese mismo año, después de una campaña electoral en la que triunfó mediante el oro de los grandes banqueros Fugger de Augusta contra un rival de la talla de Francisco I, rey de Francia, fue elegido por unanimidad rey de Alemania y emperador.

Carlos V (1519-1556) quiso ser un emperador tradicional, rey de reyes, protector de la Iglesia, misionero; la realidad se lo



Arriba: La Bula de Oro, que Carlos IV redactó en 1356. Por su intermedio se codificó rígidamente el mecanismo del nombramiento del emperador. El soberano debía elegirse en Francfort y ser coronado en Aquisgrán; se fijó definitivamente que los electores serían siete, cuatro laicos (el rey de Bohemia, el margrave de Brandeburgo, el duque de Sajonia y el conde del Palatinado) y tres eclesiásticos (los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris).

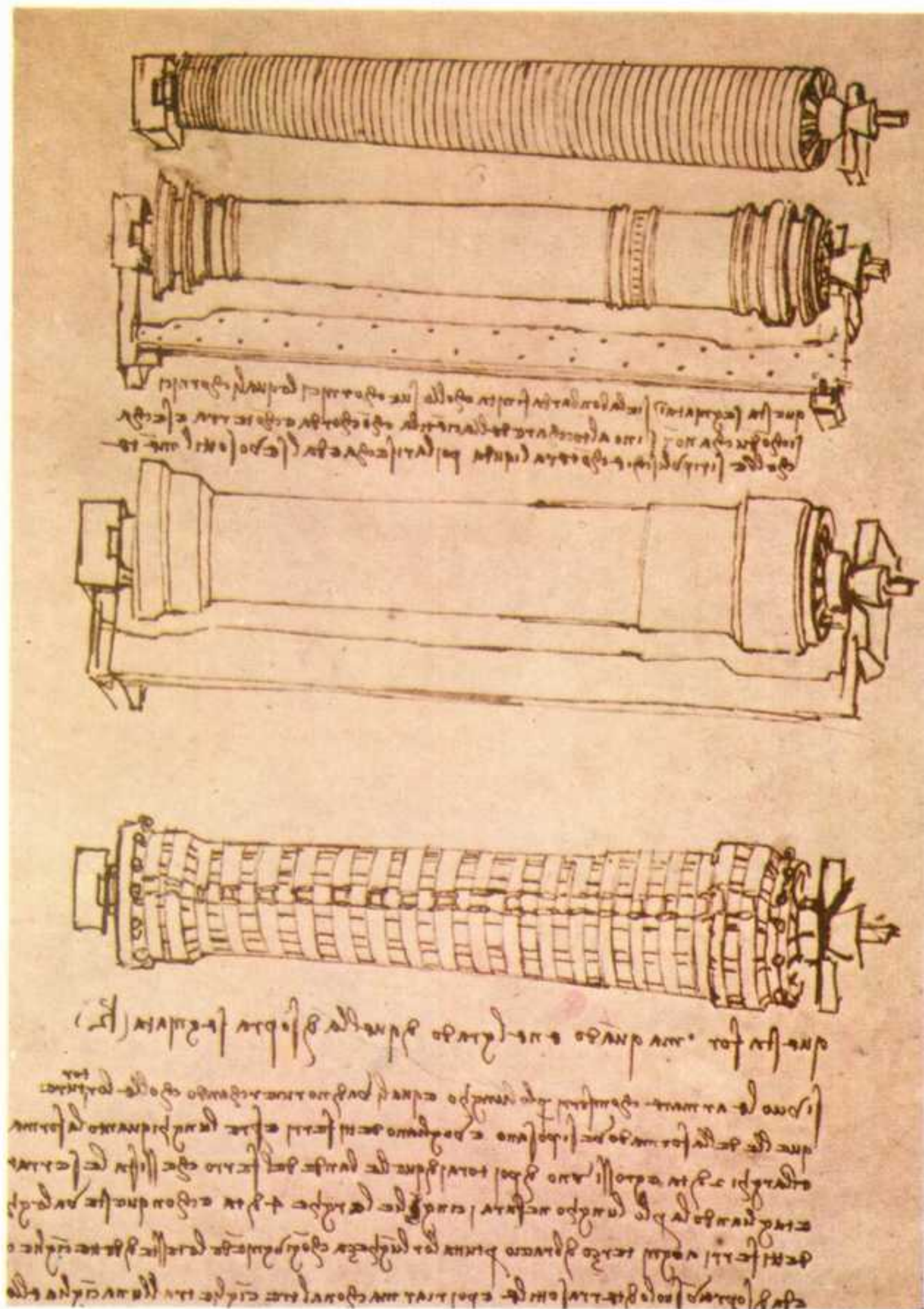
impidió. Aunque, en efecto, el ámbito de sus reinos lindaba con la universalidad del mundo cristiano, la unidad de este mundo bajo la sagrada corona romana era muy quimérica, pues la historia corría más bien en dirección opuesta, hacia un exasperado pluralismo de naciones y Estados.

Sobre la cabeza de Carlos V se acumulaban las coronas de tres imperios: el Sagrado Imperio Romano de la Nación Alemana, de hecho Alemania; el español, mediterráneo y allende el Atlántico; el hereditario y muy distinto de los otros, con un centro en Austria y otro en Flandes.

Cada uno de estos imperios tenía problemas de política interior y exterior que le eran peculiares, difícilmente armonizables en un marco de intereses comunes, y, a menudo, claramente contradictorios. En consecuencia, Carlos V se vio obligado a operar por sectores, haciendo elegir rey de los romanos a su hermano Fernando I, destinándolo a que lo sucediera como emperador (1531) y confiándole los dominios orientales hereditarios austriacos y los reinos de Bohemia y Hungría que la dinastía de los Habsburgo había adquirido poco antes (1526-1527). En este sector, el problema más urgente era el de reprimir la inminente invasión de los turcos: tras la caída del Imperio Romano de Oriente, Constantinopla (1453), los sultanes habían resquebrajado y derribado la barrera de los Balcanes, y ahora, Hungría y Austria, las dos costas del Adriático constituían peligrosas tierras de frontera.

Y era allí donde debía haberse encontrado, en primera línea,



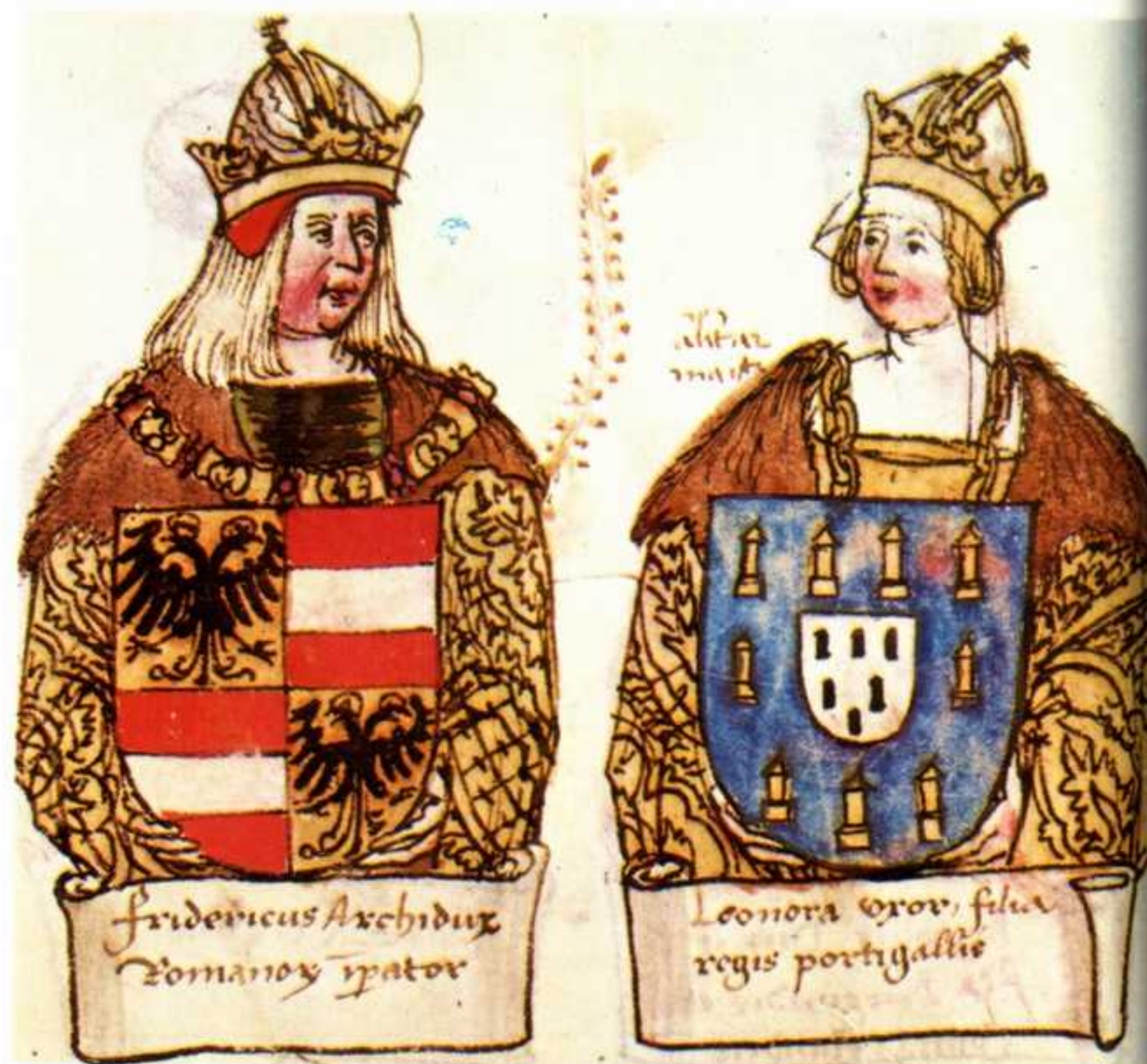


## LAS ARMAS DE FUEGO

A horcajadas entre la Edad Media y el Renacimiento cobraron impulso las armas de fuego. Su suerte se vio obstaculizada por su eficiencia relativa y también por el odio que mostraron hacia ellas las clases privilegiadas, feudales, que con su advenimiento vislumbraron que se desvanecería su supremacía militar, confiada al soldado acorazado de la caballería pesada. Pero terminaron por imponerse y su aparición provocó enormes mutaciones, primero en el arte de la fortificación, y después en el bélico. Frente a su acción, la despreciada infantería plebeya se convirtió en la reina de las batallas. En cuanto a los cañones, conquistaron muy pronto el título de *ultima ratio regum* (último argumento de los reyes).

Arriba: Una serie de diseños de armas de fuego, que son obra de Leonardo.

Abajo: Los cañones de la batalla de Grandson, en 1476. Pese a ellas, las tropas del duque de Borgoña no se salvaron del ataque de los suizos.



el Sagrado Emperador Romano, el defensor de la Iglesia. En cambio, Carlos V se hallaba en otro frente, religioso y político a la vez. La Reforma, la revolución luterana condicionó toda su actividad: en efecto, Martín Lutero había publicado en Wittenberg, Sajonia, sus *Noventa y cinco tesis*, que contenían *in nuce* los principios de la Reforma (1517). Durante el reinado de Carlos V, fuera de toda previsión posible, la ideología luterana desplegó todas sus formas: como rebelión dogmática y moral contra el Papado y la jerarquía romana; como afirmación de una aristocrática libertad de conciencia, y, simultáneamente, como exaltación de la dignidad de la nación alemana y de su derecho a una religión y a su propia Iglesia. Algunos grandes príncipes se adhirieron muy pronto a estas ideas, fascinados por la perspectiva de convertirse en jefes de las respectivas Iglesias locales y de apropiarse de los bienes eclesiásticos existentes en sus principados. Los objetivos de dominio y de poder ganaron a las razones espirituales, como quedó demostrado muy pronto con las feroces represiones que ellos y sus iguales católicos desencadenaron contra los pequeños nobles o caballeros, que se alzaron en rebelión contra los grandes, y contra las sublevaciones de los campesinos que se opusieron a sus señores, convencidos de que la libertad que predicaba Lutero también valía para ellos.

## El Concilio de Trento

La respuesta del Papado, que tardó en organizar la restauración, se tuvo con el Concilio de Trento (1545-1563). Bastará con subrayar dos fechas: 1521, Dieta de Worms y edicto imperial, que destierra a Lutero y prohíbe la difusión de su doctrina; 1555, la paz de Augsburgo reconoce a los príncipes del Imperio el derecho a profesar e imponer a sus súbditos la religión luterana. Esta paz, suscrita por Fernando I en nombre de Carlos V, representaba una nueva e incurable herida para la unidad del mundo cristiano, que, fundamentalmente, era el principio esencial del Imperio.

La conciencia católica del emperador resultó profundamente turbada; abdicó inmediatamente después (Bruselas, 1555-1556) para retirarse a una vida casi monacal en España, hasta su muerte (1558).

En tanto le agitaban estas conmociones, Alemania estuvo casi ininterrumpidamente en guerra con la Francia de Francisco I y de Enrique II, rodeada por los dominios imperiales. Carlos V se presentó en Italia, consiguiendo como resultados defi-





nitivos la reconquista del ducado de Milán, el vasallaje de Florencia, ascendida a ducado por los Médicis, y la rendición voluntaria de Génova. El Papa Clemente VII, de los Médicis, que lo había combatido pagando cara su audacia, fue quien le ciñó la corona imperial en Bolonia (1530). Esta fue la última coronación de un Sagrado Emperador Romano efectuada por un pontífice. Pero fuera de Italia, en conjunto, la guerra resultó favorable a los reyes de Francia, que para oponerse al emperador se entendieron con los príncipes luteranos e incluso con los turcos, cuyas flotas se hallaban en el Mediterráneo. Producida la abdicación de Carlos V, la dignidad imperial pasó a Fernando I, su hermano (1556-1564), pero el reino de España y todas las posesiones de América e Italia y el ducado de Milán, así como Flandes le tocaron a su hijo, Felipe II. El verdadero imperio católico que predominaba en Europa era el español, en una España que se encontraba a la búsqueda de una estructura social y económica equilibrada, que jamás hallaría; de magnífica y turbia grandeza, en el pleno esplendor de su civilización intelectual y artística, dominada por un misticismo caballeresco y guerrero. Por espacio de veinte años el luteranismo logró progresar incluso en el Sagrado Imperio Romano, sobre todo en Alemania septentrional, bajo la égida de la paz de Augusta; luego comenzó a obrar la contraofensiva católica siguiendo las directivas del Concilio de Trento y mediante la batalladora propaganda de los jesuitas que fueron sus intransigentes ejecutores. Tuvieron lugar violentos episodios de intolerancia de parte de los príncipes de ambas confesiones, mientras que aquí y allá se afirmaba también el calvinismo, difundándose desde Ginebra, de donde era oriundo, hasta Francia, Flandes, Hungría, y el cual abrazaron algunos príncipes de Alemania.

### La Guerra de los Treinta Años

Al comenzar el siglo XVII, se pasó de las simples y verbales tensiones a las ligas armadas, la liga evangélica de los príncipes reformados y la católica, que estuvieron al mando de dos príncipes electores: el elector del Palatinado, calvinista, y el duque de Baviera. La actitud de los emperadores osciló entre la tolerante de Maximiliano II (1564-1576), la incoherente, pero provocativa, de Rodolfo II (1576-1612) y la de Matías, el más equilibrado (1612-1619). Pero en el año 1619 estalló en Praga y en toda Bohemia una insurrección por la libertad religiosa que fue el.

Arriba: Federico III de Habsburgo, con su esposa Eleonora. Después de la extinción de la casa de Luxemburgo, la corona imperial y los dominios de los Luxemburgo pasaron a los Habsburgo. Derecha: Wenceslao IV *el Perezoso*, retratado en el momento de su llegada a Reims, en 1398, para solicitar ayuda contra el avance de los turcos otomanos que en ese período asomaron en los confines orientales. Abajo: Escena de la coronación de Segismundo de Luxemburgo, en 1410. Durante su reinado, el Imperio fue sacudido por las guerras contra los herejes husitas.







## EL CONCILIO DE CONSTANZA

Para vencer a los Hohenstaufen, la Iglesia se apoyó en los príncipes franceses. Pero con el transcurso del tiempo, la influencia francesa llegó a ser opresora en toda la política y en la organización de la Iglesia misma. Durante gran parte del siglo XIV, la sede papal estuvo radicada en Aviñón, Francia meridional, hasta que Gregorio XI, influido por los ruegos de Santa Catalina de Siena, volvió a trasladarla a Roma. Pero los franceses se opusieron tenazmente a su regreso y a la elección, el año siguiente, de un cardenal italiano. Al electo Urbano VI, los car-

denales franceses opusieron a Clemente VII, su pontífice. Se iniciaba el Gran Cisma de Occidente, mientras convulsionaban a la Iglesia las herejías que los papas aviñonenses habían permitido aflorar. Con el fin de poner coto a la situación, dramática ya (en Pisa se había elegido un tercer papa, en un Concilio convocado para dirimir las controversias entre ambas facciones), el emperador Segismundo convocó en Constanza un Concilio Ecuménico. Reunido con la presidencia imperial, el Concilio se declaró competente en la causa de la unidad de la Iglesia. Los papas existentes son depuestos y es elegido único pontífice, Martín V (1417-31). Procedió a la reforma eclesiástica (*causa reformatio-nis*), condenó el nepotismo y la simonía.

Purificó la doctrina (*causa fidei*). Pese a disponer salvaconducto imperial son procesados y quemados en 1415, Juan Hus y en 1416 Jerónimo de Praga, condenó la doctrina mediante la bula *Inter Cunctas* en 1418. Esto costó a Segismundo, pretendiente a corona bohema, una catastrófica sublevación nacional, que durante casi todo el siglo XV excluyó Bohemia y Moravia a los dinastas y a la cultura alemana misma. Pese a sus ambiciosos propósitos el Concilio de Constanza no logró extinguir las herejías ni restablecer la concordia entre los católicos. Finalmente, después de otro concilio en Basilea (1431-1449) en el que se afirma como dogma la primacía conciliar y un tercero en Ferrara (1438-1439), luego trasladado a Florencia, se llegó,







1460, a la condena papal, que la consideró herética, de la teoría que daba a los Concilios o sea a la totalidad de los fieles, el carácter de intérpretes de la voluntad de Dios.

En la Compactata de Praga (1433) se llegó a un compromiso con los husitas. Los decretos de reforma (entre otros, el que atañe al sistema fiscal de la Curia) son aceptados por Francia mediante la pragmática sanción (1438) base para el desarrollo de una Iglesia nacional francesa (galicana).

Se afirmó una Iglesia secularizada y centralizada que perduró hasta los ataques de Lutero, medio siglo más tarde. En cuanto al Imperio, había pagado con guerras internas su tentativa de afirmar su proyección sobre la Iglesia.

Arriba, de izquierda a derecha: Príncipes y nobles llegan al Concilio. Además de reunir a la mayor parte de las fuerzas de la Iglesia (33 cardenales, 900 obispos, más de 2.000 doctores), este acontecimiento también fue importante por los exponentes laicos. Durante cuatro años (1414-1418) se discutió y dirigió en Constanza la política de Occidente. Juan XXIII (arriba), uno de los antipapas elegidos por las distintas facciones.

El emperador Segismundo (abajo), que convocó el Concilio, llegando a Constanza en la Nochebuena de 1414.

Una de las muchas procesiones celebradas y dos protagonistas del Concilio, el papa

Martín V, electo por el Concilio y el emperador Segismundo durante una de las sesiones.

Abajo, de izquierda a derecha: Tres momentos de la gran traición que perpetró el Concilio contra Juan Huss: el proceso, la ejecución en la hoguera, y la orden de que su compañero Jerónimo de Praga corriera la misma suerte.

El Concilio fue también un espectáculo mundano y un negocio. Algunos vendedores de caracoles ejerciendo su oficio en el curso del Concilio (en la ilustración pequeña).







Izquierda: Carlos V de Habsburgo. En las manos de Carlos se sumaron la corona imperial, los dominios de la corona española, las posesiones hereditarias de la casa de Austria y la herencia de los duques de Borgoña que María de Borgoña aportó en dote a Maximiliano de Austria, abuelo de Carlos.

Arriba: Martín Lutero, cuya rebelión frente al poder pontificio, en 1517, sentó las bases de la Reforma protestante.

Abajo: La firma de Carlos V.

Derecha: Dos *lansquenets*, los terribles soldados que con los suizos, dominaron en los campos de batalla del siglo XVI. Estas tropas de fe luterana saquearon Roma en el año 1527.

comienzo de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) considerada como la más larga y desastrosa de la Europa moderna. Los bohemios rebeldes fueron socorridos por la liga evangélica, se negaron a reconocer como rey al nuevo emperador Fernando II (1619-1637) y aclamaron como soberano a Federico V, el elector palatino, jefe de la liga evangélica de los príncipes reformados; por su parte, Fernando II contó con la liga católica, y venció en 1620, reprimió la insurrección, destituyó y desterró a Federico y transfirió sus feudos y la dignidad electoral al duque de Baviera, jefe de la liga católica y defensor, con él, de la restauración católica en Alemania.

Unos años después, se produjo una nueva ofensiva de los evangelistas, luteranos y calvinistas, de la cual fue instrumento un extranjero, el rey Cristián de Dinamarca (1626-1629), en la que Fernando II resultó nuevamente vencedor. Y venció por

tercera vez contra el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, que llevó a cabo una espectacular travesía, recorriendo Alemania hasta Munich de Baviera, pero que murió en el campo de batalla, motivo por el que se comprometió irremediablemente el éxito de la expedición (1630-1635). A cada triunfo, se perpetró un atentado a los derechos de los luteranos y se confirmó la actitud de excluir los de los calvinistas.

Fernando II abrigó entonces la ilusión de haber obtenido una supremacía efectiva sobre todos los Estados del Imperio. La verdad es que la guerra no tardó en reanudarse y la conflagración cobró proporciones europeas: Francia entró en las hostilidades, uniéndose a Suecia, y después de decenios de intervención indirecta, su directa participación decidió el destino de Alemania y el Imperio.

En la segunda mitad del siglo XVI también Francia experi-





mentó la tragedia de la guerra de religión, de católicos contra calvinistas. Pero, gracias a su unidad, salió ilesa de ella: después de dar un golpe de gracia al calvinismo, se mantuvo en el catolicismo al igual que la gran mayoría de la población y, pese a un compromiso de los calvinistas, había conservado y reforzado progresivamente su posición de absoluta supremacía sobre las fuerzas antagónicas a la gran aristocracia feudal. En ese momento estuvo en condiciones de favorecer su antigua vocación imperial, de extender sus confines desde los Pirineos hasta el Rin, y de interponerse entre el Imperio español y el Imperio de los Habsburgo. Un gran triunfo en Alemania, a costa de un enfrentamiento de los Habsburgo de Austria con los de España, alejó de Madrid y Viena el eje del predominio sobre Europa y lo situó en París. En la última fase de la Guerra de los Treinta Años, la más

larga y cruenta (1635-1648), se vieron envueltos España, Holanda, los duques de Saboya y Mantua e Italia. Participaron los emperadores Fernando II y Fernando III (1637-1657) con un gran despliegue de fuerzas, esfuerzo que fue en vano: por último, aislado por los franceses y suecos, Fernando III intentó la paz, que, por parte de Francia, tuvo a dos incomparables negociadores: primeramente el cardenal Richelieu y, acacida la muerte de éste, el cardenal Mazzarino siguió sus pasos. Ambos forjaron el poderío de la monarquía de los grandes reyes Luis XIII y Luis XIV. Las negociaciones concluyeron con los tratados de Westfalia (octubre de 1648): el emperador trató por separado con Francia y los príncipes en Münster, con Suecia en Osnabrück. Se reconocieron a los príncipes calvinistas los mismos derechos de que gozaron los luteranos hasta 1555, por lo que se declaró













En las páginas anteriores:  
 Cacería en honor de Carlos V,  
 en el castillo de Torgau (pintura  
 de Cranach, actualmente en el  
 Museo del Prado).  
 Parecía que con el Imperio de  
 Carlos, cosmopolita, extensísimo y  
 multinacional, revivía, por última  
 vez, el ideal del Imperio  
 universal, enorme conglomerado  
 que abarcaba todo Occidente.  
 Arriba: Gran sala del  
 Albrechtsburg de Meissen,  
 en Sajonia.  
 Izquierda: El Burg Dankwarderobe  
 de Braunschweig, en la Baja  
 Sajonia, con el famoso Tesoro.

Derecha, arriba: El emperador  
 Maximiliano I, según un retrato  
 de Dürero. Hijo de Federico *del  
 Labio Grueso*, emperador  
 coronado en Trento, retomó, con  
 otros medios, las ambiciones  
 de su padre.  
 A tal efecto, llevó a cabo una  
 hábil política matrimonial.  
 Derecha, abajo: Maximiliano II,  
 sobrino de Carlos V, emperador  
 desde 1564. Frente a la Reforma,  
 su política fue de abierta  
 tolerancia.



una perfecta igualdad entre católicos y no católicos, se atenuó el principio según el cual aquel que tuviera el poder en sus manos podía imponer a todos su religión, dentro de su territorio (*cuius regio, eius religio*); se legitimaron las confiscaciones de bienes eclesiásticos efectuadas por los príncipes luteranos y calvinistas antes de 1624. Se reconoció a todos los Estados del Imperio (más de trescientos cincuenta), como un derecho, la libertad, que por otra parte se habían tomado y ejercían desde siglos atrás, de desarrollar una política exterior independiente, es decir, de estipular leyes entre sí e incluso con Estados extranjeros, y se impuso la platónica restricción de que no se rebelaran contra el emperador. A su vez, éste se comprometía a no hacer ni la guerra ni la paz, y a no imponer tributos sin la aprobación de la Dieta Imperial. De esta manera, la soberanía de cada Estado venía a ser más completa que la del Sagrado Emperador Romano.

El marqués de Brandeburgo, el duque de Baviera y el elector palatino consiguieron acrecentar sus territorios: a partir de entonces, el colegio electoral ya no contaba con siete miembros, sino con ocho.

Se reconoció la independencia de la Confederación Helvética y también de Holanda; esta última conquistó su libertad religiosa y política al precio de una dura guerra contra los Habsburgo de España que agotó las fuerzas de ambos. Francia obtuvo los territorios de Alsacia y los obispados de Metz, Toul y Verdún, así como la ciudad de Breisach, y el Pignerol en el Piamonte. Suiza, por su parte, recibió algunos territorios de la costa germánica del Báltico y una nutrida representación en la Dieta Imperial.

Este fue, en síntesis, el contenido de los Tratados de Westfalia: es inútil subrayar hasta qué punto dismantelaron al Imperio, anularon el resto de autoridad que le quedaba al emperador y redujeron a Alemania a un conglomerado falto de unidad, sin vínculo constitucional alguno entre sí o con aquel que habría debido ser el soberano.

Y cundía la ruina material y moral: las ciudades y campiñas eran devastadas por el paso de ejércitos de extrema ferocidad y avaricia, que se encontraban al mando de aventureros locales y extranjeros (como Wallenstein, el de más siniestra fama), la agricultura, las industrias y el comercio estaban paralizados; la población fue diezmada y los sobrevivientes, después de aquellos decenios de horror, estaban vencidos por la apatía moral y religiosa e indiferentes ante la sangre, la abyección y los desmanes de los que podían vivir en el fausto más insolente. Hicieron falta casi dos siglos para presenciar algunos leves signos de recuperación.

En la historia de Europa, los Tratados de Westfalia crearon un sistema de equilibrio internacional, pero el fiel de la balanza fue París: Francia se convirtió en árbitro y desde esta posición hegemónica de por sí llevó adelante su política imperial que, desde los tiempos de Luis XIV hasta los de Napoleón Bonaparte, le aseguró la supremacía. El Imperio fue nuevamente el que soportó las consecuencias.

A mediados del siglo XVII, su epitafio no se había escrito aún. A pesar de la pérdida del control sobre Alemania, la dinastía de los Habsburgo seguía siendo una potencia, con sus dominios en Europa oriental y desde principios del siglo XVIII lo fue nuevamente en Lombardía. Detuvo brillantemente el avance de los turcos en los puestos de avanzada de Hungría y afrontó la constante presión de Francia; no obstante, ésta terminó por anexionarse todos los territorios de habla francesa o mixta, de la margen occidental del Imperio (Alsacia, Lorena, Franco Condado).

En el curso de los años 1700 surgió entre los Estados germánicos el reino brandeburgués-prusiano de los Hohenzollern y se afirmó por la fuerza, aun contra la emperatriz María Teresa y Luis XV de Francia, aliados por una vez. Así Berlín pasó a ser una poderosa antagonista de Viena.

Las reformas políticas y administrativas de María Teresa y José II, que intentaron llevar a la realidad un modelo de go-





## RODOLFO II Y LA ASTRONOMIA

Rodolfo II de Habsburgo, hijo del emperador Maximiliano II, rey de Hungría desde 1575, rey de Bohemia desde el mismo año, emperador desde 1576, a quien se declaró depuesto por incapacidad mental en 1607, fue ciertamente una de las figuras más singulares de su siglo.

Amante de las artes, de las ciencias y de la magia, estableció su capital en Praga, que durante su reinado vivió una época maravillosa.

En la corte de Praga eran bien recibidos los magos, adivinos, quirománticos y astrólogos.

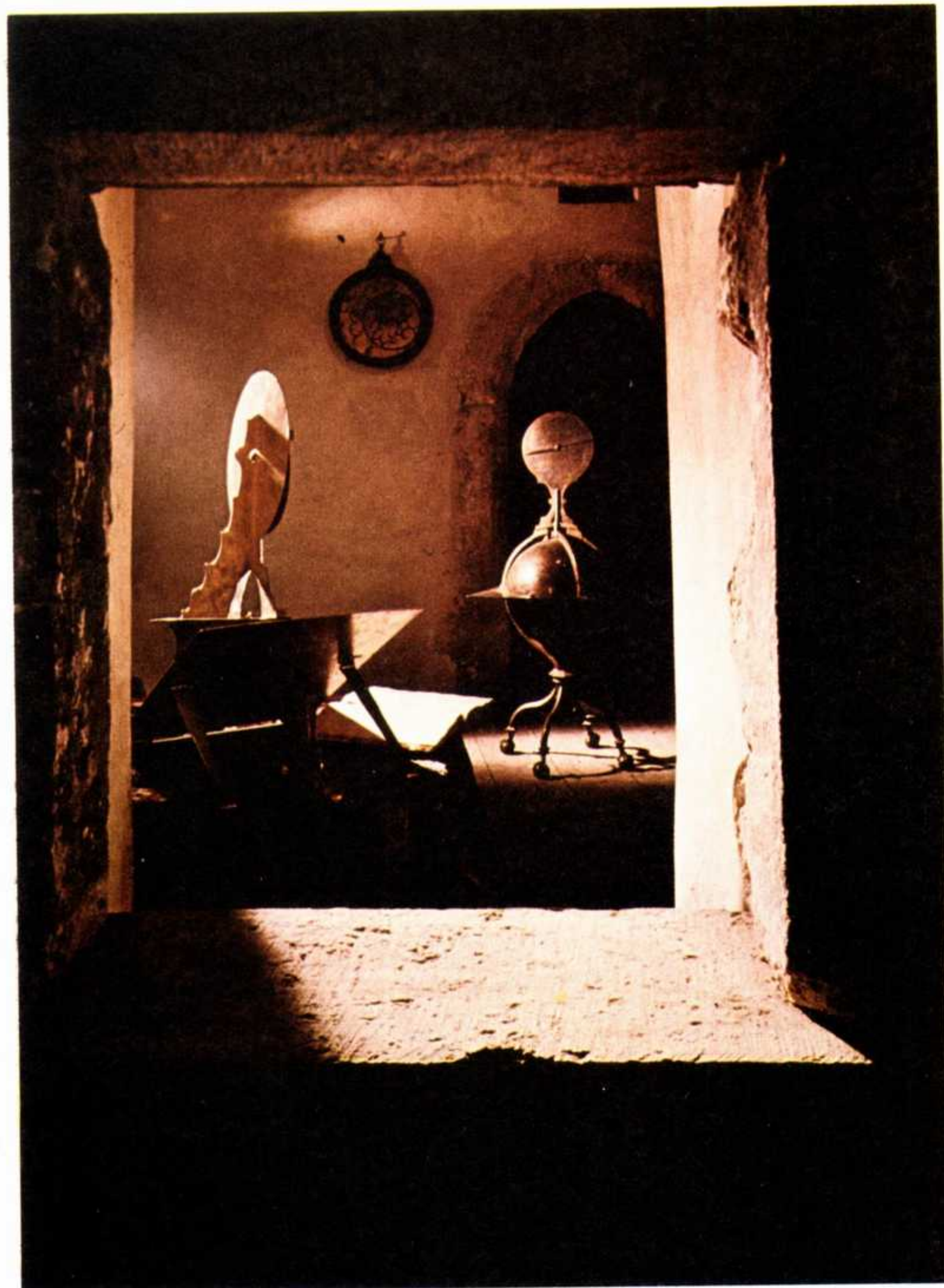
Pero también afluyeron los mejores astrónomos de aquel período, desde Kepler hasta Tycho Brahe, quienes bajo la protección de Rodolfo encontraron recursos y observatorios expresamente instalados, a resguardo de las dificultades con la Iglesia. El danés Tycho Brahe contribuyó al progreso de la astronomía moderna fundando el primer observatorio, en Kassel, donde descubrió la supernova Casiopea.

Kepler, inventor del telescopio, enunció sus tres leyes referentes a la mecánica celeste, tras las cuales no cabía duda alguna en lo que respecta al auténtico valor científico del heliocentrismo.

De no existir la gran pasión que experimentó Rodolfo por la astronomía, que contemplaba todas las noches las estrellas desde su observatorio de Praga en compañía de sus amigos y maestros, quizá no habríamos tenido un Kepler que fue uno de los que sentaron las bases de la ciencia moderna.



Arriba: Retrato de Rodolfo II.  
Arriba, derecha: Tycho Brahe, astrónomo danés que el emperador llamó a Praga en 1599. Rodolfo lo recibió de pie, con la cabeza descubierta, como si fuera un soberano.  
Abajo: Colección de instrumentos astronómicos de Copérnico, cerca de la universidad de Cracovia.  
Abajo, derecha: Tabla astrológica de la época. Apenas si existía diferencia entre la astrología y la astronomía.







Arriba: Retrato de Kepler.  
Sobre estas líneas: Retrato de Copérnico.  
Kepler, discípulo de Tycho Brahe, trató de convalidar durante mucho tiempo los cálculos de su maestro frente a las teorías heliocéntricas de Copérnico. Pero poco a poco terminó por convencerse de que quien tenía razón era el estudioso polaco: era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, y no viceversa.

Izquierda: Globo celeste de Tycho Brahe, realizado en Amberes. Brahe compiló un catálogo nuevo de estrellas, todo lo completo que permitían los medios de aquella época. Estudió también los cometas. Asimismo, en la corte de Rodolfo participó fervorosamente en las actividades sociales y de representación. Permaneció breve tiempo en Praga, desde 1599 hasta su muerte, en 1601, pero dejó allí a Kepler, el mejor de sus discípulos.  
Derecha: El palacio observatorio de Uraniborg, donde trabajaba Tycho Brahe. Competente y apasionado astrónomo, fue Rodolfo quien aceptó en las tierras del Imperio el nuevo calendario gregoriano, que elaboraron los estudiosos del papa Gregorio XIII.





## LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

La guerra de los Treinta Años comienza como conflicto religioso y termina siendo una lucha por la hegemonía europea. Confluyen en ellas las tensiones existentes entre las naciones católicas y las protestantes, entre los representantes de los Estados territoriales y los príncipes, entre las ciudades imperiales y el emperador, entre los Habsburgo y la dinastía francesa. Se sabe cuándo comienzan las guerras, pero no cuándo terminan. Por regla general, el que las desencadena está seguro de despacharlas pronto. Esta debió ser también la convicción de Fernando de Habsburgo, rey de Bohemia y candidato a la corona imperial, cuando decidió en 1618 dar una lección ejemplar a los nobles bohemos. En cambio, el conflicto que sobrevino estaba destinado a prolongarse por espacio de tres decenios. Todo esto comenzó el 23 de mayo de 1618: los nobles bohemos protes-

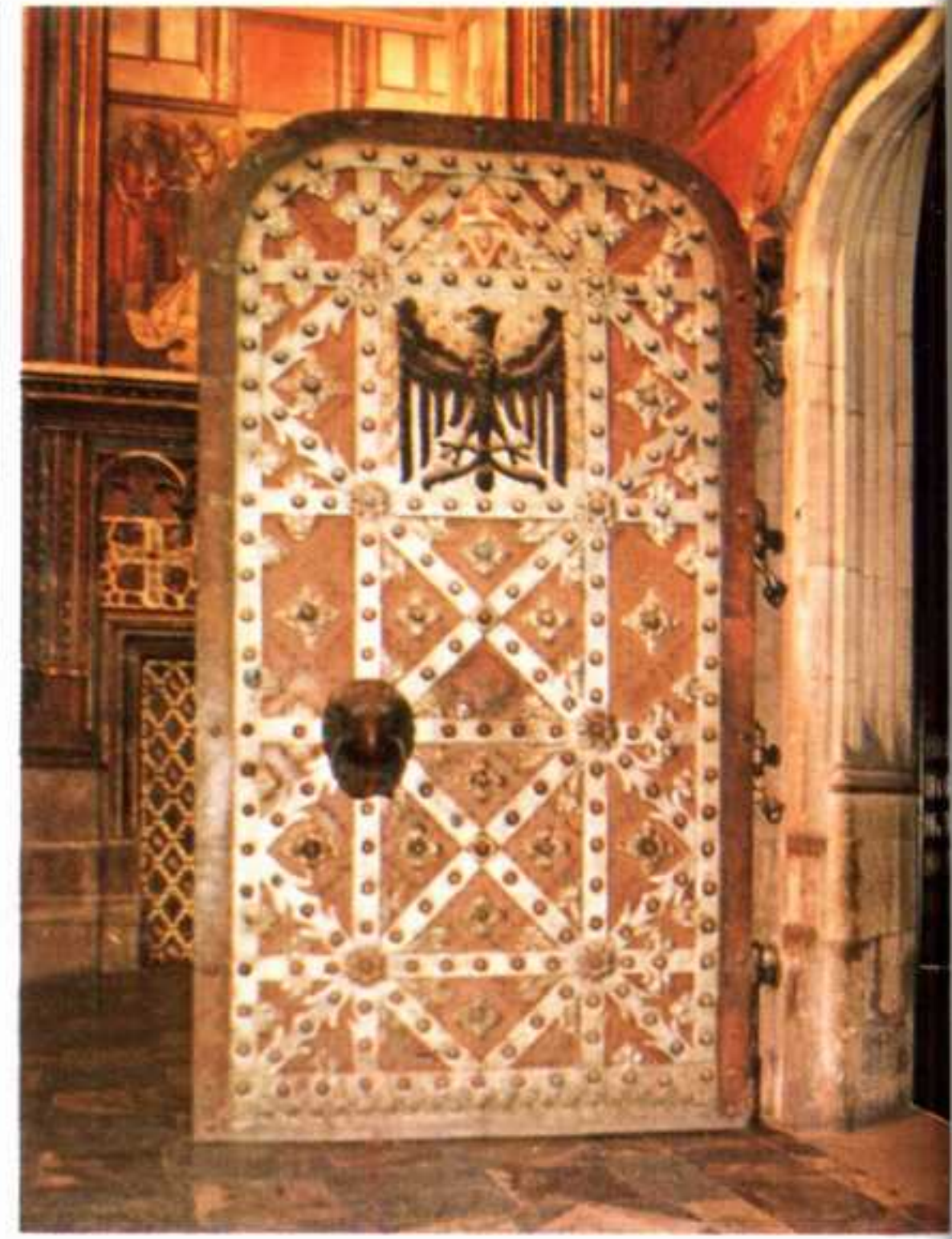
tantes, reunidos en asamblea en el castillo de Hradcany en Praga, tras un violento altercado con los representantes del emperador, pasaron a los hechos arrojando por la ventana a dos malaventurados intermediarios imperiales (que cayeron sobre un montón de estiércol). El episodio constituyó la gota que hace rebasar el vaso. Los Habsburgo aceptaron el desafío. Las operaciones militares se iniciaron en 1619, una vez que Fernando recogió la herencia imperial. Los historiadores han dividido el conflicto en tres períodos, que toman el nombre de los países que intervinieron en las operaciones militares.

### Período bohemo-palatino (1618-1623)

El primero es el período bohemo-palatino. Escenario de los choques fue precisamente la Bohemia rebelde, y luego el Palatinado de Federico V. Bohemia, en carácter de reino autónomo, entró en lucha abierta con el Imperio a pesar de que sus recursos



Derecha: Puerta con el sello imperial, en el castillo Hradcany de Praga, donde se arrojó por la ventana a los mensajeros de Fernando II (arriba).



De izquierda a derecha: El cardenal de Richelieu, francés; el canciller Axel Oxenstierna, sueco, y el general Matías Gallas.



### Período danés y sueco (1623-1635)

Las victorias de los austríacos en Alemania y de los españoles en los Países Bajos (en 1625 cayó la fortaleza holandesa de Breda) hicieron que cundiera la alarma en Francia y en las potencias protestantes del Báltico (Dinamarca y Suecia), cuyos intereses comerciales estaban amenazados.

En un primer momento, la Francia de Richelieu se limitó a prestar apoyo diplomático y financiero a los enemigos de Austria y España. En cambio, Cristián IV de Dinamarca se comprometió directamente, sostenido también por Holanda e Inglaterra. Fernando envió en su contra a Wallenstein, el mejor de sus generales, y éste infligió a los daneses una grave derrota en Lutter (1626). Con la paz de

Lübeck, en 1629, Dinamarca se retiró de la contienda. Suecia tomó inmediatamente su puesto. Contribuyeron a la intervención sueca las intrigas de Richelieu, que con el oro francés financió las campañas militares de Gustavo Adolfo, el rey de Suecia. Pero también contribuyó un movimiento al que se arriesgó el emperador. Después de la victoria sobre los daneses creyó que había llegado el mo-

mento de poner en práctica su proyecto de restauración imperial. Mediante el Edicto de Restitución de 1629 pretendió despojar a los príncipes protestantes de todos los bienes de la Iglesia que habían confiscado en los últimos tres cuartos de siglo. Constituía una disposición que, de haberse cumplido, habría convertido a los Habsburgo en la monarquía más poderosa de Europa. Pero sólo quedó en el papel. A ello se opusieron Francia y Suecia con todas sus fuerzas. Richelieu otorgó generosas subvenciones a los suecos, y el rey Gustavo Adolfo de Suecia puso su genio militar al servicio de la causa protestante. El soberano sueco desembarcó en tierra alemana en 1630, con su ejército para la guerra santa, y no se preocupó demasiado por el malogrado apoyo de los príncipes protestantes alemanes, evidentemente mucho más inquietos y preocupados por la presencia en suelo germánico de un ejército escandinavo que por la injerencia imperial en sus Estados.

### Período francés (1635-1648)

También la mayoría de los príncipes protestantes firmaron la paz de Praga. Pero Francia católica no la aceptó, porque una paz con un imperio victorioso era contraria a sus intereses. Con la directa intervención de Francia, el conflicto se transformaba de guerra de religión en contienda por la hegemonía europea. Las campañas iniciales de esta última reanudación de la guerra fueron desfavorables a los franceses, derrotados por los españoles, que amenazaron a París mismo, mientras las fuerzas imperiales entraban en Borgoña. Richelieu apeló al patriotismo francés, reorganizó el ejército y, apoyado por los holandeses y después también por los suecos, dio comienzo a una tenaz contraofensiva. La suerte del conflicto cambió en 1639, cuando los holandeses destruyeron la flota española en el canal de Dover y reconquistaron la fortaleza de Breda. A partir de este momento, Francia fue triunfando gra-



dualmente, sobre todo merced al talento militar de sus grandes generales, el duque de Enghien y Turena. El primero puso término a la fama de invencible de que gozaba la infantería

española, batiéndola sonoramente en la batalla de Rocroi, en 1643. Dos años después, Turena lanzó una poderosa ofensiva en Alemania, vadeó el Rin, derrotó en Nördlingen a los im-



Arriba: Felipe IV de España. Izquierda: El general Johan Baner en la batalla de Wittstock.

periales e invadió Baviera. En 1648, el año decisivo, Turena cosechó otra victoria en Zusmarshausen, Baviera, y Enghien (ahora príncipe de Condé) derrotó a los españoles en Lens. Esto



eran insuficientes para asegurar un triunfo militar, aun con el apoyo de los Estados alemanes de religión protestante. En vano procuró Federico, con una paciente acción diplomática, conquistar el apoyo inglés y holandés. Jacobo I de Inglaterra dejó correr el tiempo y se alió con Francia; los holandeses no se comprometieron y Dinamarca y Suecia hicieron lo mismo. Entre tanto, el emperador Fernando que no es reconocido por Bohemia, la cual proclama emperador a Federico V del Palatinado, lograba apoyos importantes: por un lado, el del duque de Baviera, Maximiliano, jefe de la liga católica alemana; por otro, el de Juan Jorge de Sajonia, un príncipe protestante. El emperador fue quien tomó la iniciativa en el plano militar. Sus ejércitos, al mando de un hábil general, el conde de Tilly, dispersaron en poco más de una hora las desorganizadas tropas de Federico V, en la batalla de la Montaña Blanca, en Praga (1620) tras la batalla Federico huye a Holanda y la Unión se disuelve.

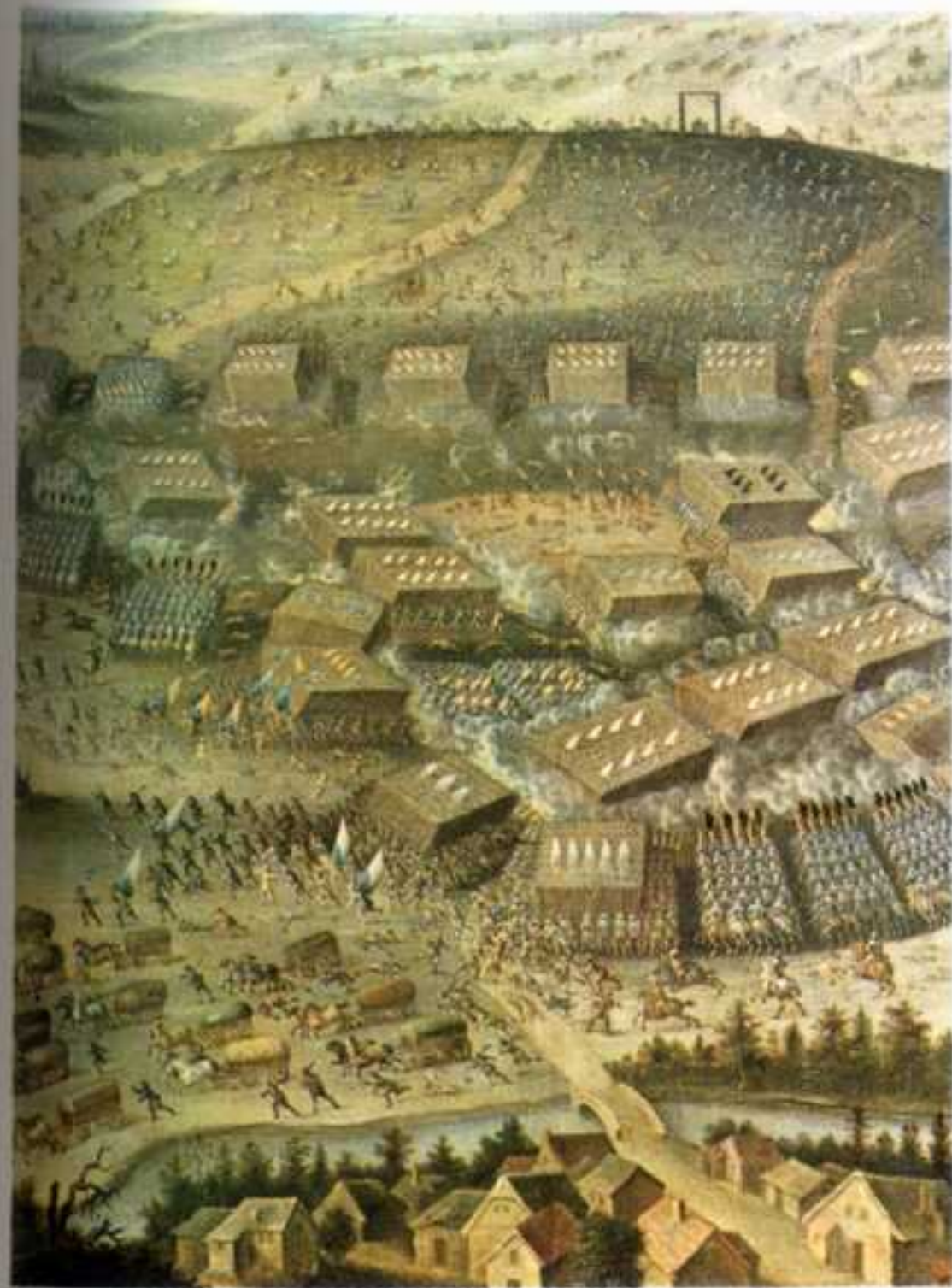
Cayó sobre Bohemia rebelde una terrible represión. La «carta de majestad» que el emperador Rodolfo II había concedido en 1609 fue revocada. Se proscribió a los nobles protestantes y un ejército de fanáticos predicadores, capuchinos y jesuitas, procedió a convertir por la fuerza al catolicismo a la población bohema. Se desterró a Federico V, arrebatándole su principado y la dignidad electoral, transferida al duque de Baviera. En tanto, también los españoles aliados del emperador obtuvieron importantes victorias y conquistaron la región de Valtelina.

De hecho, los Países Bajos se estaban convirtiendo en la cuna de la resistencia protestante. Mauricio de Nassau había ofrecido asilo en La Haya al depuesto Federico, quien a su vez se negaba obstinadamente a hacer acto de sumisión formal ante el emperador Fernando, y proclamaba siempre válido su derecho al trono de Bohemia. La guerra proseguía en Alemania por la presencia de tres ejércitos protestantes, todavía bien armados y resuel-



Arriba: Albert de Wallenstein, uno de los generales imperiales, mercenario, que deseaba convertirse en monarca de derecho.

tos a vender cara su vida: el primero se hallaba al mando de Mansfeld, ya jefe supremo del ejército de Federico y de la Unión protestante; el segundo estaba a las órdenes de Jorge Federico de Baden-Durbach, amenazado en sus dominios por la presencia luterana de las tropas imperiales del Palatinado vecino; el tercero, dotado de aproximadamente 11.000 hombres, era el guiado por Cristián de Brunswick, joven caudillo algo romántico, con la pasión de la guerra, que llevaba en el sombrero un guante de su prima Isabel de Bohemia, a quien había prometido reconquistar el Palatinado aun a costa de su vida. Baviera asciende a la dignidad electoral y obtiene el Palatinado Superior, Lusacia obtiene Sajonia. Sobre Bohemia recaen duras represalias: ejecuciones; expropiación de la mitad de las tierras de la nobleza; conversión forzada al catolicismo (150.000 exiliados); germanización masiva y forzada. En 1627 la nueva Constitución impone en Bohemia (bajo los Habsburgo) un régimen absolutista.



Izquierda: Batalla de Breitenfeld (1631), en la cual las tropas suecas, al mando del rey Gustavo II (arriba), derrotaron a las fuerzas imperiales.

Por lo demás, en ese mismo período el frente hasta entonces compacto que formaban los católicos se estaba dividiendo irremediamente: las disidencias entre Fernando y su principal aliado, Maximiliano de Baviera, descontento de la marcha de las cosas cuando llegó el momento de dividir con los aliados las conquistas alcanzadas en el campo de batalla, asestaron el primer golpe. El segundo factor de escisión estuvo representado por la figura de Albert de Wallenstein, comandante de las tropas imperiales, que sustituyó a Tilly, anciano ya: en especial lo que preocupaba a los alemanes eran las abiertas ambiciones de Wallenstein de asegurarse una corona real, tanto más cuanto que tales ambiciones habían hallado en parte satisfacción al otorgársele el título de duque de Mecklenburgo (pese a que era un noble de origen bohemo); además, era evidente que interesaba a Wallenstein cuidar de los intereses de su propio ejército, base de su poder personal (y, por lo tanto, en consentir

correrías e imposiciones de tributos a sus hombres), mucho más que perseguir a los protestantes o favorecer las ansias de los católicos.

Decidido a extraer provecho de la situación, Gustavo Adolfo ocupó Brandeburgo, derrotó a Tilly en Breitenfeld (1631), atravesó las regiones católicas de Alemania, desde el Rin hasta el Danubio, invadió Baviera, batió nuevamente a Tilly en el río Lech (1632) y se dirigió a Viena. En pocos meses, los suecos cambiaron el curso de la guerra. Alarmado por el avance enemigo, el emperador opuso a Gustavo Adolfo su conductor más prestigioso, Wallenstein. El encuentro decisivo se produjo en Lützen, Sajonia, el 16 de noviembre de 1632. El soberano sueco venció una vez más, pero sucumbió en el campo de batalla. Privados definitivamente de su conducción y prudencia los suecos fueron derrotados el año siguiente en Nördlingen, por los austro-españoles, y firmaron la paz con el emperador en Praga, en 1635.

fue suficiente para convencer al emperador de que debía acelerar las conversaciones de paz (encaminadas desde algunos años atrás en Münster y Osnabrück, Westfalia).

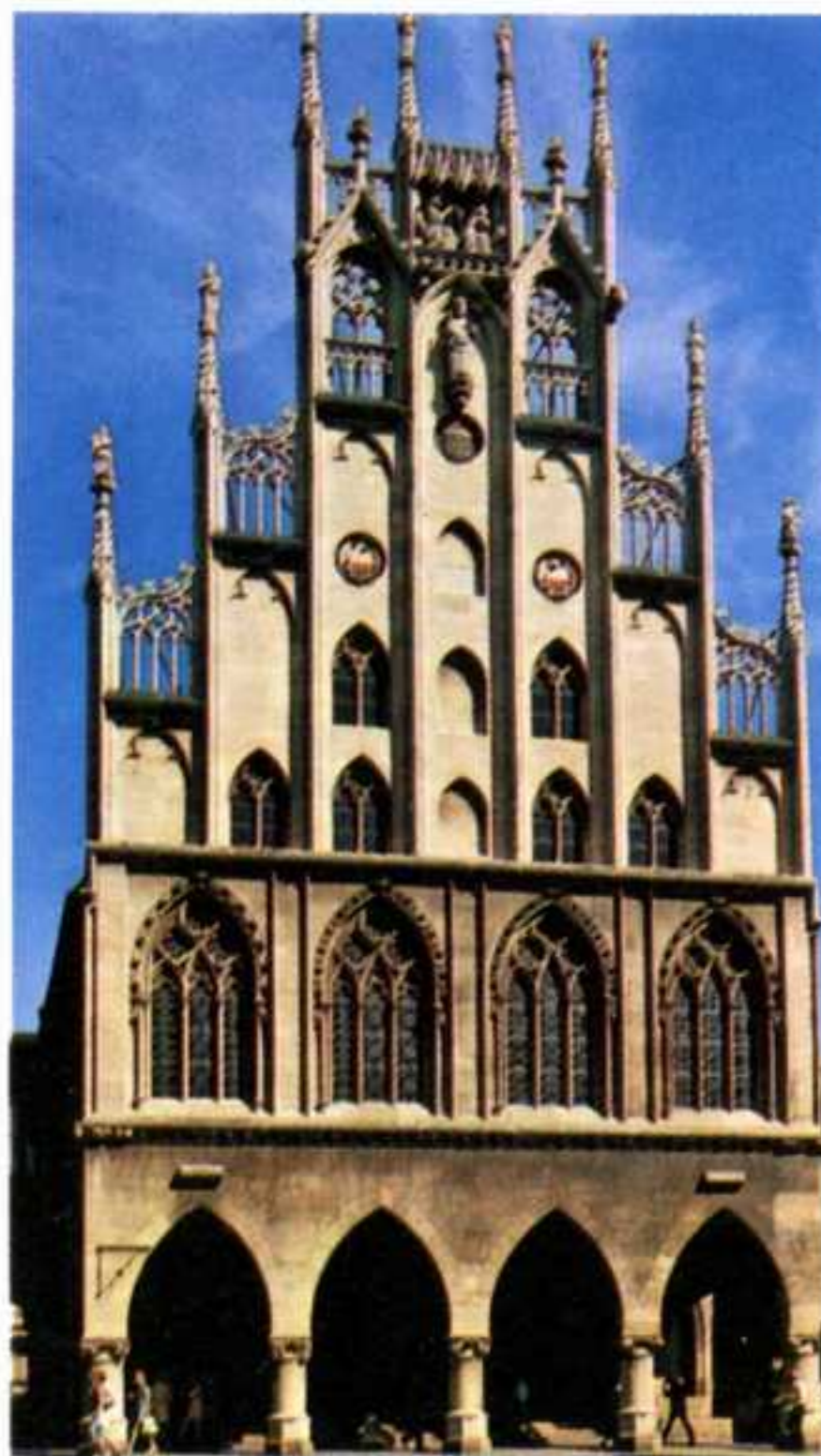
Las alternativas diplomáticas que debían poner fin a treinta años de guerra fueron sumamente complicadas; en efecto, participaron todos los Estados de aquel entonces, pequeños y grandes. El emperador quiso tratar con Francia y sus aliados en Münster, y por otra parte con Suecia y los suyos en Osnabrück.

Los protagonistas de los dos congresos fueron: en nombre del Imperio, el conde austríaco Maximiliano von Trauttmansdorf, el consejero en quien más confiaba el emperador Fernando III; en representación de Francia, el conde Claude de Mesmes d'Avaux y el marqués Abel de Sable Servien; por parte de Suecia, el conde Johan Oxenstierna, hijo del difunto canciller Axel, y también el diplomático Adler Salvius.

Se concertó el 24 de octubre de 1648 la paz de Westfalia, que puso final-



Arriba: Fernando III  
Derecha: El municipio de Münster, donde se firmó uno de los tratados de paz de Westfalia.



mente término a treinta años de enormes devastaciones provocadas por los ejércitos en lucha, las pestes y carestías. Se confirmó la Paz de Aushburgo (1555) extendiéndola a los calvinistas. Los cambios de confesión fueron tolerados y aceptados plenamente por la autoridad (excepto en el Palatinado Superior y en los territorios hereditarios imperiales, donde sólo se admitió la religión católica). Los complicados tratados que se firmaron en las dos ciudades renanas modificaron poco el mapa político de Europa, pero sancionaron el total fracaso del designio de los Habsburgo de restauración imperial. Los príncipes alemanes vieron, por el contrario, reconocida su soberanía y una considerable independencia respecto del emperador. Holanda obtuvo el reconocimiento, aunque formal, de su independencia de España, y Francia impuso su papel de garante del equilibrio europeo. Se reconoció la independencia de la Confederación Helvética, el único Estado con régimen no monárquico.













En las páginas anteriores: Batalla de la Montaña Blanca durante la guerra de los Treinta Años, en las cercanías de Praga.  
 Arriba: Los delegados de las potencias comprometidas en la Guerra de los Treinta Años, reunidos en Münster.  
 Derecha: Firmas estampadas de todos los representantes implicados en el tratado de paz de Westfalia, en 1648.

bierno absolutista iluminado, o sea moderno, en los dominios hereditarios, se desvanecieron ante el asalto de la Francia revolucionaria e imperial, a partir de 1804. Napoleón Bonaparte concretaba las remotas aspiraciones de Francia, que turbaron al Sagrado Imperio Romano desde su renovación, en el siglo X, y destruyeron su frágil integridad. Cuando el emperador de los franceses hubo organizado en Alemania sudoccidental una Confederación de príncipes alemanes (la Confederación del Reino) ordenó al emperador Francisco II que renunciara al título de Sagrado Emperador Romano. Francisco II, que por otra parte ya lo había abandonado dos años atrás, titulándose emperador de Austria, renunció formalmente y depuso la sagrada corona (6 de agosto de 1816). Se abolió la administración imperial y se libertó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

Este fue verdaderamente el epitafio del Sagrado Imperio Romano. A cientos de años de su reaparición en Occidente, ocho siglos y medio de su reconstrucción otoniana y ya sin vida después de 1614, había desaparecido incluso como mito, pero no como memoria. Para conservar esta memoria, dando un privilegio intencional a la edad de oro del Imperio, el Medievo, algunos historiadores prusianos iniciaron en 1823 la recopilación y publicación, todavía en preparación por los continuos aportes nuevos, de los *Monumenta Germaniae Historica*, en los cuales se reúne toda la documentación relativa al inmenso espacio sobre el cual se extiende el mundo germánico medieval.

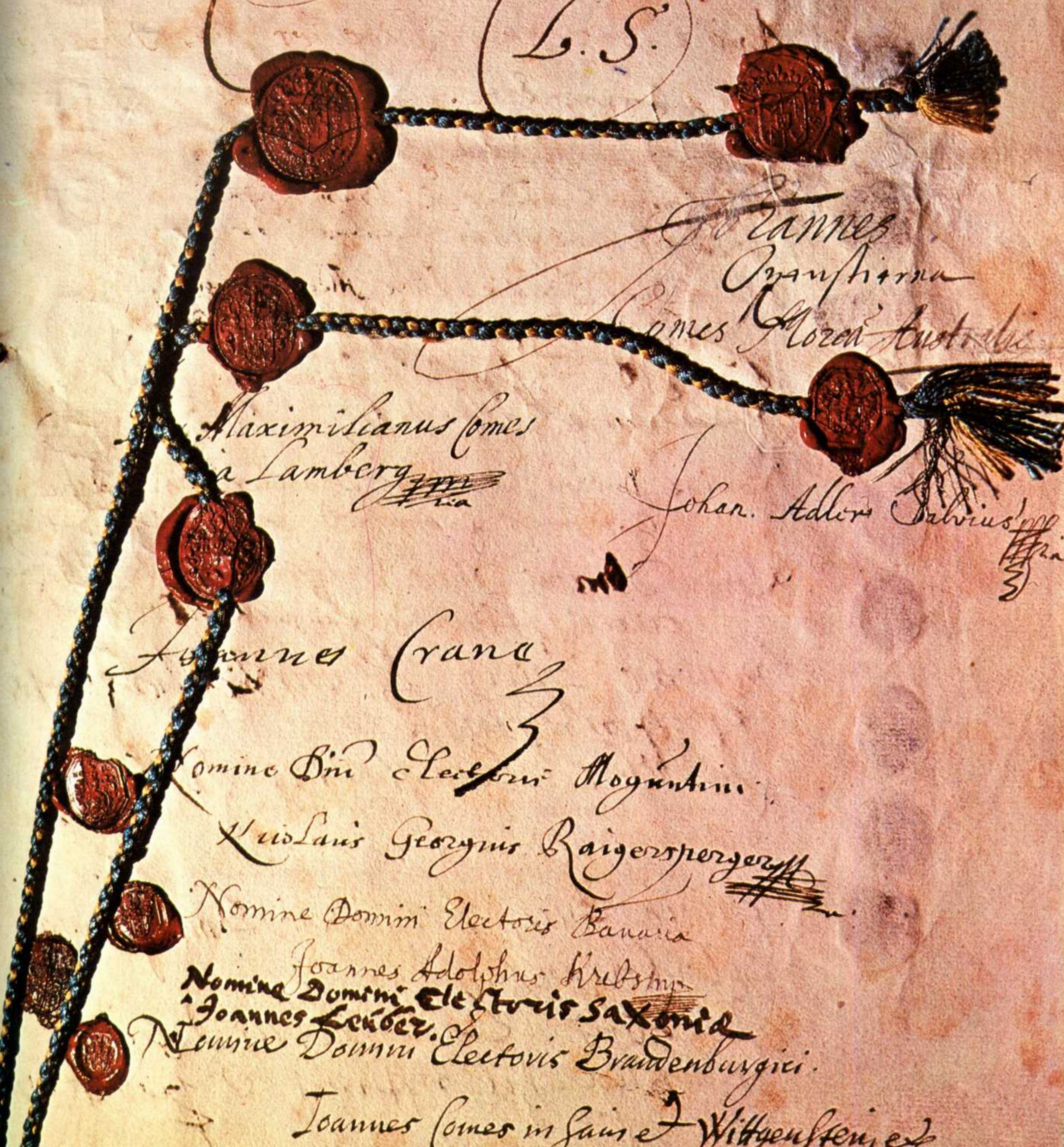
## BIBLIOGRAFIA

- Alphandery, P., *La cristiandad y el concepto de Cruzada*. UTEHA, México, 1959-1962.
- Doehaerd, R., *Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y Sociedades*. Ed. Labor, Barcelona, 1974.
- Duby, G., *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Ed. Península, Barcelona, 1968.
- Duby, G., *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. Siglo XXI, Madrid, 1976.
- Duby, G., *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Ed. Petrel, Barcelona, 1980.
- Duby, G., *El caballero, la mujer y el cura*. Ed. Taurus, Madrid, 1982.
- Fourquin, G., *Los movimientos populares de la Edad Media*. Castellote, Madrid, 1973.
- García Pelayo, M., *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político*. Revista de Occidente, Madrid, 1968.
- Guenée, B., *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*. Ed. Labor, Barcelona, 1973.
- Huizinga, J., *El otoño en la Edad Media*. R. de Occidente, Madrid, 1965.
- Le Goff, J., *La civilización del Occidente Medieval*. Ed. Juventud, Barcelona, 1970.
- Le Goff, J., *Los intelectuales de la Edad Media*. Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1965.
- Poly, J. P., y Bournazel, E., *El cambio feudal (siglo X al XIII)*. Ed. Labor, Barcelona, 1983.
- Southern, R. W., *La formación de la Edad Media*. Alianza Ed., Madrid 1980.
- Ullmam, W., *Principios de gobierno y política en la Edad Media*. Revista de Occidente, Madrid, 1971.



Sigillis nostris Legum Majori munere jussimus.  
Dabantur in Regia nostra Salsburgensi  
die decima Decembris, Anno supra Mil,  
lesimo ~~secentesimo~~ ~~secentesimo~~ Quadragesimo quinto.  
Christina.

L.S.



Joannes  
Quasimoda  
Comes Moraviae Austriacae

Maximilianus Comes  
a Lamberg

Johan. Adler Salvius

Joannes Crana

Nomine Domini Electoris Moguntini

Guido Laus Georgius Raigersperger

Nomine Domini Electoris Bavariae

Nomine Domini Electoris Saxoniae  
Joannes Leiber

Nomine Domini Electoris Brandenburgici

Joannes Comes in Suis & Wittgenstein ex



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



# DICCIONARIO HISTORICO Y ARTISTICO



LOS GRANDES  
IMPERIOS  
Y CIVILIZACIONES



## ACADEMIA

Agrupación científica a la que se atribuye autoridad pública en la materia o materias de su competencia. Su origen se remonta a la organizada por Carlomagno en su corte. A instancias del emperador se reunieron un conjunto de sabios de la época. Dentro de la gestión imperial de mejorar la administración, se les asignó la tarea de depurar el latín de los elementos germánicos y románicos, así como la elaboración de modelos para la caligrafía de documentos y manuscritos, el robustecimiento de los estudios en defensa de la religión cristiana y, a efectos de continuidad, la confección de manuales. Destacaron en la Academia Palatina algunos hombres que, por su formación, fueron adelantados en la confección de la cultura del momento (Alcuino de York, Juan Escoto Erígena). De hecho fueron la semilla de una serie de escuelas creadas durante la etapa carolingia que, concomitantes con el desarrollo intelectual que se produce en Inglaterra, en los territorios papales, etc., inició el germen de las sedes intelectuales del medievo. A partir del siglo XVI, las agrupaciones de sabios, amparadas por algún mecenas, alcanzaron el prestigio de su autoridad, comenzando a difundirse y especializarse en materias. Su existencia se generaliza a partir del siglo XVIII.

## ADRIANO

Papa italiano (772-795). En el mismo año en que subió a la Sede hubo de hacer frente al intento del rey lombardo Desiderio de anexionarse los territorios papales, a cuyo efecto solicitó la ayuda de Carlomagno. El ejército caro-

lingio, mediante un simple paseo militar, sometió al reino lombardo (773). Surgió, de este modo, una íntima unión de intereses entre el Papado y el Imperio (todavía, reino carolingio). De éste, se recibió la confirmación de los territorios donados por Pipino *el Breve*; mientras que aquél coadyuvaba a reafirmar el poder carolingio dotando a sus territorios de unidad religiosa y apoyo espiritual (*auctoritas*). En el año 785, a instancias de Carlomagno, el papa le remitió el *Sacramentum gregorianum*, completado y editado por Alcuino, que pasaría a ser la base del libro de misa. Adriano combatió la concepción del adopcionismo, tesis surgida en Hispania, conforme con la cual Jesús era hijo adoptivo de Dios.

## ADOLFO DE NASSAU

(1250-1298)

Emperador germano desde 1292, alcanzó su mejor momento en las pugnas políticas que mantienen los nobles con el poder imperial. A la muerte de Federico II, los grandes nobles pretendieron controlarle, a cuyo fin convinieron la designación imperial entre miembros de la pequeña nobleza. Aunque con Rodolfo II los Habsburgo se habían elevado al rango de una de las familias más destacadas, y quizá por ello mismo, fue designado emperador el de Nassau, por cuya instigación Alberto de Habsburgo fue desposeído de su corona. Adolfo de Nassau, con ánimo de mantener y reforzar su poder, se apoyó de inmediato en la pequeña nobleza, lo que llevó a los grandes señores a coronar emperador a Alberto de Habsburgo en Maguncia (1298), previos intensos combates contra Nassau y sus partidarios, enfrentados al Habsburgo y a los reyes de Bohemia y Hungría. Murió Adolfo de Nassau en la batalla de Göllheim (1298) sucediéndole Alberto de Habsburgo.

## ALCUINO DE YORK

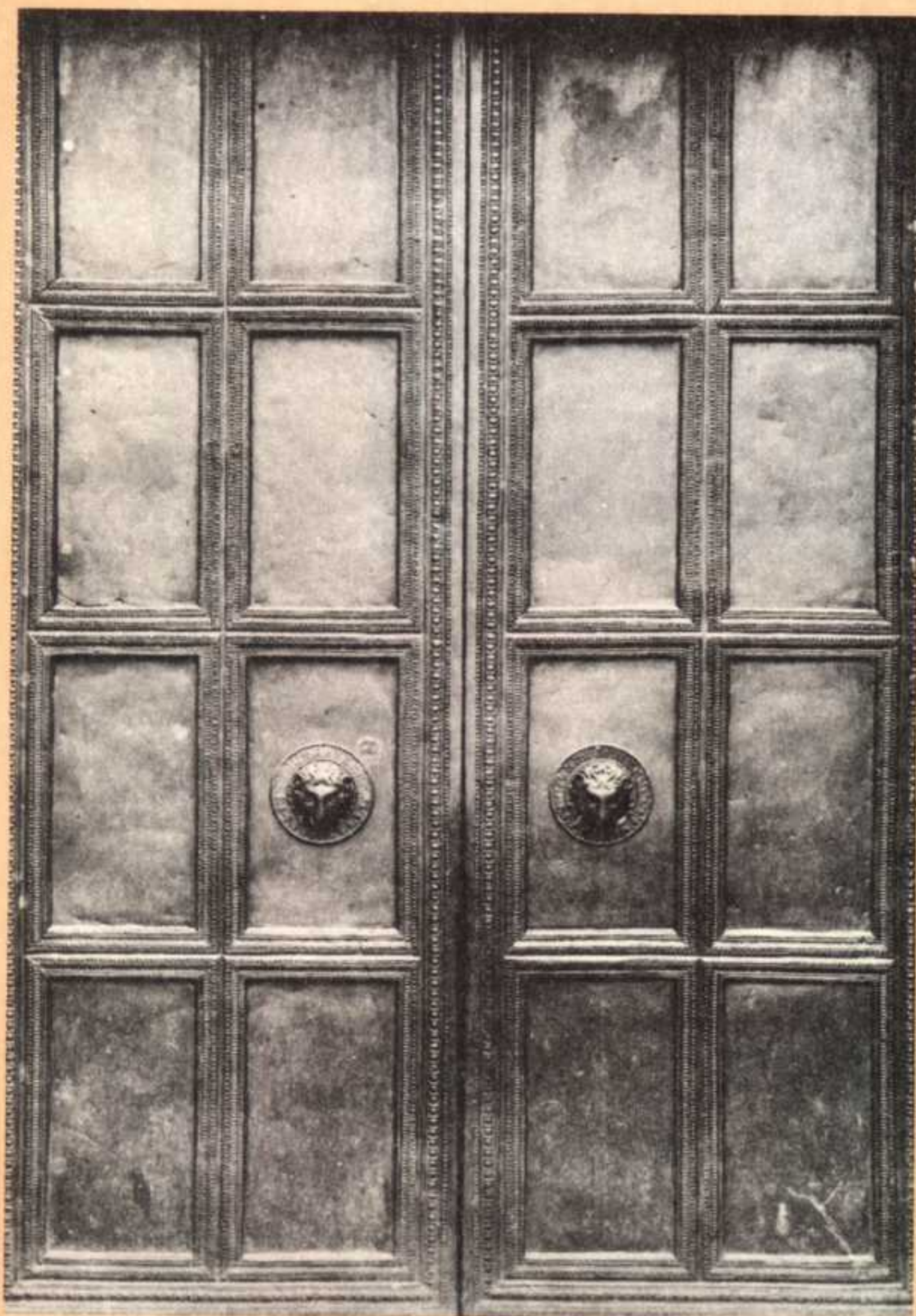
(735-804)

Monje anglosajón, incorporado a la corte de Carlomagno a petición del propio rey, pasando de dirigir la escuela capitular de York a orientar toda la cultura carolingia desde la sede de Aquisgrán. Por sus trabajos de índole intelectual, así como por sus publicaciones, puede ser considerado el mayor intelectual de su tiempo, dotado de un vasto conocimiento. Su mayor preocupación fue el perfeccionamiento en el conocimiento del latín como vehículo de expresión del propio conocimiento de la religión. Confeccionó una versión de la Biblia que fue, durante mucho tiempo, el texto válido de la Vulgata. También se preocupó de difundir las escuelas, a cuyo efecto redactó una serie de manuales de gramática, ortografía, didáctica y retórica (las ciencias del momento). Entre sus obras destacan, aparte los manuales sobre *Trivium*, *De animae*, *De Trinitate*, *Compendia* y un libro de poemas, *Carmina*.

## ALBERTO DE HABSBURGO

(1255-1308)

Duque de Austria y emperador de Alemania desde 1298. A la muerte de su padre, el emperador Rodolfo (quien como emperador había robustecido el poder central en detrimento de la nobleza), fue desposeído de la corona por instigación de Adolfo de Nassau, en el que los grandes nobles veían la posibilidad de tener un emperador sin fuerza para dominarles. Pero como el comportamiento de Adolfo de Nassau se dirigió a fortalecer su propio poder, favoreció que Alberto de Habsburgo, ayudado por los grandes señores, le destronase, siendo a su vez elegido emperador. La pretensión de éste de sustraer la



Puertas del palacio de Carlomagno en Aquisgrán.





Diferentes tipos de armaduras góticas con decoraciones grabadas (arriba, izquierda) y acuchilladas (derecha).

designación imperial a los electores terminó en un rotundo fracaso. Y aunque durante su reinado consiguió ampliar los dominios imperiales (tras vencer a los electores de Renania en una serie de duros combates), vio nacer a la independencia los cantones suizos, cuyas fuerzas derrotaron al ejército imperial en Morgartern (15 de noviembre de 1315).

### ALEJANDRO III

(1110-1181)

Papa italiano (1159-1181), subió al Solio en un momento álgido de las relaciones entre el Imperio y el Papado, y con franco predominio de éste. Cuando el emperador Federico *Barbarroja* alienta la tradición imperial (al igual que Otón) de hacer al Imperio heredero directo del romano (con independencia, pues, de la Iglesia) asciende Alejandro a la Silla. El choque de ambos personajes fue directo. El emperador designó una serie de antipapas sometidos a su poder (Víctor IV, Pascual III, Calixto III), previa expulsión de Alejandro de Roma. Este se refugió en Francia, pero en 1165 consiguió sublevar a las ciudades lombardas, al tiempo que excomulgaba a *Barbarroja*, quien, además, fue militarmente vencido en Legnano. La política de Alejandro estuvo dirigida a reforzar

el poder de la Iglesia, apoyando a los movimientos cristianos populares frente al feudalismo eclesiástico, al tiempo que concedía una serie de exenciones en beneficio de los monasterios, para desvincularlos del poder temporal, lo que facilitó la centralización de la propia Iglesia.

### ALODIO

Propiedad territorial libre de cargas y gravámenes, por contraposición a aquellas tierras que estaban sometidas a algún señor (por haber sido recibidas en vasallaje o quedar subordinadas a su potestad en virtud de diversos derechos reales o inmobiliarios constituidos sobre las mismas). La propiedad alodial era relativamente abundante en la parte germana del Imperio y, luego, en Alemania. Originalmente, el propietario era, frente al rey, un mero poseedor y aquél el nudo propietario; con el tiempo, la tenencia fue transmisible por herencia y susceptible de enajenación. Con frecuencia, después del siglo XI, el alodio pasó a convertirse en feudo.

### AQUISGRAN

Ciudad situada al O. de Alemania. Históricamente, adquirió relevancia cuando Pipino *el Breve* se construyó en ella un palacio, y con Carlomagno al pasar a ser residen-



cia principal o capital imperial, momento en que manifestó su mayor esplendor. Fue sede de la Escuela Palatina, academia creada por Carlomagno. Y mantuvo la memoria de estos instantes hasta el siglo XVI, por haberse desarrollado la costumbre de entronizar en ella a los emperadores del Sacro Imperio. Correspondientemente, fue sede de numerosos concilios eclesiásticos. En su origen, que se manifiesta en su estructura urbana posterior, Aquisgrán estaba prácticamente limitada al Palacio Imperial y a la Capilla Palatina, ensanchándose en círculos concéntricos a partir de ellos. Sus aguas termales fueron, en parte, causa de que Carlomagno, amante de la natación, pasase en ella buena parte de sus últimos años, convirtiéndola en sede predilecta.

## ARMADURA

Vestuario metálico de que se viste el señor feudal y, en general, el caballero de alto rango, para mejor sobrellevar los embites del combate. Las primeras armaduras consistían en vestimenta de metal formada por chapas de manera escamada, yelmo y espinillera. Fueron inventadas por los francos, debiendo ser un arma de especial relevancia, dadas las medidas constantes para evitar su exportación. La armadura, en su manifestación más desarrollada, que abarca desde el yelmo al escarpín, era un completo vestido de enorme peso (25-35 kilos) y de un costo sensible; lo que explica que su empleo quedase limitado a la nobleza de alcurnia (que integraba la caballería pesada) y usada para situaciones de enfrentamiento directo. A su difusión ayudó el invento del arnés, del estribo, de la silla de montar y de la herradura, por permitir un mejor dominio del caballo y un apoyo al jinete en el momento del combate. Junto a la armadura o coraza de guerra, surgió posteriormente la de justas, mucho más pesada aún y mejor trabajada en artesanía. La difusión del yelmo, como cubo metálico cerrado, salvo la visera y el ventalle (para ver y respirar, respectivamente), que impedía ver el rostro de quien la portaba, originó la heráldica como medio de identificación. La variedad de armaduras que se usaron (para infantería, caballería ligera y pesada, etc.), fue muy numerosa, aunque a todas puso fin en su eficacia defensiva la aparición de las armas de fuego, quedando solamente apta para la lucha con arma blanca.

## BENEFICIO

Percepción de tierras en pago de un servicio, normalmente con derecho al usufructo de las mismas. Durante la crisis del Imperio romano, los emperadores iniciaron la costumbre de entregar grandes territorios a dirigentes, o pueblos enteros, y tierras a soldados, con el fin de organizar una serie de zonas de tapón contra las invasiones bárbaras. El sistema se generalizó durante el período carolingio, conforme a una pirámide jerárquica en la que el emperador o rey entregaba tierras a un señor para contar con su colaboración. Sin embargo, en esta época, el beneficio fue unido al vasallaje, de manera tal que la entrega de tierras generaba para el beneficiado una serie de prestaciones, normalmente de índole militar. Además, fue política de la corona carolingia vincularse por beneficio y vasallaje a los grandes señores, buscando un nexo personal en el que el juramento de fidelidad asegurase al mismo tiempo un mínimo de garantía de sometimiento del noble y, destacadamente, el gran noble, siempre dispuesto (si sus recursos se lo autorizaban), a disputarle al rey su lugar y predominio. La contraprestación al juramento de vasallaje era la entrega de tierras en beneficio,



*Batalla de San Romano* de P. Ucello (Londres, National Gallery).

cuyas rentas pasaban al vasallo, cuando no también los derechos inherentes al monarca (justicia, impuestos, etc.). Con el tiempo, la relación se invertiría, generando la estructura feudal característica del medievo.

## BERENGUER I (o Berengario)

Duque de Friul que, con la crisis que sufrió el Imperio tras los reinados de Carlos *el Calvo* y de Carlos *el Gordo*, fue nombrado rey de Italia, en donde disputó a Guido de Spoleto el dominio, siendo vencido por éste, quien se proclamó emperador (891). Tres años más tarde, consiguió Berenguer recuperar Italia, que volvió a perder ante las manos del rey de Borgoña, asimismo nombrado emperador. Berenguer no consiguió alcanzar la corona imperial hasta el año 915. La lucha siempre continuada contra su rival, Rodolfo de Borgoña, provocó su derrota, viviendo sus últimos años en luchas constantes para rehacer su autoridad.

## BOUVINES (Batalla de)

Encuentro entre las tropas imperiales de Otón IV y su aliado Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, contra el rey de Francia, Felipe Augusto, en el año 1214. Como resultado de la batalla, mientras que en Francia el rey consolidaba su poderío reduciendo el predominio de los señores, el Imperio entraba en una serie de crisis, que intentó ser paliada por el sucesor de Otón, Federico II.

## BULA DE ORO

Acta promulgada por Carlos IV de Luxemburgo, el 25 de diciembre de 1356, en la que, en treinta y un capítulos, se regulaba el régimen de selección y designación a



la corona imperial. La facultad electiva se atribuía a siete electores: los arzobispos de Colonia, Maguncia y Tréveris, y a cuatro señores, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo y el conde del Rin (Palatinado). Cada elector recibía, además, una dignidad imperial. Se prescribía que, a la muerte del emperador, serían convocados los electores en Frankfurt, debiendo efectuarse la designación del sucesor en los treinta días siguientes. El elegido debía obtener, al menos, cuatro votos. La coronación se efectuaba en Aquisgrán, con absoluta independencia del Papado. Se reconocía a los electores como «pilares del Imperio», con lo que se aceptaba implícitamente la decadencia imperial respecto de los grandes señores, que eran así sancionados como soberanos de hecho. El nombre, *Bula de Oro*, le viene de haber sido sellada con el sello de oro imperial.

## CABALLERIA

Tropa a caballo, generalizada durante el Imperio carolingio, que vino a sustituir al ejército consistente hasta entonces en infantería. Dado que la caballería se costeara por el propio caballero, su difusión supone una relativa proliferación de hombres libres, dueños de algunas heredades cuya renta permitiese sufragar el caballo, el escudo, la lanza, la espada y el espadín, que reclamaba la condición. Así armada, surgió la caballería ligera, junto a la que, más tarde, apareció la pesada, integrada por los grandes señores vestidos con coraza.

Aunque la caballería, en los siglos IX y X, no operaba en grandes números, sino en combates individualizados (e incluso su falta de ligereza al surgir la coraza hiciera pensar otra cosa), manifestaba francas condiciones de superioridad sobre la infantería, que no podía tolerar el choque de un hombre a caballo, prácticamente guarnecido contra toda arma, ofensiva o defensiva. Solamente cuando se generalizó la táctica del cuadro y el uso general de la pica, pudo frenarse el ímpetu de la caballería a la carga, que pasó a un segundo plano.

El nombre de caballería era asignado, asimismo, a la tierra que se entregaba como botín o recompensa y que, por su renta, permitía financiar la puesta de un hombre a caballo (e incluso expresó la extensión de tierra equivalente, convirtiéndose en medida).

Los siglos VIII y IX, agitados por las invasiones normandas y magiares, sin olvido de los árabes, exigieron la presencia de una fuerza capaz de rápidos y grandes desplazamientos. Los caballeros, en cuanto oficiales del Imperio, integraron la misma. Su especialidad en el combate, su generosidad y la particularidad del modo de acceso, llegaron a convertir en rito su modo de actuación, e incluso dio lugar a una ética del combate a caballo. Los reyes, emperadores y la propia Iglesia llegaron a organizar una serie de *Ordenes militares*, con carácter doble, entre religioso y militar, a las que se les asignaba la defensa de concretos territorios, que se les solía entregar, además, en beneficio.

## CABALLERO

Designación del integrante de la caballería y, en concreto, dignidad de quien ha sido armado como tal. En un mundo agitado por constantes pugnas, que solían solventarse con las armas, la Iglesia y los propios reyes alentaron la entronización de un régimen definidor del caballero, como persona dotada de determinadas virtudes, que coadyuvaba además al establecimiento del orden. Originado el caballero en la necesidad estrictamente militar (que justificó asignar la condición de nobleza a

quien ayudase al rey aportando un caballo de guerra, en momentos en que los equinos eran sumamente escasos), pasó luego a ser expresión ritual de los valores de la época. Con frecuencia, ser caballero era la aspiración del noble secundón, carente de tierras propias y, por ello, sin medios de sustento. Entrar en la caballería le proporcionaba la subsistencia. Alcanzar la condición de caballero, tras el siglo X, era labor dilatada y compleja, que se iniciaba con un entrenamiento del aspirante, joven que se ponía como paje al servicio de algún caballero; en esta etapa se dedicaba al aprendizaje en el manejo de las armas y de la montura, así como a su cuidado material. Venía, luego, la etapa de escudero, en que acompañaba al señor al combate portándole los instrumentos de lucha, familiarizándose con las armas, que debía tener prontas. Al mismo tiempo, se fue exigiendo una cierta fineza de modales (dentro de los que permitía la época). Finalmente, se llegaba al ansiado momento de la investidura. Tras velar las armas una noche entera, dentro de un rito religioso-militar, se recibía el espaldarazo, o golpe dado en el hombro con la parte plana de la espada, que autorizaba a portar las armas y a su uso. Era frecuente el padrinazgo nobiliario y el madrinazgo de la dama, a cuyo servicio se consagraba el caballero. Después de la investidura, el compromiso con la nueva ética, santificado con la misa, y el juramento que solían acompañar a la ceremonia, al caballero le estaba prohibido medirse con los inferiores (único modo de evitar la muerte constante de éstos); debía defender a las mujeres, viudas, niños y, en general, a los desprotegidos; debía honrar su palabra, yendo por la senda de honor de la caballería. A partir del siglo XV, el caballero, falto de luchas reales, inicia un camino de romantización. La guerra se sustituye por los duelos o justas, de carácter marcadamente deportivo. El carente de recursos se convirtió en andante, ya para entrar al servicio de alguien que le acepte, ya para enderezar entuertos, surgiendo un espíritu de caballería. No falta quien vaya por otros derroteros, convirtiéndose



El juicio de Paris realizado por Lucas Cranach el Viejo.



en simple asaltante y bandolero. Pero bajo el esquema anterior surgirá una literatura épica, en que la caballería y el caballero son los protagonistas el centro ejemplar del relato (*Libros de caballería*).

### CALVINO, Juan

(1509-1564)

Reformador protestante, cuyo verdadero nombre era Juan Cauvin. Becado a los doce años con un beneficio eclesiástico, estudió en el colegio de Montaigu. Su pariente Olivetan, traductor de la Biblia, le inició en el camino de las nuevas ideas alentadas por Lutero. Continuando sus estudios, en 1533 redacta el discurso inaugural que el elegido rector de la Universidad de París, Cop, debía pronunciar, que fue motivo (no por pretendidas ideas reformistas, sino por el ambiente de tensión que entonces se vivía en temas religiosos) para su refugio en Angulema, instalándose en Ginebra en 1536. Allí se erigió en director y organizador de una sociedad modélica expresiva de sus ideas, comunidad que se estructuró de manera dogmática e intolerante, puritana en extremo. Llegó a ejercer sobre Ginebra una terrible dictadura religiosa. Murió en 1564.

### CANOSSA

Villa y castillo en los Alpes Emilianos, feudo de Matilde de Toscana, en tiempos de Enrique IV (1050-1106). Enfrentando éste con el papado, en lo que fue la lucha de las investiduras, ante la pretensión papal de la primacía vaticana sobre el Estado y el emperador, Enrique IV consiguió que la Dieta de Worms destituyese a Gregorio VII, quien reaccionó excomulgando al emperador. Ante la misma, los príncipes alemanes, enfrentados a éste en sus intereses recíprocos, tenían un arma para excusar su obediencia, lo que obligó a Enrique a buscar un compromiso. Por medio de la condesa Matilde, defensora del Papa, se dieron cita en Canossa ambos contendientes. La tradición relata que el Papa exigió al emperador una vigilia de tres días con sus noches, descalzo y con hábito de penitente, para recibir la absolución. La expresión «ir a Canossa» ha subsistido como indicativa de buscar el propio escarmiento en la derrota.

### CAÑÓN

Pieza larga y hueca, a modo de caña, para lanzar a distancia proyectiles. Consistía en un tubo hueco de metal soldado y reforzado con aros de hierro. Cargados por la boca mediante pólvora, arrojaban a pocas docenas de metros, bolas de piedra y metralla de clavos. Su calidad suponía que reventasen al efectuar diez o doce disparos. Aparecieron a finales del siglo XIV (dos siglos después de usarse por los árabes la pólvora en el sitio de Niebla), con una variedad de calibres. En el siglo XV eran fundidos de una sola pieza en bronce, aumentando su cadencia de tiro, su resistencia y su longitud de alcance, así como la velocidad inicial del disparo. En manos de la monarquía, única que disponía de los recursos para financiar su alto costo, el cañón significó el fin de la ciudad libre, amurallada, y del castillo feudal, cuyos muros fueron abatidos por los cañones reales. Afectó, igualmente, a la lucha de la caballería, pasando desde entonces a ser mucho más importante la infantería.

### CARLOMAGNO

(742-814)

Rey de los francos (768-800) y emperador del Sacro Imperio (800-814), era hijo de Pipino *el Breve* (mayordomo

de Palacio con los carolingios «reyes holgazanes», y autoproclamado rey en 751), quien dejó dos hijos como herederos, Carlos y Carlomán. Carlos inició en 771 una vasta conquista territorial que justificó el nombre de Grande, o Carlomagno. Consciente de la importancia del Papado y de Italia (a quienes ya Carlos Martel había ayudado defendiéndoles de los lombardos), acudió a la llamada del Papa, amenazado de nuevo. Inició una expedición militar a Lombardía en 774, sitiando Pavía, tomando al poco la ciudad y haciendo prisionero al mismo rey lombardo. Aunque ya en 772 había efectuado una expedición punitiva contra los sajones, la continuidad de los conflictos con este pueblo hizo degenerar la expedición en una guerra, intensa y dilatada en el tiempo, además de cruel, que Carlomagno no llegó a dominar hasta el año 785 por la rendición de Widukin, o Viduquindo. Con la paz comenzó el proceso de cristianización forzada, con graves condenas para quienes rechazasen el bautismo; la Iglesia colaboró con el rey intensamente, recibiendo diezmos, en cuyo cobro manifestó grandes abusos, lo que originó otro levantamiento, terriblemente sofocado y que provocó periódicas deportaciones en masa de los sajones. No fue sino después de su coronación como emperador, que vio Carlomagno pacificarse la región, que luego se integraría perfectamente en el Imperio. Entretanto, Carlomagno dirigió diversas expediciones a España, que culminaron (aparte la derrota en Roncesvalles) con el establecimiento de la Marca Hispánica. Sometió a Baviera, más de modo nominal que efectivo, por vasallaje de su rey Tasilón (condenado a muerte y perdonado, pero recluido en un convento después de su tonsura), dejando el territorio haciendo guardia frente a los ávaros. También logró arrebatar a éstos sus tierras de la margen derecha del Danubio. Nuevas expediciones a Italia le dieron un reconocimiento formal de su soberanía por parte del duque de Spoleto, lo que le llevó a la guerra contra Bizancio (788), que dominaba el sur italiano. Su vida transcurrió, pues, en combates (raro era el año en que no organizaba alguna campaña) para fijar y afianzar las fronteras de su reino. En su política recibió la decidida colaboración del Papado, heredero del prestigio de la Roma Imperial, centro espiritual de los pueblos cristianos, que gustoso apoyó un «brazo secular» en que descansar, brazo que proporcionó Carlomagno a cambio de la *auctoritas* eclesiástica. En el año 800, León III, en franca crisis con Bizancio, coronó a Carlomagno emperador, afirmando de este modo su vinculación directa con el Imperio romano, vía Roma.

Aparte de las luchas en el exterior, Carlomagno tuvo que prestar decidida atención al sostenimiento y reforzamiento de su poder interior. Porque la tendencia centrífuga de los nobles francos, aunque apaciguada durante su reinado, había dejado paso a múltiples conjuras contra su persona. Además, la extensión de sus territorios, y las dificultades de comunicación de la época, le exigían disponer de gentes en quien confiar la gestión administrativa. Las conjuras las enfrentó decidida y rigurosamente: la del conde Handrar (786), mandando arrancar los ojos a los conspiradores; la de su propio hijo natural Pipino *el Giboso* (792), con similar procedimiento más la decapitación. La adscripción de nobles y señores la logró mediante una política de entrega de tierras en beneficio, con lo que obtuvo a unos doscientos condes, que eran sus representantes *in situ*. Estos eran supervisados a la vez por los *missi domici*, o inspectores enviados por el rey y emperador, cuya actividad consistía en comprobar si se observaban las capitulares regias (normas emitidas por el so-





Retrato del reformador protestante Juan Calvino. Anónimo del siglo XVI (Ginebra, Museo Histórico).





Carlos el Calvo. Biblia Viviana (París, Bibliothèque Nationale).

berano y proclamas por las asambleas populares, limitadas a los poderosos del lugar). Esta estructura semimilitar se reforzaba por la propia Iglesia con la suya, que colaboró intensamente con los fines administrativos y políticos del monarca.

Sin embargo, la diversidad de etnias que formaban el Imperio, la economía de carácter localista, las distancias y los escasos medios de comunicación, la política de reclutamiento militar local, y la propia circunstancia de que fueron el carácter y energías de Carlomagno los factores de cohesión, explican que, a su muerte, el Imperio tendiese a una rápida disolución.

Personalmente, Carlomagno era un hombre muy alto y ancho, corpulento; moderado en sus costumbres, salvo en dos aspectos: las comidas, que disfrutaba a placer, y las mujeres, siendo numerosos sus matrimonios ilegítimos y sus relaciones concubinarias. Totalmente iletrado, respetaba al docto, fomentando sus actividades siquiera para facilitar los medios de administración del Imperio. Su carácter era alegre, propio de la persona que ama la vida y quiere y sabe disfrutarla.

## CARLOS II el Calvo

(823-877)

Rey de Francia, Italia y finalmente emperador, hijo de Luis *el Piadoso* y de la segunda esposa de éste, Judith Welf, fue un factor decisivo en la disolución del Imperio carolingio. Interesada su madre en asegurarse en herencia la mayor parte del Imperio, usó de la influencia que ejercía sobre Luis *el Piadoso* el señor Bernardo de Septimania (posible amante de Judith), al efecto de que se abandonase la constitución unitaria (817). En ella (*Ordnatio imperii*) se fijaba la sucesión al trono de los hijos de Luis (Lotario, Pipino y Luis), remitiendo el Imperio a Lotario. Luis alteró la constitución entregando a Carlos una serie de tierras, lo que provocó una sublevación general de nobles (830), el restablecimiento de la constitución y la huida de Judith y Bernardo. Al año siguiente, los seguidores de Carlos impusieron otro reparto, entregándose a éste Champaña y Septimania, entre otras tierras, lo que supuso un segundo levantamiento y la deposición del emperador (833). Reinstalado éste en el trono al año siguiente, promovió la coronación de Carlos como rey de Aquitania, previniendo otro reparto entre Lotario y Carlos con exclusión de Luis. Muerto el emperador, se iniciaron una serie de guerras entre los hermanos, a las que puso fin el Tratado de Verdún.

La guerra civil había supuesto una serie de promesas a los nobles para conseguir su colaboración y el consiguiente debilitamiento de los monarcas; lo que llevó a Carlos a anular las entregas. En Coulaines hubo de renunciar a tal política, pues una serie de derrotas militares le impusieron el reconocimiento de mayor autonomía a sus duques. Hubo, además, de hacer frente a los saqueos normandos, así como a los intentos de Luis, *el Germánico*, de arrebatarse parte de sus tierras. Lentamente, pudo Carlos asentar su reino, e incluso efectuar algunos intentos de expandirlo por tierras de Italia y de su propio hermano Luis, aunque con escasa fortuna. Reclamado por el Papa para auxiliarle en su lucha contra los sarracenos, apenas traspasó los Alpes fue abandonado por sus seguidores, muriendo en un apartado lugar.

## CARLOS III el Gordo

(839-888)

El rey de Germania e Italia y emperador, hijo de Luis *el Germánico*. Manifestó un carácter inicial y habilidad política, participando en las luchas que, en Italia, se dieron contra los sarracenos. De acuerdo con sus primos y vecinos, luchó contra el pretendiente a la corona de Provenza, Bosón. Durante su reinado tuvo que defender el territorio de numerosas invasiones normandas, algunas de las cuales llegaron a profundizar en sus tierras, dominar algunas plazas y permanecer en ellas algunos años. Cercado París por estos vikingos, intentó su liberación. Su decidida intervención contra tan desagradables visitantes le llevaría a recibir la corona de Francia a la muerte de Carlomán, aunque en un momento en que el poder imperial era nominal. Afectado por una seria enfermedad, demostró una gran incapacidad de gobierno, viendo, sin poder impedirlo, cómo se le sublevaban los duques de Francia y Alemania. Murió después de ser depuesto.

## CARLOS IV de Luxemburgo

(1316-1378)

Rey de Alemania y Bohemia y emperador. Hijo de Juan *el Ciego* de Bohemia, fue educado en la corte de su tío, el rey de Francia, con cuyo apoyo y el del Papado pudo realizar una hábil política, que le permitió recuperar la



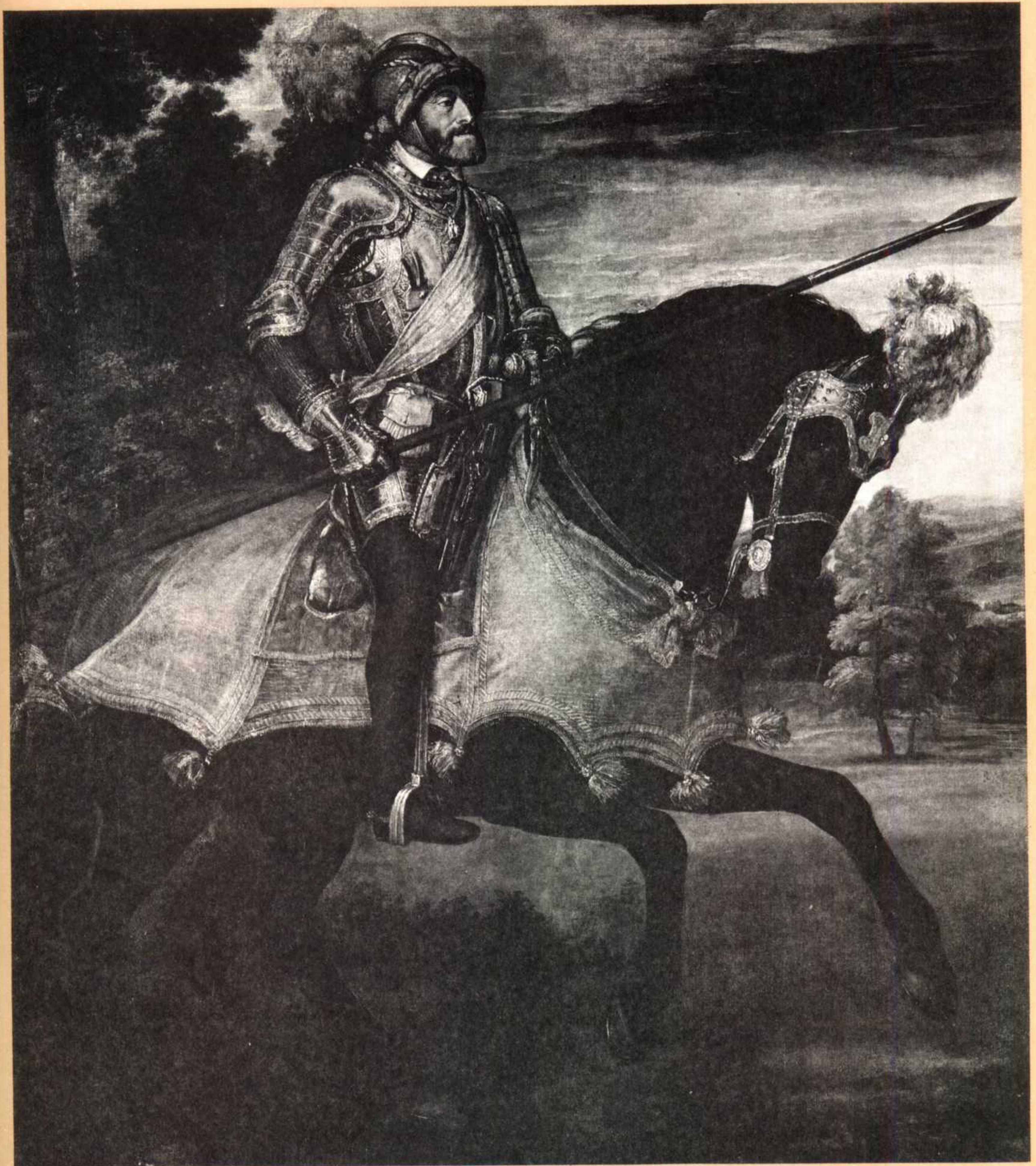
dignidad imperial (que se le reconoció nominalmente en la *Bula de Oro*). Levantó el esplendor de Luxemburgo al ser reconocido como rey de Italia y, destacadamente, al centrar en Bohemia una fuente de poder económico y político, que, con la creación posterior de la Marca de Brandeburgo, le facilitó su influencia sobre Alemania del norte. Su política de gran amistad con los vecinos (Italia, Hungría) y su deseo de un mero reconocimiento

formal del Imperio por parte de reyes y duques (sobre todo en Italia), le facilitó las bases para la magnífica herencia que dejó a los Habsburgo.

### CARLOS V

(1500-1558)

Rey de España y emperador de Alemania, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, nieto del emperador Maximi-



Retrato de Carlos V a caballo (1548). Oleo sobre lienzo de Tiziano (Madrid, Museo del Prado).





Exterior del monumental castillo de Alburquerque levantado en el año 1393 (Avila).

liano de Austria. Bajo su persona se reunían los reinos de los Habsburgo (Austria, Estiria, Carintia y Tirol); Borgoña, heredada de Maximiliano; Aragón y su vertiente mediterránea (Valencia, Nápoles) y Castilla (con sus dominios peninsulares y América), heredados de sus padres. Alcanzó la corona imperial contra las pretensiones de Francia e Inglaterra, mediante dinero prestado por Fugger. Hombre realista, debe rechazarse la atribución que se le hace de afirmar una idea imperial. Estaba muy consciente de la diversidad de sus reinos y de la vinculación personal de los mismos. Pero el deseo de mantener sus territorios le obligó a constantes luchas. Las disparidades internas permitían a sus rivales hallar siempre una causa y una alianza que oponer al emperador. Su vida se caracterizó por la necesidad de atender, ya una guerra civil (Comunidades, Germanías), ya una herejía (luteranismo), ya una guerra exterior (Francia, Otomanos). Gobernante personal, viajó constantemente para mantener el dominio de sus tierras y su deseo de lograr una continuidad territorial. Su política fue muy diversa según zonas. Hubo de sujetar a la nobleza española, pero dio autonomía a los príncipes alemanes. Ante la Reforma, debió combatirla (aunque su catolicismo y su conservadurismo no le cegaban ante la necesidad de cambios en el gobierno de la Iglesia); pero no tuvo reparos ante el

saco de Roma. Su reclamo de continuidad territorial le enfrentó con Francia, a la que las tierras del emperador prácticamente cercaban, e indirectamente con sus propios súbditos (Flandes). Su afirmación religiosa le llevará al dominio de Nápoles y a combatir con los turcos. Las dimensiones del Imperio y de sus reinos generaron unas exigencias administrativas sumamente onerosas. Aunque no le faltaban los recursos derivados de las minas de América, la irregularidad de los arribos le impuso la exigencia de recurrir a los anticipos, con el surgimiento e influencia de los grandes banqueros de la época. Las necesidades del Estado comenzaron a reclamar un cuerpo de servidores regulares y enterados de la gestión de los asuntos públicos; las luchas impusieron la disponibilidad de un ejército. Se van, así, fijando los postulados del Estado moderno y nacional; porque Carlos debió renunciar totalmente a la idea imperial, dividiendo sus reinos entre su hermano Fernando y su hijo Felipe.

### **CARLOS VI DE HABSBURGO**

(1685-1740)

Emperador de Alemania desde 1711, quien aspiró a la corona de España, al ser el último de los Habsburgo descendiente de Felipe III de España. Su pretensión provocó la guerra de Sucesión. Apoyado en sus reivindicacio-



nes por Inglaterra, Portugal y Holanda, así como por su propio país, intentó sin gran éxito un ataque por la frontera portuguesa; con mejores resultados, pudo conquistar Barcelona (1705) y extender su fuerza por Aragón. Pero habiendo fracasado frente a las tropas francesas, al morir su hermano fue designado emperador, con lo que retornó a Viena. Las consecuencias del Tratado de Utrecht, le obligaron a renunciar a sus pretensiones sobre España, no sin ganar para sus dominios los Países Bajos, Nápoles y Cerdeña, así como el Milanésado, que incrementaría posteriormente a costa del Imperio turco. Preocupado de su reino, atendió cuidadosamente el enriquecimiento de sus comunicaciones, con el consiguiente esplendor del comercio. Durante sus últimos años su política estuvo dirigida a asegurar la sucesión del trono en su hija María Teresa, pues su Pragmática sanción al respecto se oponía a las disposiciones hereditarias de Leopoldo I, y a su muerte se provocó la guerra de sucesión austríaca, aunque finalmente su hija se vería emperatriz.

## CASTILLO

Construcción fortificada del señor feudal. Aunque su existencia es antigua, se generalizaron en la Edad Media los castillos como consecuencia de la estructura que adoptó la sociedad, por el resquebrajamiento del poder central y su difusión entre los nobles, así como por la inestabilidad e inseguridad del momento. El castillo, expresión del poder del señor, se erige en la cima del monte, cerca del camino o flujo de agua que controla, dominando el territorio llano. En sus comienzos no pasó de ser una casa fuerte, normalmente con muros de piedra de unos dos y medio metros de altura; en ocasiones se añadía una torre. Su abundancia se manifestó en las zonas fronterizas, a las que, incluso, dio nombre (Castilla, Cataluña, etc.); pero también según aumentaba el poder de los nobles y decrecía el del rey, y asumir aquél la protección del campesinado.

Al edificio original se le fueron añadiendo otros, llegando a construirse un auténtico complejo de edificaciones, habilitado para atender a todo tipo de necesidades de modo autosuficiente (incluido un dilatado asedio), comprensivas del amparo de la población cercana (que comienzan su desarrollo bajo la protección de los muros del castillo). Se reforzaron e incrementaron las torres y las murallas, que se elevan y prolongan bajo tierra para evitar su excavación; se aíslan con fosos, secos o con agua, dificultando los accesos mediante caminos protegidos con atalayas, puentes levadizos, proliferación de torreones, etc. La aparición de la ballesta exigió el aumento de la altura de los muros, aunque el invento de la aspillera facilitó la defensa activa y pasiva. La almena y la tronera reforzaron tal función, sobre todo si son matacanes (permitiendo el lanzamiento de piedras, aceite hirviendo, pez o plomo derretido, etc.). El muro fue protegido lateralmente con torres para dificultar el ataque frontal y facilitar la defensa de flanco. El punto siempre débil, la puerta, se reforzó mediante un sistema de protecciones sucesivas (barbacana, puente, rastrillo). Incluso su estructura interna se reforzó con amullaramientos susceptibles de defensa independiente, cuyo centro era la torre del homenaje, sede del señor y su familia.

La pérdida del poder por parte de la nobleza no puso fin al castillo, pero sí a sus funciones, pasando a convertirse (Inglaterra, Francia, Alemania) en centro de la vida del noble como residencia placentera. Con el Renacimiento surgirán castillos que son verdaderos palacios, por la elegancia de sus líneas, su belleza, su riqueza ornamental,

su comodidad y su grandiosidad incluso, en proporción a la dignidad y recursos del propietario. Destacaron, entre todos, las residencias reales y de los grandes duques.

## CISMA DE OCCIDENTE

Crisis por la que atravesó la Iglesia romana, que se manifestó en una lucha de facciones por el Gobierno de la misma. Muerto Gregorio XI, fue designado sucesor Urbano VI, persona de carácter violento y caprichoso que logró la reacción en contra de algunos cardenales no asistentes al cónclave, junto con otros que sí estuvieron, quienes, en Fondi, impugnaron la elección, designando a Clemente VII (1378). El Papa, así atacado, nombró un nuevo colegio cardenalicio, mientras que Clemente VII se instalaba en Avignon. La aparición de dos sedes papales provocó la división de los reinos cristianos, que intentaron además controlar al Papa que defendían y, sobre todo, los obispados de sus reinos. La pugna de los papas trascendió la literatura, para enfrentar a los contendientes en luchas militares, emboscadas, intentos de eliminación directa, etc. La sucesión de ambas sedes mantuvo la tensa situación, hasta que el Concilio de Pisa (1409) decidió la deposición de ambos papas nombrando a Alejandro V, coexistiendo desde entonces los tres. El Concilio de Constanza, convocado por el rey de Hungría, depuso a los tres papas, surgiendo como unitario el Papa Martín V.

Las circunstancias en que se desarrolló el cisma manifestaron el auténtico desecho de la cristiandad de mantener una unidad de dirección. Urgió a ello la afirmación papal de la cruzada contra el oponente; la crisis interna de los obispados, completamente divididos en su fidelidad, y la reacción de los reyes, que aprovecharon la coyuntura para intervenir la administración eclesiástica de sus territorios. Surgieron así tendencias nacionalistas, que pusieron el germen de la disociación entre una Iglesia romana y otra opuesta.

## CISTER

Orden religiosa fundada por Roberto, abad de Molesmes, que pretendía, y afirmó, el restablecimiento de las normas caritativas de San Benito. A tal fin, fundó la abadía en Dijon (1098), que inició su expansión a partir del año 1110. En 1119, el abad Esteban publicó su *Carta de Caridad*, afirmando la pobreza absoluta y estableciendo el gobierno de la orden, con total sujeción a los obispos. Las abadías se organizaron con total autonomía, situándose en lugares sin cultivar, cuya tierra roturaron los monjes, quienes vivían de su propio esfuerzo. Como la de Cluny, la orden del Cister expresa la reacción contra una burda cristiandad, pretendiendo acreditar la presencia de otro cristianismo, auténtico y sincero.

## CIUDAD

La crisis del Imperio romano trajo consigo la desaparición de los núcleos urbanos, afectados muchos de ellos por las invasiones bárbaras. Subsistieron otros, pero viendo reducirse su actividad y relevancia ante la total disminución del comercio y la localización de la vida. En el siglo IX se inicia un relativo resurgimiento, si no de ciudades, sí de villas y burgos. Algunas ciudades imperiales habían subsistido, comenzando ahora un nuevo esplendor; otras se crearon de nueva planta a la sombra de los muros de los castillos, en cruces de rutas y en las orillas de los ríos (vías de comunicación de entonces). Pero fueron las expediciones que se inician en el siglo XI y el incremento del intercambio comercial, considerable para



la época, las causas que facilitaron la aparición y crecimiento ciudadanos. Coadyuvó el hecho de recibir especiales estatutos jurídicos, otorgados por los grandes señores y los reyes, casi siempre consistentes en exención de ciertos impuestos de señorío, beneficios para la celebración de ferias, asistencias de seguridad y facilidades de comunicación. Cuando la monarquía comenzó su ascensión política, alentó decididamente la creación de ciudades con dos fines esenciales: la repoblación de tierras de frontera bajo fuero especial (*cartas pueblas*) y la reducción del poder señorial, quedando la ciudad bajo el amparo directo del monarca y, con frecuencia, autorizada a protegerse tras sus propias murallas. Cuando el tráfico mercantil se consolidó, tras las Cruzadas, el aumento del comercio, la difusión del dinero en moneda, el tráfico marítimo, facilitaron el desarrollo de ciudades esencialmente comerciales (*Hansa* alemana, por ejemplo). Nacieron, así, ciudades mercantiles, que comenzarían a actuar también políticamente, enfrentadas al poder de los grandes señores, cuando no al del propio rey, y con frecuencia triunfantes en sus designios. Venecia y Génova son buen ejemplo. En el siglo XIII la burguesía está sólidamente establecida; su actividad artesanal, comercial e industrial le autoriza a romper vínculos con otros poderes («el aire de la ciudad hace libre al ciudadano»), imponiendo su autogobierno plutocrático y sentando sólidas bases para la total ruptura del orden feudal.

## CLUNY

Monasterio fundado por Guillermo de Aquitania, cuya orden benedictina acometió una ardua labor de reforma religiosa, mediante la práctica de un cristianismo caritativo, que se plasmó en la colonización de tierras, el mantenimiento de momentos de paz en un mundo agitado por las luchas constantes (*tregua de Dios*), pero, sobre todo, por su influencia artística en todas las manifestaciones. La gran difusión que tuvo la orden, con numerosísimas abadías distribuidas por todo el orbe europeo, la convirtieron en idóneo vehículo de transmisión de nuevas ideas y estilos, en arquitectura, caligrafía, orfebrería, escultura. A su actividad se debió la generalización del gótico. Su preponderancia se mantuvo hasta el siglo XIII.

## COLONNA (Batalla de)

Combate ocurrido el día 13 de julio del año 982, entre el emperador Otón II y las tropas musulmanas que dominaban Sicilia y el sur de Italia. Otón había llegado a la península para ayudar al papa Benedicto VI en sus luchas contra los enemigos del ungido, pero decidido a conquistar el lugar. En cabo Colonna le hizo frente un ejército árabe al mando del emir Abul Kasem. Se inició el combate con un fortísimo ataque de los alemanes, que llevó a la muerte al propio emir. Cuando ya parecía ganada la batalla, la caballería árabe de reserva efectuó una carga que destruyó la formación de los imperiales, perdiendo éstos el combate. Otón se vio obligado a huir en condiciones tales, que por varios días se pensó que había muerto en la lucha. La batalla no sólo fue la mayor derrota sufrida por las tropas alemanas, sino la causa de una serie de levantamientos posteriores.

## COPERNICO, Nicolás

(1473-1543)

Científico y astrónomo polaco, con amplios estudios. Canónico de la catedral de Frombork, es famoso por la elaboración de la teoría heliocéntrica o heliostática, conforme con la cual los planetas giran alrededor del sol. Se

oponía, así, a la tesis en boga, y auténtico dogma científico religioso, del geocentrismo de Ptolomeo. Tal circunstancia provocó la condena de su obra como herética, por sus opuestas implicaciones a la teología dominante y su disconformidad con expresiones bíblicas, tal como se interpretaban entonces.

## CRUZADAS

Conjunto de expediciones militares organizadas por los reyes cristianos en contra del Islam, al efecto de conseguir el control de los Santos Lugares. Al llevarse a cabo con el consentimiento y aliciente de la Iglesia, a cuyo fin otorgó especiales indulgencias a sus participantes, recibieron un matiz religioso intenso.

Ideológicamente, fueron un excelente instrumento para canalizar las luchas intestinas de la nobleza europea hacia un objetivo común, que fue alentado por Roma, quien se encontraba en su mejor esplendor. Al tiempo que, económicamente, significaban un reforzamiento de un enclave fundamental para asegurar el comercio.

Conviene diferenciar aquellas cruzadas organizadas por los poderes establecidos de las que, con más espontaneidad, se alentaron por locos movidos por un ideal.

un ideal, que resultaron en verdaderas carnicerías. Se pueden contabilizar hasta diez cruzadas diferenciadas, si bien la designación oficial se limita a ocho. En la *primera*, espontánea más que organizada, una gran muchedumbre de fieles se adelantó a los ejércitos, originando todo tipo de excesos y la prisión de la mayoría de sus participantes al caer en manos infieles. Su variante militar permitió un acuerdo con Bizancio, para reintegrarle las ciudades reconquistadas a cambio de la atención logística. En ella se destacó Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén. Tuvo éxito al lograr el establecimiento en esta ciudad de un reino cristiano. Puesto el mismo en peligro por la conquista de Edesa por los turcos (1144), se originó la *segunda cruzada*. Esta resultó un total fracaso, sin poder liberar Edesa ni conquistar Da-



Nicolás Copérnico en un retrato de los Uffizi (Florencia).





Saladino desarmado por Ricardo Corazón de León realizado por Luttrell (Londres, Museo Británico).

masco, que fue el fin militar fijado. Treinta años más tarde, Saladino recuperó Jerusalén y toda Palestina salvo Tiro, provocándose la *tercera cruzada*. En la misma intervinieron Federico Barbarroja, Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León por Inglaterra, cuyas disparidades de criterio hicieron que la lucha no llegase a ningún fin merecedor. La *cuarta cruzada*, alentada por Inocencio III, desvió totalmente sus fines, al dedicarse a conquistar tierras para compensar a Venecia, que costeaba el transporte de los cruzados, terminando con la toma de Constantinopla. Se hizo, así, necesaria la *quinta cruzada*, dirigida por el rey de Hungría, pero que también desvió sus fines, por instancias del rey de Jerusalén, a la conquista de Egipto, resultando en total fracaso. La *sexta cruzada* no llegó a celebrar ningún encuentro militar, pues Federico II de Alemania llegó a un acuerdo diplomático que le permitió controlar Jerusalén. Las *séptima* y *octava cruzadas* las protagonizó el rey de Francia, fracasando en la primera (en que llegó a ser hecho prisionero) y muriendo en la toma de Túnez al comenzar la segunda. Aparte, merecen indicarse otras dos cruzadas: la *de los niños*, quienes, dirigidos por un conjunto de locos, se embarcaron en grandes cantidades, siendo vendidos por comerciantes marseleses en Egipto como esclavos; y, finalmente, la *de los campesinos o pastores*, dirigidos por un «maestro de Hungría», que derivó hacia luchas campesinas y que fue sometida por Blanca de Castilla.

### CHAMPAÑA

Región al N.E. de Francia, al norte del Borgoña. Por su especial situación, adquirió gran importancia económica por sus famosas *ferias*, celebradas durante los siglos XI al XIII, pero, sobre todo, en los dos últimos. Contribu-

yeron a las mismas el fortalecimiento de los condes de Champaña, que supieron alentar fiscalmente el comercio feriado y pacificar totalmente el territorio, lo que atrajo el intercambio mercantil. Cada feria solía durar un par de meses. Italianos, flamencos y alemanes dominaron la gestión de las ferias, que fueron, finalmente, decayendo al convertirse el territorio en zona bélica.

### DUQUE

Dignidad nobiliaria de máxima categoría dentro de la estructura feudal, sólo inferior a la de príncipe. Originalmente, fue una nomenclatura y cargo militar entre los romanos (*dux*), casi siempre vinculado a la familia imperial o a íntimos del emperador (*dux* significa «amigo»). Al identificarse con la expresión alemana (*Hergoz*), adquirió entre los merovingios un significado marcadamente militar, siendo el duque un superior de los condes regidores de territorios y ciudades, abarcando su competencia varios de unos y otras. Dentro del proceso de feudalización, el ducado adquirió una circunscripción muy precisa, así como su destacada escala en la jerarquía feudal. La relevancia que alcanzaron en momentos de crisis imperial hizo que algunos ducados fuesen mucho más poderosos que el propio rey y, de hecho, germen de muchas casas reinantes, posteriormente. Robustecido el poder real, el ducado quedó como título honorífico concedido por el soberano.

### ENRIQUE III el Negro

(1017-1056).

Emperador germánico desde 1039, era hijo de Conrado II. Su reinado se caracterizó por una intensa lucha contra los señores feudales, con pleno éxito. Logró expandir





Palacio del Dux en Venecia por Bonington (Londres).

las fronteras del Imperio, así en la región francesa como en Italia, y en el este, en donde sujetó a polacos y húngaros. Supo mantener controlada a la Iglesia, disponiendo incluso de la designación de algunos Papas, si bien en las postrimerías de su reino vio la reacción contra él de sus dominados (señores, polacos, húngaros y normandos del sur de Italia).

## ERASMO DE ROTTERDAM

(1469-1536)

Erudito y humanista flamenco, nacido en Rotterdam. Profesor agustino, reaccionó contra la vida conventual de su tiempo, consiguiendo autorización para dedicarse intensamente al estudio y abandonar el monasterio, cuya vida le desagradaba profundamente. Estudiante en la Universidad de París, reaccionó contra el escolasticismo por su esterilidad científica. Tras diversos viajes a Inglaterra, nuevas estancias en París y en los Países Bajos, publicó en Amberes un opúsculo (*Enquiridión*) en que se apuntaba todo un programa de reformas religiosas. Interesado por la cultura clásica, pretendió su reconciliación con la teología del momento. Su intensa vida de viajes y trabajos intelectuales le puso en contacto con las cabezas más brillantes de la época, entre ellas Tomas Moro, en cuya casa redactó su obra *Elogio de la locura*. Su afición por los clásicos le llevó a traducir a varios de ellos. Pero su actividad más destacada en este ámbito fue la traducción del Nuevo Testamento, enteramente distinta de la versión Vulgata, que le dio prestigio absoluto. El Papa le dispensó de la sujeción a las reglas canónicas, siendo preceptor de Carlos V y objeto de atención por parte de los reyes más destacados. En la Reforma que comienza Lutero pretendió Erasmo mantenerse neutral, aconsejando a ambas partes, aunque al final hubo de abandonar Lovaina, precisamente por no decidirse a tomar partido. Obligado en la práctica a asumir posiciones en la lucha religiosa, reaccionó contra Lutero, con su tratado acerca del libre albedrío, que generó una serie de publicaciones entre ambos. Imposibilitado de mantener una postura arbitral e independiente, aunque afecto a la Iglesia, fue a

morir en Basilea. Humanista de gran categoría, fue un avanzado de las necesarias reformas eclesiásticas, que debía haber llevado a efecto la propia Iglesia; defensor de un cambio en las condiciones de vida de su tiempo (que le llevaría a reaccionar contra la total violencia que veía en rededor, condenando absolutamente la guerra), proclamó la perfección cristiana más allá de las estructuras religiosas, al tiempo que fue defensor de la libertad.

## FEDERICO I Barbarroja

(1122-1190)

Jefe de la casa Hohenstaufen, sobrino de Conrado II, fue elegido emperador, consiguiendo robustecer el poder imperial, así en Alemania como en Italia, mediante una actuación inteligente al tiempo que enérgica en contra de los grandes señores, reticentes a la obediencia. Sus pretensiones sobre Italia se manifestaron conjuntamente con su deseo de referir la autoridad imperial como la máxima y por encima de cualquier otra, incluido el Papado. Con ello, promovió el esquema de la sucesión directa en el Imperio a partir de los césares romanos. Tal postura le enfrentó directamente con el Papa, quien alentó a los nobles del norte de Italia contra el emperador (ligas de Verona y Lombardía, 1167). Derrotado militarmente, llegó a la concordia con el Vaticano, sin perder todo el dominio sobre Italia. Tomada Jerusalén por Constantino, se embarcó en la cruzada, durante la cual murió.

## FEUDO

Tierra que el vasallo recibía del señor, a cambio de la promesa de servicios y colaboración, normalmente de índole militar. Derivado del beneficio, o percepción de tierras para obtención de rentas a cambio de un censo o contraprestación, su concepto se concretó hacia el siglo X, para expresar la típica relación de vasallaje que es característica del feudalismo. La percepción del feudo originaba la prestación de concretos servicios, en especial el de hueste por cuarenta días. El carácter personal del contrato de enfeudamiento lo hacía intransmisible y solamente vitalicio, salvo que fuese denunciado por *desafío*. Muy pronto se permitió la subenfeudación y, luego, su transferencia por herencia.

## FEUDALISMO

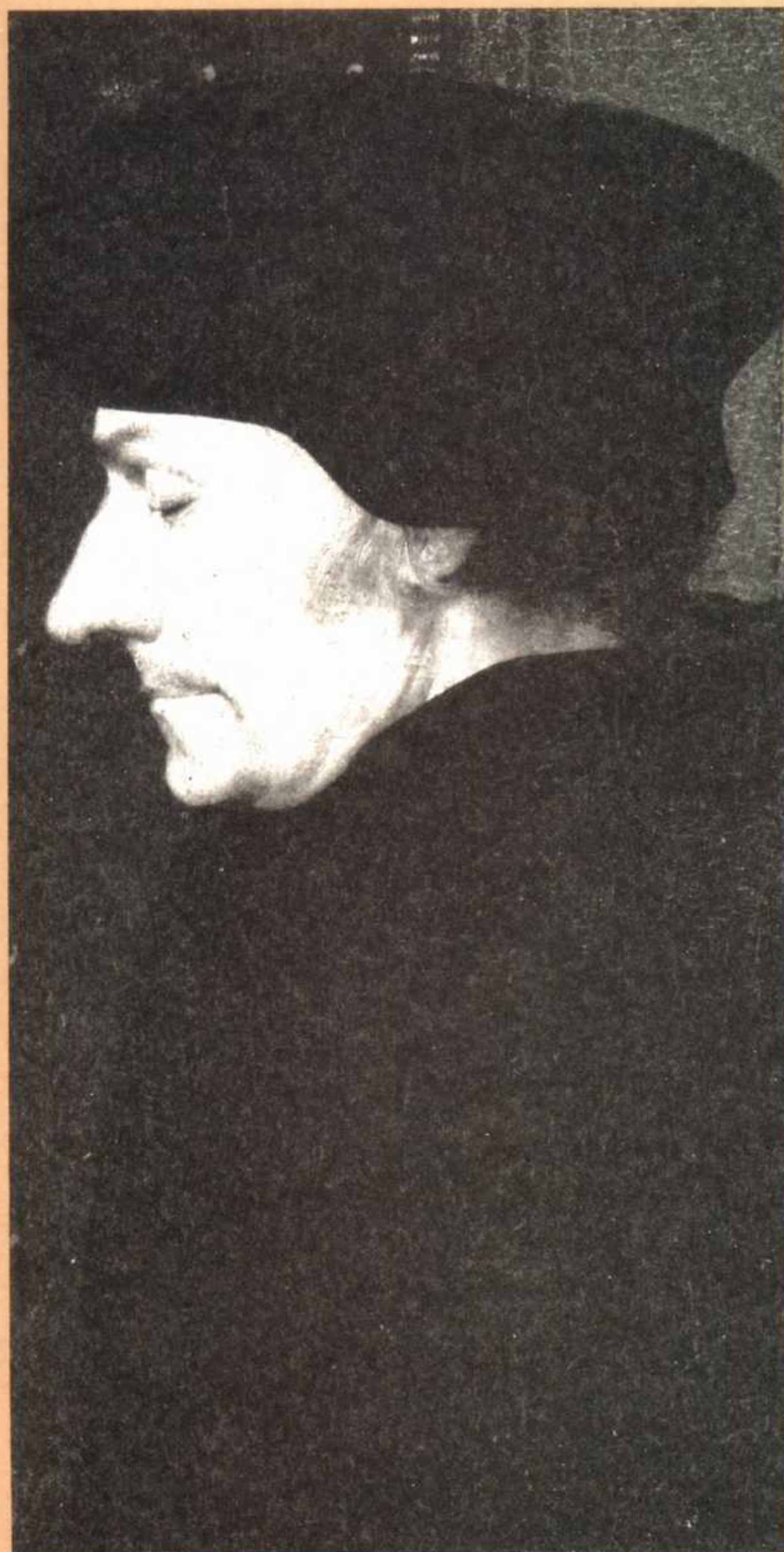
Estructura económico-político-militar característica del medievo. Su origen se remonta a la entrega de territorios que, con fines de defender un imperio militarmente agotado, iniciaron los emperadores romanos hacia el siglo IV con algunos fieles pueblos germanos, quienes asumieron la función de defensa en la zona, a cambio de ser alimentados por la población campesina. La desaparición del poder imperial provocó que los tenientes de los territorios pasasen a comportarse como soberanos de los mismos, quedando los campesinos sujetos a sus exacciones. El rey procedía a trocear su territorio entre sus compañeros de armas bajo similares condiciones, iniciándose así una configuración estructural jerárquica, que desembocaría en el feudalismo. El nexo de unión se establecía mediante un contrato personal en que el inferior, vasallo, prometía ayuda y fidelidad, y el señor otorgaba su protección u homenaje. La crisis de todo poder central, que surgió con la desaparición del Imperio romano y luego del Carolingio y las invasiones normandas, centró en torno al conde el eje del sistema. Como quiera que el lazo de unión tenía carácter personal, la estructura feudal creó un auténtico problema de fidelidades, no siendo ra-



ro que un vasallo lo fuese de varios señores enfrentados entre sí. La ordinaria vida de lucha constante, modo adicional de procurarse tierras que repartir entre los vasallos, fue perfilando la presencia de los grandes señores y, luego, de los reyes como los mayores propietarios y futuros monarcas absolutos.

Aunque el prototipo de feudalismo lo fue el francés, se manifestaron situaciones peculiares en Inglaterra, Alemania y España, así como en Italia, por función de las distintas realidades de cada país. La Iglesia participó decididamente de la estructura feudal, ya que sus dignatarios eran, con frecuencia, vasallos y señores dentro del régimen general, no faltando intentos del Papado en convertirse en soberanos temporales.

En su esplendor, el señor feudal era soberano en sus tierras, ejerciendo todos los derechos (fiscales, militares, jurídicos, etc.). Como propietario de tierras, llegó a serlo de sus habitantes, manifestándose una *servidumbre de la*



Erasmus de Rotterdam por H. Holbein el Joven (París, Louvre).

*gleba*, hereditaria en su condición y profesión, en que era necesario el permiso del señor para todo. El frecuente abuso que se hizo de tales derechos, la actuación del señor contra el campesino, en vez de ser su defensor, explica las constantes sublevaciones del campo y las fugas a los burgos. En su momento, esta situación facilitó el desarrollo de villas, burgos y ciudades, pues sus especiales estatutos reales, que sustraían a sus ocupantes de la jurisdicción del señor, fue arma de los monarcas contra los señores feudales.

## GODOFREDO DE BOUILLON

(1061-1110)

Duque de Lorena e hijo del Conde de Boulogne, fue defensor del emperador Enrique IV en sus luchas contra el Papa, lo que le valió el ducado de Lorena. Fue uno de los primeros en lanzarse a la cruzada, sufragando mediante la venta de sus tierras los gastos de la empresa. Designado auténtico rey después de la toma de Jerusalén, lo rechazó, aunque aceptó el título de Protector del Santo Sepulcro. En los territorios sometidos realizó una magnífica administración, que usó como base para diversas expediciones militares. Su fama alcanzó la categoría de leyenda, posiblemente por haber sido el protagonista de la *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso.

## GREMIOS

Asociaciones de artesanos vinculados por el mismo oficio con fines de defensa profesional, que se generalizan con el desarrollo de la ciudad medieval (ss. X y XI). Su finalidad respondía a la conveniencia de defender la calidad del trabajo, el control del precio del producto y la oposición y defensa contra el intrusismo. Fueron, en este sentido, un elemento de colaboración decidida con el poder público soberano de la ciudad. Ayudados por el localismo que les fue precedente, mantenían monopolios territoriales de producción, regulando minuciosamente todos los aspectos de su actividad, número de establecimientos, de maestros, de operarios por taller, horas de trabajo, calidad del producto, precio final, etc. El control en el acceso a la profesión o actividad les convirtió, prácticamente, en cotos cerrados; en los que, si bien es cierto que defendían cualidades, con el tiempo llegaron a ser auténticos valladares contra el progreso, cuando sus intereses inmediatos y de corto alcance se enfrentaron con las exigencias económicas que sobrepasaban su círculo inmediato. Opuestos al desarrollo técnico, fueron avasallados cuando la manufactura moderna se impuso, subsistiendo solamente como colegios de ciertas profesiones (médicos, abogados, etc.). Aunque se ha querido ver en los gremios el antecedente de los modernos sindicatos, no guardan ninguna relación entre sí, ni por sus funciones, ni por su organización, ni por su finalidad.

## GUILDAS

Asociaciones de carácter originalmente religioso (cofradías) y, luego, mercantil, que unían a quienes ejercían una actividad comercial. Su original sentido, de entidades colaboradoras de índole cooperativa y marcado carácter caritativo que cumplían fines de ayuda en ausencia de un poder que los atendiese, cambió totalmente con el desarrollo económico de los siglos X y siguientes. Los comerciantes que trascendían el simple localismo usaron de las *guildas* como entidades que les ayudasen a atender y resolver los problemas comunes (seguridad en los itinerarios, protección frente al abuso de los señores, consecución de facilidades para el propio tráfico, etc.). Su víncu-



lo podía serlo tanto de carácter geográfico (mercaderes de una ciudad, de un territorio, de un conjunto o emporio comercial, cual la Hansa) como profesional (comerciantes de paños, de vinos, etc.). Su alto desarrollo y generalización les permitieron convertirse en organizaciones privilegiadas, que funcionaban con estatutos propios. Adelantados sus miembros en la actividad mercantil, pasaron a convertirse en «funcionarios» de las ciudades, con control del poder de los burgos y villas y, cuando el desarrollo mercantil alió a grupos de ciudades, verdaderos centros de poder económico y político. Enfrentadas, por sus intereses de más altos vuelos, a los *gremios*, comenzaron a perder auge cuando el mercantilismo y el capitalismo comercial estaban ya firmemente asentados, retornando nuevamente a ser lo que fueron en su origen: cofradías religiosas.

## GUTENBERG, Juan

(1335-1399)

Comerciante alemán radicado en Maguncia, ciudad en la que se dedicó a diversas actividades mercantiles y artesanales (confección de espejos, joyas, etc.). Su fama la adquirió, no obstante, cuando hacia el año 1347, aproximadamente, se estableció de manera muy reservada en una nueva actividad, la tipografía: había realizado el hallazgo de los caracteres móviles, inventando la imprenta moderna. Asociado a Fust se dedicó a explotar su invento, aunque hubo de perderlo por una demanda judicial de su socio alegando impago de intereses. Rota esta vinculación por razones obvias, se asoció ahora con Schöffer. Como había recibido total apoyo del obispo, pudo dedicar el resto de su vida a la tipografía. Entre sus diversos trabajos llama la atención la impresión de la Biblia, una primera edición, con Fust, que no se conoce, y una segunda con su ulterior socio.

## HANSA

Agrupación de ciudades alemanas, unidas por lazos mercantiles y sus correspondientes nexos políticos. Adán de Bremen escribía, con exageración, durante el último tercio del siglo XI, que en dicha ciudad se encontraban los mercaderes del mundo entero. Pero era una realidad nada exagerada el auge comercial de una serie de ciudades situadas en las costas del norte del Imperio, Hamburgo, Mecklenburgo, Lübeck, Bremen, coincidiendo con el declive de Flandes. A lo largo del siglo siguiente, la trabazón de intereses era intensa, actuando las ciudades de la zona como verdaderas potencias casi soberanas, recibiendo privilegios de diversos reyes y duques. A mediados del siglo XIII la *Hansa* se sintió con fuerzas suficientes para cerrar el Báltico a todo tráfico ajeno. A lo largo del siglo XIV la confederación hanseática llegó a vencer militarmente al rey de Dinamarca y mantenía factorías desde Inglaterra hasta Ngorod, controlando el comercio E.-O. y gestionando buena parte del existente entre el norte y el Mediterráneo. La *Hansa* se integraba por más de setenta ciudades para esta época. A finales de siglo XV, cuando las monarquías manifiestan su resurgir, se va poniendo fin al régimen privilegiado de la *Hansa*. Dinamarca, Inglaterra, Francia, incluso el principado de Kiev, limitan totalmente la situación monopolística de la *Hansa*, hasta su desaparición e integración en los reinos nacionales y grandes ducados alemanes.

## HUMANISMO

Tendencia y pensamiento que exalta y tiene por objeto el conocimiento de las cualidades esenciales del hombre,

afirmando el valor universal de la Humanidad. Forma parte, aunque no puede ni debe identificarse, con el movimiento renacentista que nace en Italia en los alrededores del 1500. Supone e implica, ciertamente, una reacción contra la sociedad medieval, jerarquizada, expresivo de una clase burguesa, comercial y casi capitalista que rechaza una noción del hombre que considera antihumana. Con la vista puesta en el mundo cotidiano, el humanismo pretendió reaccionar contra la realidad del momento negando su condición de única. Para lo cual fue a la antigüedad, en la búsqueda de los elementos en que apoyar sus reclamos (relativa identificación con el Renacimiento). Como pensamiento, se manifestó en todas las ramas de la actividad del hombre, si bien fue en el arte donde se expresó con mayor coherencia y brillantez. Indudablemente, su figura más representativa es Petrarca, pero el movimiento abunda en personajes destacados: Erasmo de Rotterdam, Gaguin, Peutinger, Ficino, Marinello Sículo, Moor, Ariosto, Juan Luis Vives, Durero, Copérnico, Leonardo, Holbein *el joven*, Tiziano, Buonarroti, Miguel Ángel, etc.

## INVESTIDURAS (Lucha de las)

Conflicto surgido entre el Sacro Imperio y el papado que tuvo por eje aparente el nombramiento de los cargos eclesiásticos, y que es expresivo de la lucha más seria y grave entre el poder temporal y el espiritual por la supremacía. Los cargos eclesiásticos, como las demás designaciones nobiliarias, formaban parte de la vida cotidiana del feudalismo, siendo el señor el entronizador de sus vasallos, recibiendo éstos el beneficio de aquél. Ya en el siglo XI, las designaciones de los cargos religiosos relevantes las hacía el soberano, cuyas facultades se manifestaban incluso sobre la propia designación papal. Bajo el reinado de Enrique III el predominio del emperador era tan absoluto que los obispos recibían del mismo tanto la cruz como el anillo, esto es, tanto el poder temporal como el espiritual. Coetáneamente, apareció en el seno de la Iglesia un movimiento reformista que pretendía acabar con la simonía (o tráfico de los beneficios y cargos eclesiásticos) y el celibato; pretensión reformista que buscaba, con ello, independizar a los obispos y abades del poder temporal. Una de las cabezas más enérgicas de esta tendencia reformista, el cardenal Hildebrando, asciendo al Solio (Gregorio VII, 1073) y enfrenta decididamente el problema mediante el *Dictatus Papae* (1075), en que, en veintiséis puntos, afirma la independencia papal de todo poder temporal, asentando el vínculo directo de la Cabeza de la Iglesia con Dios. Con ello, se desató una fuerte polémica intelectual entre cesaropapistas (defensores de la conexión divina del poder imperial), partidarios de la separación de ambos poderes, etc. La reacción imperial (gobernando Enrique IV) fue deponer al Papa y la respuesta de Roma la excomunión del emperador, la absolución, nuevas luchas entre ambos poderes y sus respectivos partidarios; luchas que continúan bajo los papas Urbano II, Pascual II y Calixto II y el emperador Enrique V hasta el Concordato de Worms (1122).

## «JAQUERIES»

Nombre con que se designan los levantamientos campesinos, frecuentes en Europa durante el siglo XIV, que expresan la crisis que atravesaba el campo y la disconformidad del propio campesinado ante sus dificultades y el modo en que resulta enclasadado por la estructura económico-social imperante. El término, oriundo de Francia (*Jaques* es el genérico del campesino), recoge asimismo el





Retrato de Juan Gutenberg realizado por J. Gemfleisch (Madrid, Biblioteca Nacional).



importantísimo levantamiento del año 1358; pero, por antonomasia, implica a todas y cada una de las revueltas campesinas, concurrentes con paralelas revoluciones ciudadanas, que aparecen y se producen en Francia, pero también en Inglaterra (1381), Flandes (1381), París (1382), y, ya antes, en Italia (1378). Son exponente de la crisis profunda que afectó a la estructura feudal.

**LOMBARDOS**

Conjunto de pueblos bárbaros que se encontraban en la región sur del Elba hacia el siglo I p.C. Fueron introducidos en el Imperio por Justiniano, quien les ofreció tierras en la Panonia para que defendiesen esa parte de la frontera frente a otros invasores. De ahí pasaron posteriormente a Italia, conquistando todo el norte, si bien no pudieron superar la línea Roma-Rávena, salvo Spoleto y Benevento, que constituyeron dos territorios autónomos del resto del reino lombardo en Italia. En varias ocasiones intentaron conquistar la Italia bizantina, sin conseguirlo. Cuando, con estas miras, Liutprando y, luego, Astolfo, penetraron hacia el sur, provocaron el llamado de auxilio papal a Pipino *el Breve*, que los derrotó. Por su parte, Carlomagno consiguió su plena dominación, erigiéndose en rey de Lombardía. Su estructura política descansaba en la jefatura de los duques, electores del rey, apuntando caracteres francamente feudales, con la consiguiente fluidez de los nexos políticos. Escasos en número, fueron muy pronto afectados por las costumbres de los conquistados, romanizándose de manera tal que prácticamente perdieron hasta el idioma. La influencia bizantina les permitió el robustecimiento del poder central frente a los duques; precisamente, con Liutprando fue el mejor momento de esplendor lombardo.

**LUDOVICO PIO**

(778-840)

Hijo de Carlomagno, también conocido con el nombre de Luis *el Piadoso*, era rey de Aquitania, adquiriendo la dignidad imperial. De carácter absolutamente distinto a

su padre, era exageradamente seco. Profundamente supersticioso, sus primeros actos como emperador se refirieron al cambio total de personas y hábitos y costumbres en la corte, que sustituyó por religiosos. Posiblemente fueron éstos los que le influyeron en dos medidas perjudiciales para la corona imperial: la devolución de tierras que Carlomagno, Pipino y reyes anteriores habían cogido a la Iglesia para distribuir las entre los condes y duques, lo que trajo la animadversión de los afectados y el consiguiente debilitamiento del Estado, y la pretensión de evitar fraccionamientos del Imperio mediante la designación de sucesor en la persona de Lotario I, que él mismo desconocería después en beneficio de otro hijo, Carlos *el Calvo*. Murió en el año 840, dejando el Imperio en condiciones óptimas para su desmembramiento.

**LUTERO, Martín**

(1483-1546)

Monje agustino alemán, teólogo y reformador religioso, oriundo de Sajonia, en donde su padre era minero, siendo su madre una mujer exageradamente religiosa. Después de estudios universitarios, en los que el padre tenía puestas sus esperanzas, prefirió la teología, desempeñando diversas cátedras universitarias. Influido por San Agustín, sus preocupaciones religiosas, profundas, le llevaron a exaltar el valor de la fe como medio de salvación. Conocedor de la realidad de la vida religiosa en Roma, aunque de un talante profundamente conservador en ideas, convenía en la necesidad de modificar el momento eclesiástico. Y con fundamento en su afirmación de la sola fe como suficiente, podía concluir en la accesoriedad del ministro intermediario, cuya función debía ser la de mero orientador. En su momento, con el fin de terminar las obras de San Pedro del Vaticano, se iniciaban en Alemania unas ventas de indulgencias para conseguir los fondos. Contra esto reaccionó Lutero, con las 95 tesis que fijó en la puerta de la Iglesia de Wittenberg, comenzando así una polémica dilatada, que, contra sus deseos, le llevaría a enfrentarse al Papa (10 diciembre de 1520).



Caballeros normandos en una escena del Tapiz de Bayeux (Bayeux, Museo de la Reina Matilde).



Ya la polémica había abierto dos tendencias entre defensores y atacantes de Lutero, alentadas por la difusión que proporcionaba la imprenta. El mismo participó en la discusión contra Eck, principal contrincante, desembarcando en la idea que había llevado a la condena por hereje a Juan Hus un siglo antes. La ruptura estaba, consumada. Su siguiente paso tendrá repercusiones políticas, pues, al dirigirse a los príncipes alemanes para que convoquen un concilio general reformador de la Iglesia (*Discurso a la nobleza cristiana de la nación alemana*, 1520) y, en general, a las gentes (*La libertad del cristiano*, 1520); le significó la excomunión; pero, las ideas de libertad le supusieron asimismo el apoyo de los nobles. Un caldo de cultivo económico, social y político alentaba a la disgregación del poder. Cuando finalmente Alemania tuvo su emperador y Lutero fue convocado en Worms, al recibir la sanción papal e imperial conjuntamente, tenía tras de sí a media Alemania, no ya en una revolución política, sino (lo que no habría imaginado, y menos aún defendido el propio Lutero) social. Los nobles alemanes y los campesinos encontraban una comunidad provisional de intereses, en que el planteamiento luterano servía como marco ideológico. Colgados los hábitos, casó con Catalina von Bora (1525), dedicándose a la orientación de las gentes en las nuevas ideas, por virtud de su enorme capacidad intelectual, que le permitía escribir sin cesar.

## MAXIMILIANO I

(1459-1519)

Archiduque de Austria y emperador de Alemania desde 1493, era hijo de Federico III. Accedió al trono en un momento en que el poder de los nobles era sensiblemente mayor que el del propio emperador, consumiendo buena parte de sus energías políticas para alentar una idea imperial escasamente sentida por los príncipes alemanes. Si bien es cierto que logró la aceptación de una serie de instituciones imperiales, no es menos cierto que la eficacia de las mismas dependía completamente de su aceptación de hecho por la nobleza. Por causas hereditarias, consiguió aumentar sensiblemente las tierras de los Habsburgo, y, mediante una hábil política de alianzas y matrimonios, aunque no consiguió organizar el Imperio, sí logró dejar a su sucesor unos amplísimos territorios, dotando de firmes bases a la casa de Austria.

### «MISSI DOMINICI»

Inspectores imperiales, institución creada por Carlomagno para poder supervisar la labor administrativa de los duques y condes con los que desempeñaba la administración de sus territorios. La amplitud de las tierras sujetas al poder de Carlomagno, las difíciles comunicaciones y la dificultad para sujetar las tendencias particularistas y localistas de la nobleza, reclamaban nexos con el poder central, para asegurarse éste de que sus disposiciones eran bien instrumentadas. Como quiera que, en cuanto enviados del emperador, contaban con el apoyo de éste, y es sabida la energía de carácter de Carlomagno, los señores prestaban a los *missi dominici* la colaboración imprescindible para sus fines.

## NORMANDOS

Habitantes de Escandinavia, quienes, a partir del siglo IX iniciaron correrías e incursiones por amplias zonas de la Europa costera. Conocidos igualmente bajo la autodenominación de vikingos, se manifestaron como un pueblo de excelentes navegantes. En cuanto *nort men*



Otón I. Relieve sobre marfil (Nueva York, Museo Metropolitano).

(hombres del norte), comenzaron sus expediciones asolando regularmente la costa inglesa y las costas frente a las mismas (Dorset, Holy Island, Escocia, Irlanda). Pero a mediados del siglo IX comenzaron a organizar expediciones de gran relieve, saqueando ciudades como Londres, Nantes, Toulouse, Rouen, y llegando a establecerse ampliamente en Inglaterra, en donde el único que pudo frenarles fue Alfredo de Wessex, llegando, con Canuto, a afincarse por unos lustros en la isla. El mismo reino carolingio, tras la muerte de Carlomagno, fue objeto de saqueos, llegando incluso a poner sitio a París. Con frecuencia, sus incursiones no fueron más drásticas y permanentes en sus efectos, debido a las reacciones campesinas, que iniciaron su propia defensa y contraataque. Ocasionalmente, los normandos llegaron a efectuar viajes hasta en el propio Mediterráneo. En España asolaron las costas gallegas, ocuparon momentáneamente Cádiz y Sevilla, Baleares y Pamplona (844, 858, 861). Afincados por último en la Frisia, se extendieron luego hasta Bretaña, asentándose en Normandía y haciéndose feudatarios de Carlos *el Simple*, rey de Francia. Desde Normandía se lanzaron a la conquista de Inglaterra bajo el mando de Guillermo *el Conquistador*, e incluso hicieron expediciones y fundaron diversos ducados, condados y el reino de Sicilia, a lo largo de los siglos XI y XII.

En las correrías del siglo X parece probable que llegaron hasta la actual Groenlandia con el famoso navegante Erik *el Rojo*, cuyos hijos desembarcaron en Nueva Escocia a principios del siglo XI.

## OTON I el Grande

(912-973)

Hijo de Enrique I de Sajonia, ascendió al trono alemán por designación de su padre, no sin resistencias por parte de algunos nobles, que preferían a su hermano. Sin embargo, fue designado finalmente por elección de los duques de Sajonia, Lorena, Franconia, Suabia y Baviera y coronado en Aquisgrán (936). Para dominar el poder de



los nobles alemanes, usó de sus buenas relaciones eclesiásticas, atribuyendo a los obispos una serie de beneficios territoriales acompañados de facultades soberanas. Otón, siempre bien visto por la Iglesia al alentar la cristianización de eslavos y húngaros sometidos, mantenía con los obispos las propias relaciones de vasallaje, permitiéndole disponer de una serie de incondicionales frente al resto de la nobleza laica. En escasos veinte años logró, junto a esta sujeción y el control total del interior de Alemania, dominar también a húngaros y eslavos del Elba, incluso combatir una grave sedición alentada por su hermano y reforzada con una calculada invasión de magiares, derrotados en Lech (955).

Con la espalda asegurada, acometió su deseo: hacerse coronar emperador, puesto que había sido coronado rey de Italia el año 951, para lo cual se desplazó a Roma, siendo consagrado por el Papa Juan XII (962). Aparece, pues, como el primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Continúo su política de expansión hacia el este, sometió totalmente a los ducados bajo su autoridad y pudo organizar una Iglesia Imperial en que obispos y demás cargos, designados por él en personas de su confianza, entramaron sus intereses con los del propio emperador. Llegó, incluso, a someter al Papado a su control, al reconocer el derecho del Papa a sus dominios romanos, que pasaban a tutela del rey de Italia, el emperador. No obstante, tuvo que realizar serios esfuerzos para mantener un control de Italia, lo que no consiguió hasta el año 966. Poco antes de morir, convocó la Dieta de Quedlimburgo, en la que la representación de sus territorios era fiel exponente de su poder. Pocos días más tarde, el 7 de mayo del año 973, fallecía.

## OTON II

(955-983)

Rey de Alemania y emperador del Sacro Imperio, hijo de Otón *el Grande*, ascendió al trono a la temprana edad de dieciocho años. Casado con Teófano, sobrina del Emperador de Bizancio, con su matrimonio conseguía culminar el control del Imperio sobre el meridión italiano (hasta entonces influido y nominalmente adscrito a Bizancio). Al poco de su ascensión al trono, hubo de enfrentar una seria sublevación romana, al derrocar al Papa Benedicto VI, que consiguió dominar. Su atención a Italia, en que se empeñó en la conquista del sur, atacada por los árabes asentados en Sicilia y que le supuso la derrota de Cabo Colonna, le dificultó reducir las disidencias de los condes alemanes. Murió de malaria el 7 de diciembre del año 983.

## OTON III

(980-1002)

Rey de Alemania y emperador del Sacro Imperio, hijo de Otón II, heredó la corona a los tres años de edad, quedando bajo la influencia de su abuela, Adelaida, y de su madre, Teófano. Durante la regencia de ésta y de aquélla, se pudo hacer frente a la seria disidencia del duque de Baviera, así como derrotar a los abroditas, lo que permitió a Otón ejercer directamente el mando. Delegó sus facultades en el arzobispo de Maguncia, Willigis. Consagrado emperador en Roma, volvió a la misma al año siguiente, para sofocar la rebelión contra el Papa Gregorio V, designado por Otón, sofocando enérgica y cruelmente la sedición. Permaneció en Italia, quizá más tiempo del debido, facilitando la aparición de peligros en las fronteras norte y este del Imperio. Separado de Italia por escasos meses, al ir en peregrinación a Polonia y de



Otón II recibiendo los tributos (Códice de Egberto).

viaje a Aquisgrán, perdió el sur italiano, comenzando también una seria crisis interna de la nobleza alemana, muriendo imprevistamente en el año 1002. Como persona, destacó su cultivo de los conocimientos del momento, dominando varios idiomas. Supo rodearse igualmente de personas cultas y delicadas. Políticamente, soñador de un Imperio casi universal, fue respetuoso de la autonomía de otros pueblos, de los que solamente requería la aceptación, casi nominal, de la propia idea imperial.

## PESTE

Enfermedad que afectó a buena parte de Europa en 1348. Se originó en Oriente Medio y en esa fecha arribó a parte de Europa (Italia, Francia, Inglaterra), alcanzó entre los años 49 y 50 a Alemania y países escandinavos. Europa había sufrido durante años precedentes una seria carestía de recursos alimenticios de todo orden, frente a la relativa abundancia anterior. En unas condiciones de vida no precisamente de la mejor condición, con las villas y ciudades viendo incrementada su población por las gentes que dejan el campo en busca de recursos de subsistencia y de condiciones de trabajo, surgió por primera vez la peste bubónica, que atacó a los adultos con una



fuerza inusitada. Combinada esta epidemia con otras posteriores, que afectaron a sectores de edad inferiores (1360, 1371), Europa entera sufrió una sangría de población de la que tardó en recuperarse, que probablemente alcanzó a casi un tercio de sus habitantes.

## QUATTROCENTO

Expresión con que se denomina a la reacción cultural que, con origen en la Italia del 1400, se difundió por toda Europa, provocando importantes cambios en todas las manifestaciones del hombre de la época. A diferencia del resto de Europa, en que las luchas por la centralización económica y política adquirieron auge, Italia aparece como un país en que una diversidad de situaciones políticas hace aparecer fórmulas dispares, fraccionadas, que llevaron a un equilibrio duradero. Se inicia un movimiento en que el intelectual comenzará a dedicarse de lleno a la vida, preocupado y estudiando la realidad del momento, reaccionando contra ella y generando una tendencia universalizante, que ofrece una cultura general, eje de contacto entre dispares elementos. En el arte su manifestación se prima en la naturaleza, como rechazo y respuesta al artificio del momento anterior. La naturaleza que se presenta como el ambiente normal del hombre, su mundo cotidiano, que el artista interpreta. Captando el mundo, se le disfruta, se le goza; pero al captarlo, se le conoce y se le puede modelar, dominar. La pasividad anterior, en que el individuo es sujeto de fuerzas ajenas, pasa a sustituirse por una actividad, en que el hombre es sujeto de la acción. Y es en el arte (aunque se exprese igualmente en otras actividades) donde mejor se plasmará este nuevo enfoque de las cosas. En la arquitectura es la sencillez y el equilibrio lo que se busca y se logra (Brunelleschi), a la par la armonía de proporciones y la fuerza de las formas estructurales; en la pintura será la luz, el color, los volúmenes, el espacio (Della Francesca, Leonardo, Miguel Angel).

## RENACIMIENTO

Expresión con la cual se alude al movimiento que, en los siglos XV y XVI (principios), alentó en la cultura europea una vuelta a las fuentes de la antigüedad clásica. Se puede estimar en una perspectiva mucho más amplia como una reacción del mundo a la situación, realmente de crisis, porque atraviesa, momento en que el Humanismo triunfa decididamente. En el ámbito religioso, el Renacimiento volvió sus ojos hacia una cristiandad más auténtica, de necesaria reforma (aunque no se aceptase forzadamente la serie de postulados del luteranismo) de estructuras presentes. Época de grandes descubrimientos, que cambian por completo el estrecho concepto del mundo entonces conocido; es también momento en que el conocimiento es importante en lo económico, en lo político. Las estructuras de poder se culturizan, asumiendo los intelectuales la dirección de los asuntos, directa o indirectamente como consejeros y asesores. La monotonía desaparece para dar paso a diversas manifestaciones, aunque todas ellas parecen orientarse hacia el mismo norte: los clásicos de Roma y, muy destacadamente, de Grecia. El mecenazgo alienta las actividades artísticas, intelectuales. Es el momento en que hombres de la talla de Tiziano, Rafael, Bramante, Veronés, Tintoretto, Holbein, Durero, Rabelais, Nebrija, Tasso, hacen y pueden hacer expresión de sus ideas y deseos en un arte sublime. Un mundo ideal, basado, sí, en la realidad, pero proyectada más allá, se verá, no obstante, caído cuando, a mediados del siglo, nuevas crisis vengan a poner fin a este

magnífico momento cultural. La variedad de ideas y la tolerancia se verán frenadas por el nuevo dogmatismo religioso, tanto romano como reformista; la actividad creadora libre será sometida al pedantismo de las reglas, expresivas de la imitación de lo anterior; la preponderancia de la burguesía marcará la actividad utilitaria como predominante; la ciencia, que no se afectó de la descomposición general de los espíritus, se orientará fundamentalmente a la técnica de la fortificación y a la anatomía y ciencias naturales. La diversidad política será sustituida por la hegemonía del monarca con un poder prácticamente absoluto; la Inquisición y Calvino impondrán un pensamiento seco, jerárquico.

## SAJONES

Habitantes de la zona entre el Elba y el Drave, de origen germano, que se manifiestan presentes en las fronteras del Imperio romano entre los siglos II y III p.C. Poco a poco se fueron extendiendo hasta ocupar Frisia y el sur de la actual Dinamarca (Sajonia), llegando hasta la



Otón II y su esposa Teófane (París, Museo Cluny).



costa inglesa y el sur de Britania. En el siglo VIII ocupaban el norte de Alemania, entre el Ems, mar del Norte y el Elba, e incluso abarcando parte del Holstein actual. Con varias ramas, de las que merecen destacarse los angvarios y los westfalianos, en tiempo de los francos aparecen como tributarios, pero con una real independencia. Tanto Carlos Martel como Pipino *el Breve* dirigieron contra ellos expediciones militares constantes, pero fue el emperador Carlomagno quien, tras arduas campañas, consiguió someterlos, cristianizándolos en el año 803 y modificando respecto de ellos la política que llevaban anteriormente, logrando, de este modo, que se reintegrasen plenamente en el Sacro Imperio.

## UNIVERSIDADES

Centros culturales y formativos con función de proveer una visión general de todos los conocimientos habidos (*universitas*), que alcanzan un extraordinario desarrollo durante el siglo XII, pasando a convertirse en los ejes de organización del patrimonio intelectual y artístico desde entonces. Aunque se ha querido hallar su antecedente más remoto en la Escuela Palatina creada por Carlomagno, la universidad no guarda relación alguna con aquella, simple instrumento de formación de la familia real y de un núcleo de íntimos para una mejor gestión administrativa y unificación idiomática. La universidad moderna aparece como una simple corporación profesional, ya del cuerpo de profesores (Universidad de París), ya de los propios alumnos (Universidad de Bolonia). En cuanto corporación, mantiene una serie de importantes privilegios, cuales la autonomía jurisdiccional, monopolio de los grados universitarios, etc., así como su propio régimen de autorregulación. Normalmente, las universidades canalizaban los estudios bajo un esquema de cursos de acceso (las llamadas artes liberales) y los planes facultativos, comprensivos de Teología, Medicina, Derecho canónico y Derecho civil. Normalmente, los estudios eran dilatados, permitiendo el acceso a una simple *élite*, capacitada para financiarse los doce años normales que suponían dichos estudios.

Al ser instituciones cuya actividad se organiza alrededor de los libros, tanto como base del estudio como expresión de los resultados de la propia actividad, se convierten, por un lado, en receptoras de textos clásicos, iniciándose así el predominio del pensamiento aristotélico; y, de otro lado, expendedoras de diversos manuales, ya comprensivos del saber del momento (*Summae*), ya expositoras de las nuevas indagaciones (*Especulos*).

El método de enseñanza e investigación que se desarrolla en estos centros (*escolástica*) fija unas pautas convencionales. Viene, primero, la lectura de un texto base, pero se pasa muy pronto al análisis crítico del mismo (*lectio* y *quaestio*), que es el que permite la proyección positiva, al provocar la necesaria confrontación de criterios, que permitirá sentar conclusiones (*disputatio* y *determinatio*), y que será la justificación del propio método, que se convierte en instrumento creador (*topica*). Como todo método, el escolástico implicaba un acondicionamiento, que en la práctica se intentaba evitar o disminuir mediante los debates improvisados, a que venían moralmente obligados los profesores.

A la sombra de los claustros universitarios surgieron las brillantes mentalidades de personas como Alberto el Magno, Tomás de Aquino, Guillermo de Auvernia, Roger Bacon, Pedro Hispano, Duns Scoto, Guillermo de Ockham, el maestro Eckhart, etc.

La primera universidad organizada como tal fue la de

Bolonia, cuyos estatutos privilegiados datan del año 1154 (*Authentica Habita*) y que en la antigüedad ya era un importantísimo centro de difusión de diferentes enseñanzas, en especial el Derecho romano; seguida de la de París (1174), Oxford (1214) y Cambridge (1209), Salamanca (1220), Padua (1222), Coimbra (1288), etc.

## VASALLAJE

Institución medieval que implicaba la recepción de tierras a cambio de la prestación de servicios. En su origen, el vasallaje era una pleitesía de índole personal que vinculaba a un individuo respecto de otro, normalmente de mejor condición social, como lazo de unión, difundido entre los germanos, con fines militares. En la Edad Media, el vasallaje se vinculará con el enfeudamiento durante el reinado carolingio, sustituyéndose la hermandad de lazos del vasallaje por la percepción de propiedad territorial, con lo cual el vasallaje hallaría su propia muerte. En efecto, mientras que la idea inicial de fidelidad era elemento que reforzaba la conexión entre las partes en la relación, su sustitución por la tierra suponía no ya solamente la posibilidad egoísta de incrementar el deseo de territorio, sino, muy destacadamente, la imposibilidad de asumir una relación de confianza (*cum fides*): nada impide ya que un vasallo, por recibir tierras de diversos señores, se vea imposibilitado de atender al servicio de ambos si éstos están enfrentados. Surgió así un vasallaje preferencial, reflejo de la estructura jerarquizada del feudalismo. Otro factor fundamental que coadyuvó al fracaso del vasallaje así entendido fue el carácter vitalicio de la entrega de tierras, que alentaba al propio vasallo a ponerse en frente de su señor como instrumento para retener las mismas, naciendo así la contradictoria situación de un rey o gran señor que entregaba sus tierras para de este modo adquirir vasallos fieles, mientras que éstos se dedicaban a retener los territorios procurando sustraerlos al control de aquél.

Solamente el poder podía servir de elemento paralizador del proceso. Aparte, naturalmente, las consecuencias económicas de una concesión temporal, que provocaban en el vasallo la explotación al máximo del terreno, con el fin de obtener todo su provecho durante el plazo previsible de uso, lo que llevó a un empobrecimiento del suelo debido a las continuas cosechas a que era sometido.

## VERDUN (Tratado de)

Acuerdo al que llegaron los hijos de Carlomagno, Carlos, Luis y Lotario, para repartirse el Imperio carolingio (843), y que significó el fin de éste y la desaparición del poder central. Enfrentados los tres hermanos en luchas dilatadas y crueles, que agotaron sus recursos (por el traspaso de tierras a los señores para obtener su cooperación por el control del Imperio), debieron finalmente poner un alto al combate, al hallarse militarmente agotados. Reunidos en Verdún, dividieron las tierras en tres partes, recibiendo Carlos *el Calvo* la parte occidental del Imperio comprendida al O. de la línea Escalda-Mosa-Ródano; el E. correspondió a Luis *el Germánico*, recibiendo las tierras al norte de los Alpes y al este del Rin; a Lotario se le adjudicó una franja de territorios entre los dos anteriores, que iba desde Frigia hasta el Estado Pontificio, al tiempo que se le otorgaba, más nominalmente que de manera efectiva, el título imperial. Tal división de los territorios provocó una insuficiencia de tierras con que mantener los reyes la fidelidad de sus señores y el consiguiente predominio político de éstos.

El imperio permanecerá desmembrado hasta que tras



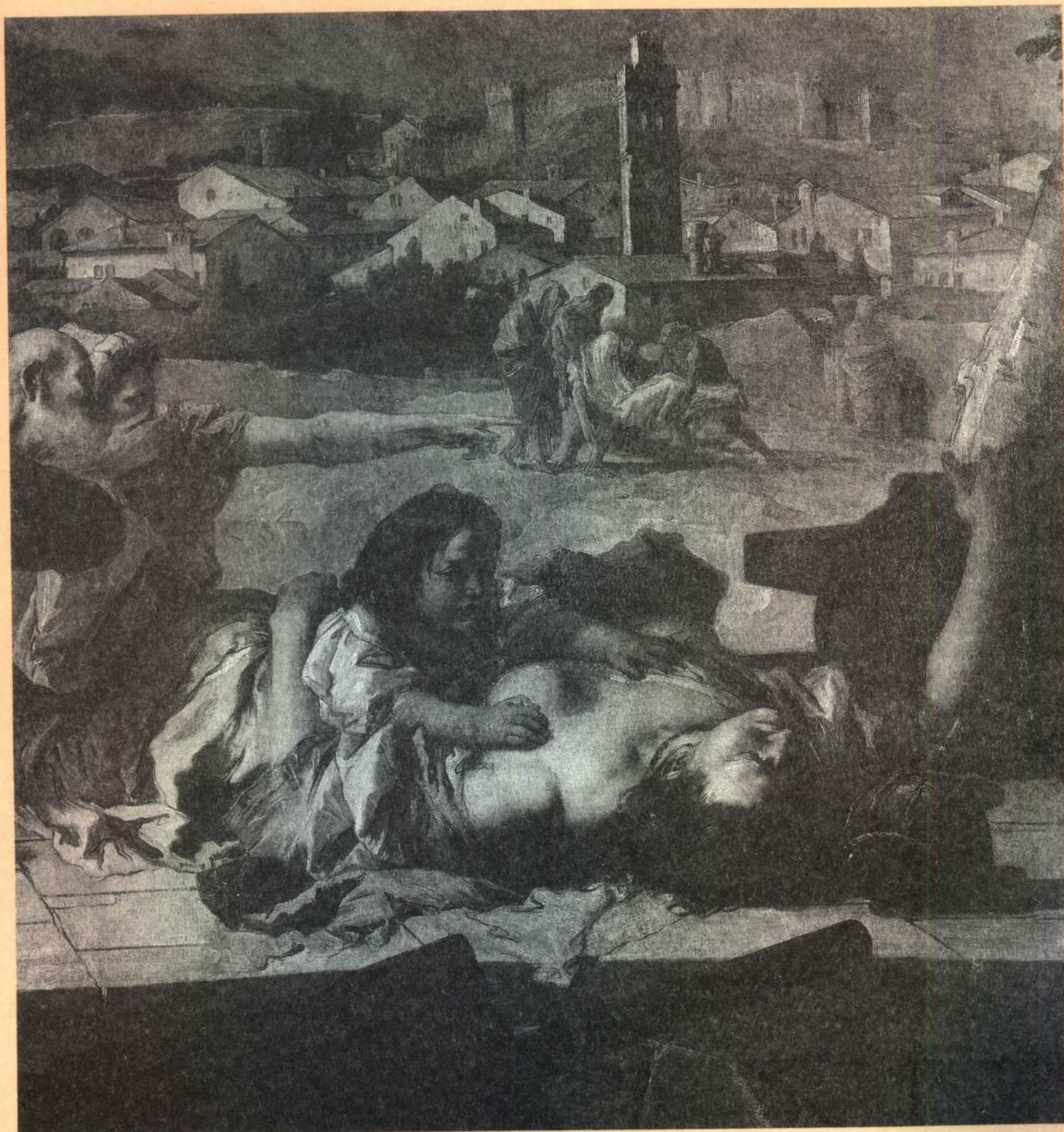
diferentes batallas Otón conseguirá reunificarlo proclamándose emperador en el año 962.

### WORMS (Concordato de)

Acuerdo celebrado entre el emperador Enrique V y el papa Calixto II (1122), por el cual se puso fin a la *lucha de las investiduras*, reconociendo el emperador la potestad papal en la designación de obispos y abades y demás cargos eclesiásticos y reservándose aquél un derecho de vigilancia en la elección del designado, así como la concesión de la *regalía* o beneficio territorial. De tal forma, el designado venía a adquirir un cierto derecho a las tierras

que el oficio implicaba (*ius ad rem*), pero que no se convertía en facultad efectiva (*ius in re*) hasta la toma de posesión. La solución, realmente circunstancial, fue fielmente aplicada durante casi un siglo y significó la admisión de la separación, por primera vez, entre el poder espiritual y el temporal. No obstante, sería posteriormente violado de manera regular, pretendiendo la reivindicación de ambas potestades.

En Francia, por un acuerdo entre Felipe I y Pascual II, el rey renuncia a la investidura canónica con anillo y báculo, confiriendo la temporal contra un simple juramento de fidelidad prestado al obispo.



Santa Tecla libra a Este de la peste (1759) de Tiepolo. Oleo sobre lienzo (Este, Duomo).



# INDICE

## VOLUMEN VII

<b>CARLOMAGNO, EL PODER SOBRE LA IGLESIA, por José Luis Martín Rodríguez</b> .....	6
<b>CARLOMAGNO Y EL SACRO IMPERIO</b> .....	9
El Imperio de Carlomagno .....	11
La sociedad feudal .....	12
El verdadero nacimiento del Imperio .....	22
El reinado de Otón I .....	24
Los sucesores .....	26
Enfrentamientos con la Iglesia .....	37
La lucha de las investiduras .....	48
Los acontecimientos políticos .....	50
El reinado de Federico II .....	55
La decadencia del Imperio .....	59
El poder de los príncipes .....	62
La casa de Habsburgo .....	64
El Imperio de Carlos V .....	69
El Concilio de Trento .....	70
La Guerra de los Treinta Años .....	71
<b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	86
<b>DICCIONARIO HISTORICO Y ARTISTICO</b> .....	89
<b>ESTUDIOS ESPECIALES</b>	
El Sacro Imperio Romano Germánico .....	14
Los atributos imperiales .....	16
Las joyas carolingias .....	22
La agricultura .....	28
Los gremios .....	30
El poder de la Iglesia .....	38
El feudalismo .....	40
La vida cotidiana .....	46
Las cruzadas .....	56
La corte de Federico II .....	59
Las armas de fuego .....	70
El Concilio de Constanza .....	72
Rodolfo II y la astronomía .....	80
La Guerra de los Treinta Años .....	82



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



# TYPVS ORBI



QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN R  
OMNIS, TOTIVSQUE MVNDI NO



# S T E R R A R V M .

TRIO.



Pitacorum regio,  
sic à Lusitanis appellata ob in-  
credibile earum aërum ibidem  
magnitudinem.

Vastissimas hic esse  
regiones ex M. Pauli Vost. et  
Lud. Vartomanni scriptis pe-  
reginationibus constat.

I S N O N D V M C O G N I T A .

IES.

BVS HVMANIS, CVI AETERNITAS  
A SIT MAGNITVDO. CICERO:





sarpe